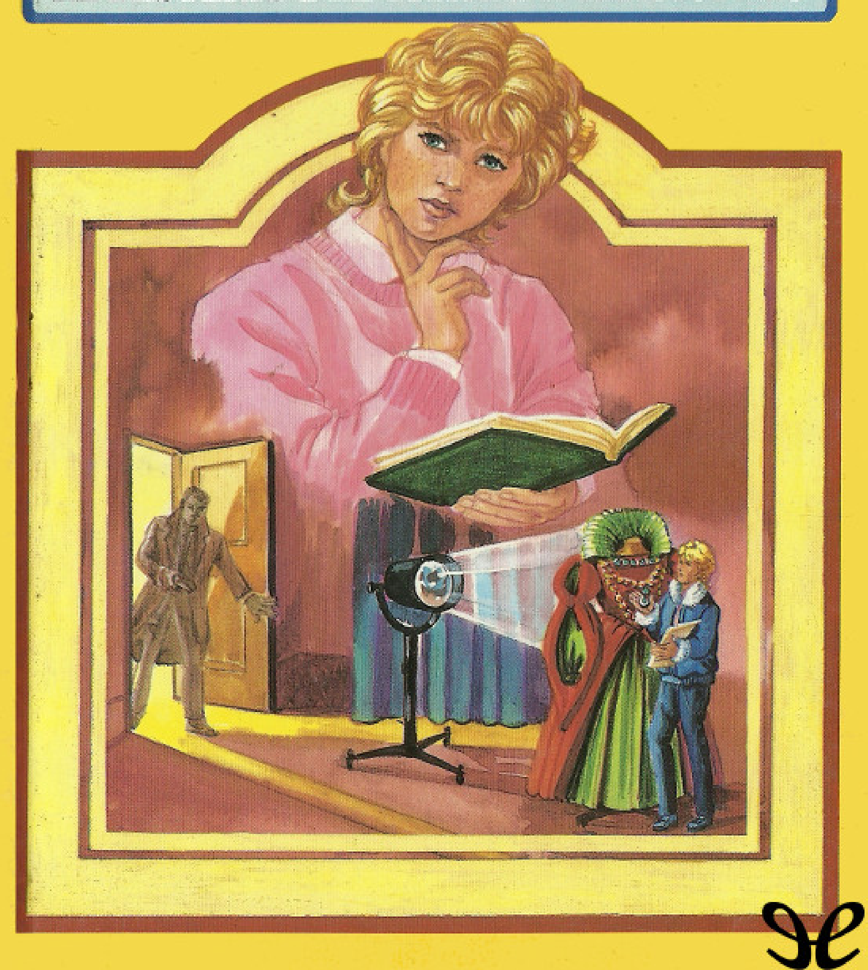
TRIXIE BELDEN

5

EL MISTERIO DEL TRAJE DE TERCIOPELO



Los Bob-Whites se emocionan cuando a Di le conceden el papel de Julieta en la obra de la escuela que ha de ser dirigida por su nueva profesora de teatro, Eileen Darcy. Se emocionan cuando ella consigue que algunos trajes raros les sean prestados para la obra de la escuela, pero Trixie pronto sospecha que algo no va bien con la joven profesora de teatro y su apuesto novio. Trixie se entera de que el padre de la señorita Darcy ha sido secuestrado y Honey tiene la sensación de que ha visto antes a su prometido en alguna parte. Entonces la señorita Darcy se obsesiona con la protección de los trajes y actúa de manera extraña. Trixie y Honey tratan de investigar a los dos mientras protegen a Di de un compañero celoso y tratan de resolver el misterio del Vestido de Terciopelo.



Kathryn Kenny

El Misterio del Traje de Terciopelo

Trixie Belden 5

ePub r1.0

Titivillus 24.03.15

Título original: *The Mystery of the Velvet Gown*
Kathryn Kenny, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





El escenario, a punto • 1

CON LA CARA CONGESTIONADA y los rizos desarreglados, Trixie Belden, una chica de catorce años, corría por el pasillo sur del Instituto de Sleepyside.

—¡Deténgase, señorita Belden! —rugió una voz.

Trixie se paró de repente. El reloj durante la clase de ciencias había dejado correr los segundos con una lentitud desesperante. Los minutos habían ido transcurriendo pesados e interminables, hasta que, por último, sonó el timbre de la libertad… Y ahora, esto.

Trixie se volvió para encontrarse frente al profesor de matemáticas, el señor Sanborn, que la miraba ceñudo desde la puerta de la clase, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me parece, Trixie, que, si fueses tan rápida con los problemas de álgebra como corriendo por los pasillos entre clase y clase, los dos nos llevaríamos un poco mejor. ¿Adónde vas a esa velocidad? ¡No me digas que hay un incendio!

—¡Oh, señor Sanborn! —exclamó Trixie, tranquilizada al observar cierta expresión divertida en sus ojos—. Acaban de hacer públicos los resultados de las pruebas para «Romeo y Julieta», y corría a ver si…

—Bueno, bueno —interrumpió el señor Sanborn, acariciándose la barbilla—. En beneficio de las artes y de Guillermo Shakespeare, a la vez que para ahorrarte una muerte prematura, por esta vez te dejaré que vayas. Pero intenta ir más despacio.

—Sí, señor. Muchas gracias, señor Sanborn —se apresuró a decir Trixie, antes de que comentara algo sobre sus notas de matemáticas. Y con un paso algo menos rápido se encaminó a la oficina del club de teatro, que estaba al final del largo pasillo.

La obra de teatro de los novatos era un acontecimiento anual en Sleepyside High. El primer día de clase después de las vacaciones de Navidad se celebraban las pruebas. De un modo u otro, todos los novatos tomaban parte en ella, bien como actores, bien como auxiliares. Los alumnos de otros años colaboraban en la iluminación, decorados, dirección de escena y vestuario.

Trixie se había inscrito como tramoyista. Su mejor amiga, Honey

Wheeler, era una excelente costurera y se había apuntado en el vestuario. Lo más interesante de todo era que su buena amiga Diana Lynch quería interpretar el papel de Julieta. Di había pasado semanas ensayando voz, gestos y movimientos, además de aprenderse el papel. Mucho esfuerzo costó a Honey y Trixie que Di se presentara a las pruebas, porque era bastante más tímida que sus dos amigas.

Mientras se apresuraba hacia la oficina, Trixie pensaba: *Di es tan guapa, con su pelo negro brillante y sus ojos de color violeta, que va a resultar una Julieta perfecta. ¡Tiene que representar el papel!*

Trixie estaba tan absorta en sus pensamientos acerca de la obra y de Di haciendo de Julieta, que se pasó de largo y chocó con alguien que iba en sentido contrario.

—¡Oh, perdón! —se disculpó, a la vez que libros y papeles se esparcían por el pasillo.

—¡Muy bien, señorita Excavadora!

—¡Ah, eres tú! —sonrió Trixie al descubrir que se trataba de Mart, su hermano.

—¡Claro que soy yo! ¡Tu siempre diligente y atento hermano! ¿Qué te pasa, que así atropellas a los inocentes viandantes como yo? ¡Y sobre todo cuando sucede que ese inocente es precisamente tu hermano!

—¡Oh, Mart!, estaba pensando en la obra y en Di y…

—Si te concentrases en una sola cosa cada vez —interrumpió Mart—, aunque fuese en algo tan elemental como ver por dónde vas…

—Mart, por favor, quería enterarme de si Di ha conseguido el papel o no.

—Tranquila, Trixie —dijo Mart, ayudándole a recoger los libros y los papeles del suelo—. Todavía no han puesto la nota, pero en alguna parte de aquella multitud —prosiguió señalando hacia un gran grupo apiñado ante la oficina del club— encontrarás seguro a tu amiga, la aspirante a actriz.

En ese momento se les unió Honey. Era más alta y delgada que Trixie, con ojos de color avellana. Su pelo dorado, que le llegaba hasta los hombros, y su carácter suave le habían valido el apelativo por el que todos la conocían: Honey (miel).

—Quise llegar antes —jadeó Honey, tratando de recuperar el

aliento—, pero he tenido que ayudar a lavar los discos de Petri en el laboratorio de biología; se me cayó uno y he tenido que recoger los trozos, y ya sabes lo poco que me gusta eso…

—¡Para, para! —exclamó Mart—. Primero hago de freno para Trixie y ahora tengo que oír un disco de treinta y tres revoluciones puesto a setenta y ocho. Cálmate, Honey: todavía no hay noticias.

Mientras hablaba, de la oficina del club salió una mujer bajita, con pelo negro corto y brillantes ojos verdes.

Trixie le dijo a Mart en voz baja:

—Aquélla es la nueva profesora de teatro, la señorita Darcy —Mart asintió, pero no volvió la cabeza.

¡Anda, si resulta que está tan nervioso como yo! —pensó Trixie.

—Señoritas y caballeros —dijo la profesora—: Sé que todos estáis impacientes por saber los resultados de las pruebas, por lo que, en lugar de exponerlas en el tablón, las leeré —y miró el papel que tenía en la mano—. Tibaldo será interpretado por Paul Victors; Mercuzio, por John Munter; Romeo, por Jamie Kenworthy, y Julieta, por Diana Lynch. Los demás, incluidos el coro y los comparsas, se publicarán en el corcho. La función se celebrará el día de San Valentín, el catorce de febrero; eso quiere decir que tenemos un montón de trabajo para las próximas seis semanas. Las clases de teatro y los ensayos empezarán mañana. Felicidades a todos.

El silencio que invadió al grupo a medida que iba hablando la señorita Darcy fue roto por un griterío unánime de todos los presentes. Trixie, Honey y Mart encontraron a Di un poco atontada mientras los demás compañeros de clase le iban felicitando.

—¡Sabía que conseguirías el papel, Di, lo sabía! —gritó Trixie, dando un fuerte abrazo a su amiga.

—Y lo bordarás —añadió Honey con cariño.

—¡Imaginaos: una heroína shakesperiana en nuestro grupo. Felicidades, dulce Julieta! —exclamó Mart, cayendo sobre una de sus rodillas.

Di sonrió nerviosa.

—Apenas lo puedo creer… —empezó, pero el brusco sonido del timbre interrumpió la frase.

—¡Vaya, hombre! —gritó Trixie—. No tengo aquí el libro de matemáticas y ahora tengo álgebra. Voy a llegar tarde a clase y…

¡oh, estoy segura de que hoy me saca el señor Sanborn!

—Francamente, Beatrix —dijo Mart con una risita—, no sé qué va a hacer con un recipiente tan inútil.

—Oh, Mart Belden, yo… —repuso Trixie por encima del hombro, corriendo ya por el pasillo. Podía oír la risa de Mart a sus espaldas, pero ahora no tenía tiempo de revanchas: ya se vengaría más tarde. Además, le molestaba, y mucho, que le llamaran Beatrix.

Consiguió llegar a su sitio a tiempo, antes de que entrase en clase el señor Sanborn. Y, como había previsto, tuvo que salir a hacer el primer problema. Menos mal que Brian le había ayudado la noche anterior con todas aquellas ecuaciones en «x» y «xy», y pudo encontrar la solución. Pero, inmediatamente después de aquello, sus pensamientos se alejaron de la clase y sus incidencias. El álgebra era, sin duda, algo misterioso de veras, pero no pertenecía a la clase de misterios que a ella le gustaba resolver.

Muchas veces se había preguntado acerca de su aparente don de olfatear los misterios dondequiera que se hallasen. Ella y Honey habían resuelto ya bastantes casos, hasta el punto de que estaban decididas a montar algún día su propia agencia de detectives.

Trixie empezó a recordar algunas de sus últimas aventuras. *Me gustaría saber qué está haciendo el tío Andrew* — pensó, rememorando la vez que ella y sus amigos visitaron la granja de ovejas de Iowa, que pertenecía al hermano de su padre. Se estremeció ligeramente al recordar que ella, Honey y Jim se habían tenido que subir al tejado de un viejo granero, mientras las aguas de la inundación se agitaban amenazadoras bajo sus pies. Fueron subiendo a medida que lo hacían las aguas, hasta que al final llegó Mart en su auxilio. *Naturalmente* —se dijo Trixie—, *resolvimos el misterio de las ovejas desaparecidas, y gracias a eso toda la estancia resultó muy agradable*.

Aquel recuerdo atrajo otro, y después otro, con lo que Trixie se fue sumergiendo cada vez más en sus recuerdos. Acababa de apuntar Belden-Wheeler, Agencia de Detectives, en su cuaderno, cuando la voz del señor Sanborn hizo que retornara de repente a la realidad, a la clase.

—Trixie —preguntó con voz poco amistosa—, ¿atiendes o te encuentras meditando las deducciones de Euclides?

—Yo… yo… —empezó a balbucear Trixie, pero, por suerte, en aquel preciso instante empezó a sonar el timbre que anunciaba el

final de la clase. *Me ha salvado la campana* —pensó. Y, sin atreverse a mirar al señor Sanborn, recogió los libros y salió del aula todo lo deprisa que pudo. Después se encaminó a la sala de estudio, ya que la clase de teatro no empezaba aquel día.

Esta noche no tengo más remedio que estudiar —pensaba mientras se dirigía a su armario—. *¿Cómo voy a ser un gran detective y resolver misterios, si no soy capaz de resolver esos horribles problemas de álgebra?*

Trixie abrió el armario y cayó sobre ella una avalancha de libros y papeles. *¡Oh, no!* —gimió, agachándose para recoger aquel revoltijo—. *Si lo viera mamá* —se lamentó, sintiéndose culpable—, *nunca me lo perdonaría. Me parece que me hace falta organizar esto un poco… pero no ahora.* Separó su almuerzo, volvió a guardarlo todo en el armario y cerró la puerta rápidamente, antes de que el montón tuviese tiempo de volver a caerse. *Almorzaré pronto y lo ordenaré* —se dijo firmemente, camino de la cafetería, para reunirse con sus amigos.

Honey, Di y Mart ya estaban allí cuando llegó.

—Bueno, Trixie —bromeó Mart—. Observo que, después de todo, no te han decapitado. Probablemente has podido dar al señor Sanborn algunas respuestas ingeniosas, cortesía de nuestro benevolente hermano mayor.

—¿Por qué no te pasas la hora del almuerzo en la biblioteca, Mart, comiendo diccionarios? —repuso Trixie, que aún no se había olvidado de que antes le había llamado Beatrix. Por si fuera poco, el empleo constante de palabras más o menos rebuscadas, que era uno de los pasatiempos favoritos de su hermano, le irritaba a más no poder.

—A propósito, ¿dónde está ese famoso hermano mayor vuestro, y dónde está el mío? —preguntó Honey, al quite, temiendo que empezase una de las disputas entre Mart y Trixie, que nunca se sabía cómo iban a terminar—. Estoy segura de que Di está ansiosa por contarles lo de la función.

—Me parece —contestó Mart— que estaban en busca de adeptos aficionados a los deportes acuáticos e indudablemente estarán intentando secarse el H_2O clorada.

—Supongo que quieres decir que han estado en clase de natación y probablemente se encontrarán ahora en los vestuarios — se atrevió a interpretar Honey.

—Exacto —asintió Mart con una sonrisa.

En ese momento llegaban los dos a la mesa. Brian Belden, el hermano mayor de Trixie y Mart, era alto y de agradable aspecto, con pelo oscuro y ondulado. Solían decir que era el vivo retrato de su padre, en tanto que Mart, Trixie y su hermano de seis años, Bobby, con el pelo claro y los ojos azules, se parecían a su madre.

Jim Frayne era hermano adoptivo de Honey. Había tenido una infancia dura, con un padrastro cruel que le maltrataba. Eso fue la causa de que se escapase. Después, gracias principalmente a los esfuerzos de Trixie y Honey, había sido adoptado por los padres de esta última. Tenía un carácter vivo, que Trixie atribuía a su pelo rojo, pero, al mismo tiempo, era de naturaleza generosa y propicio a la sonrisa. Su sueño consistía en abrir una escuela para niños algún día, con el dinero que había heredado de su tío-abuelo, un viejo ricachón, pero avaro, que vivió cerca de la casa de los Belden. Precisamente Jim llegó a Sleepyside en su busca, cuando se fue de casa de su padrastro, pero el viejo había muerto ya.

Los dos chicos se sentaron a la mesa y Trixie empezó, muy nerviosa, a hablar:

—Bien, Jim, ¿a que no sabéis lo que ha pasado…?

—Trixie —la interrumpió Honey—, a lo mejor se lo quiere contar la propia Di.

—¡Atiza! —exclamó Trixie, poniéndose una mano ante la boca —. Tienes razón. A veces me parece que sólo abro la boca cuando no debo. Lo siento, Di. Cuéntaselo tú.

—Bueno —empezó Di, enrojeciendo ligeramente—. Me han asignado el papel de Julieta en la función de los novatos… —su voz terna un lejano tono de incertidumbre.

—¡Felicidades! —exclamaron a la vez Brian y Jim.

—Pero ¿qué te sucede, Di? —preguntó Brian—. No hablas como si te encontrases en el séptimo cielo… ni siquiera en el sexto y medio…

—¡Oh, no! —contestó Di enseguida—. En realidad estoy muy contenta y me siento muy honrada con el papel. Lo que pasa es que, ahora que lo he conseguido, no sé si me supera…

—No temas por el estreno antes de haber empezado los ensayos —recomendó Jim—. No te preocupes, Di. Todos te ayudaremos a aprender el papel, si es eso lo que te asusta. Ya verás como todo sale bien.

—Así lo espero —sonrió Di—. Me siento como si tuviese cien mariposas revoloteando en el estómago.

—Los lepidópteros no pueden sobrevivir a las secreciones intestinales del tracto digestivo —sentenció Mart.

—Y una Trixieda —dijo Trixie— no podría sobrevivir al dolor que en su cavidad digestiva le produce uno de sus hermanos.



—¡Oh, mi muy queridita hermanita! —empezó a declamar con énfasis Mart, vocalizando especialmente lo de hermanita. La gente les tomaba por gemelos, pues se parecían mucho.

Mart tenía siempre buen cuidado en puntualizar que él era once meses mayor que su hermana. Y si a ella le molestaba que le llamasen Beatrix, no le molestaba menos a él que los demás los considerasen gemelos.

—¡Haya paz, hermanos, haya paz! —rió Brian—. Nadie podrá tener nada en su tracto digestivo si seguís empeñados en armar tanto jaleo. Además, quisiera oír algo más de la función.

—Está bien —empezó Trixie—. Yo trabajaré de tramoyista y Honey en el vestuario.

—Afortunadamente, no os han encomendado las cosas a la inversa —bromeó Brian—; deben conocer tu destreza con la aguja.

—¡Lo que faltaba! —rió con ganas Trixie—. ¡Yo, metida a costurera! No necesitan disfraces de carnaval, Brian. ¡Se trata de Shakespeare! Pero Honey lo hará perfectamente —siguió—, después de haber diseñado las chaquetas del club…

El club al que se refería Trixie era el de los «Bob-Whites de Glen», o «B.W.G», para abreviar, una especie de club semisecreto constituido para ayudar a la gente que lo necesitase. Los miembros eran los que se encontraban a la mesa en aquel momento, más Dan Mangan, que era el más reciente de los componentes.

Éste, que pretendía ser policía, había sido llevado a Sleepyside por su tío, Bill Regan, que era el caballerizo de los Wheeler. En tiempos tuvo relación con una banda callejera de Nueva York. Ahora estaba muy interesado en solucionar el problema de la delincuencia juvenil, y se encontraba, con permiso especial del consejero de la escuela, asistiendo a un seminario de dos semanas de duración en la ciudad de Nueva York, que trataba de la juventud y su adaptación al barrio.

—Será muy interesante trabajar con la señorita Darcy —dijo Di —. Es una estupenda profesora de teatro.

—Y la señorita Trask está feliz de tenerla aquí —añadió Honey.

Los padres de Honey tenían una posición desahogada y siempre habían dispuesto de los servicios de un ama de llaves. Hasta ahora, ese cargo lo ostentaba la señorita Trask pero, como Honey era ya bastante mayorcita para hacerse cargo de la casa, aquélla había

pasado a administradora de las fincas.

—¿No es la señorita Trask amiga de la madre de Darcy? —preguntó Trixie.

—Sí —contestó Honey—. Su madre murió cuando Darcy era pequeña, y entonces ella y su padre se fueron a Londres, donde trabajaba como ayudante del embajador. La señorita Trask no había visto a Darcy desde hacía muchos años. Después, la señorita Darcy vino a Nueva York, de visita, y decidió quedarse. Las plazas de profesor son muy poco accesibles en Londres; por eso, cuando se enteró de que aquí había una, la ocupó.

—¿Sabéis qué es lo mejor de todo? —añadió Trixie—. Que nunca hemos podido participar en actividades extraescolares, por vivir tan lejos de la ciudad. Pero con los ensayos durante las clases de teatro y la segunda media hora de la comida podremos hacerlo.

—¡Extraescolares! —puntualizó Jim—. Tú has tenido «actividades extraescolares» de sobra para todos los institutos del Estado de Nueva York desde que te conozco, Trixie. Vayas donde vayas, siempre nos traes alguna. Los «B.W.G.» siempre han sido una especie de departamento al servicio de una sola persona.

Trixie arrugó la nariz, pretendiendo darse por ofendida.

—No estoy muy segura de lo que quieres decir.

—Lo he dicho —sonrió Jim—, sin segunda intención.

Trixie sonrió también, levantándose de la mesa.

—Precisamente ahora tengo una pequeña actividad extraescolar, llamada «limpieza de armario». De lo contrario quedaré enterrada la próxima vez que lo abra distraída.

—Lo cual sucede aproximadamente el noventa y cinco por ciento de las veces —rió Mart.

Trixie se despidió y se fue, mientras los demás se quedaron allí hasta la clase siguiente.

Los pasillos aparecían vacíos cuando Trixie iba a su armario. Puso la combinación del candado y abrió, sacando inmediatamente el equipo de gimnasia, libros de texto, cuadernos de apuntes y demás cachivaches, e intentando poner un poco de orden en aquel barullo. Estaba absorta en su tarea, cuando oyó voces cercanas.

—No sé cómo Di Lynch ha podido conseguir ese papel.

—Bueno, Jane, no todos pueden tener el papel principal. Además, tú estás entre las encargadas de la costura.

—¿Y crees que eso me basta? Yo soy quien debe interpretar a Julieta. He recibido clases de teatro desde la escuela primaria —replicó la voz de la llamada Jane—. Toda esa pandilla me pone enferma, Patty. Honey con sus riquezas y Trixie creyéndose siempre tan lista. A mí lo único que me parece es una entrometida.

—No tienes razón, Jane. Ha hecho muchas cosas buenas. Recuerda cuando recuperó a Hoppy para la alcaldía.

Trixie se estremeció. No sabía qué hacer: si salir del escondite que le proporcionaba la puerta del armario o quedarse como estaba. Decidió esto último. Al oír que las dos chicas regresaban al pasillo adyacente, se esforzó por escuchar el resto de la conversación.

—Supongo que sí —prosiguió Jane—, pero la policía pudo haber hecho lo mismo y, además, ése es su trabajo, y no el de Trixie Belden.

A los ojos de ésta asomaron unas lágrimas. Acababa de reconocer las voces de Jane Morgan y Patty Morris, dos compañeras de clase. Nunca habría imaginado que una compañera pudiera pensar así.

Luego, de repente, su pena se convirtió en enfado al oír decir a Jane, a modo de conclusión:

—Sea como sea, Patty, haré que Diana Lynch se arrepienta de haber querido hacer el papel de Julieta.

El accidente • 2

AUNQUE TRIXIE tuvo después una tarde muy ocupada con las clases, los comentarios de Jane Morgan le tuvieron en vilo, como una comezón que no parase. Perdida en sus pensamientos, estuvo extrañamente silenciosa —contra su costumbre— al unirse a los demás Bob-Whites en el autobús.

—¿Qué sucede, Trixie? —le preguntó Honey al observar aquel silencio tan poco habitual.

—Nada, sólo estoy pensando.

—¡Ah! —intervino Mart—. Ahora es cuando debemos prepararnos a enfrentarnos con líos. Recuerda, Trixie: «Romeo y Julieta» no es un misterio, sino una tragedia.

—Ya lo sé.

Mart la miró asombrado. No era muy propio de Trixie pasar por alto sus bromas.

—Simplemente, me estaba preguntando —dijo volviéndose a Honey y a Di— si conocéis a Jane Morgan.

—Fui con ella a párvulos cuando vivíamos en la ciudad —contestó Di—, y ahora coincidimos en algunas clases. Pero no la conozco muy bien.

—Ni yo —añadió Honey—. Probablemente no he cruzado con ella más de diez palabras en toda mi vida. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —dijo Trixie sin darle importancia. Se dijo que los comentarios de Jane lo único que conseguirían sería herir los sentimientos de Di, y que todo aquello no era otra cosa que envidia por parte de Jane. *Por una vez en mi vida* —pensó Trixie, dándose mentalmente una palmada en la espalda— *he pensado antes de hablar*.

Nevaba un poco al salir de la escuela, pero cuando el autobús enfiló Glen Road en dirección al este, el viento arreció, arremolinando los copos.

Trixie apretó la nariz contra la ventanilla del autobús.

—¿No sería desastroso —bromeó— que nevase durante toda la noche y mañana no pudiésemos ir a la escuela?

—Efectivamente —asintió Honey—. Tendríamos todo el día para

hacer esas cosas que tanto nos aburren, como, por ejemplo, patinar y tirarnos bolas de nieve.

Brian sonrió y añadió:

—Pero Trixie se perdería su clase favorita: la de álgebra.

—¡Terrible, ésa es la palabra: terrible! —terminó Jim riendo con ganas.

El autobús se paró al final de la avenida de Crabapple Farm, donde se bajaron Honey, Jim y los tres Belden. Brian se dirigió a su casa, Honey y Jim emprendieron el camino de Manor House y Trixie y Mart fueron paseando sin prisas, charlando bajo la sosegada hermosura de la nieve.

Ya había una fina capa blanca sobre el tejado y alrededor de la casa. De las desnudas ramas de árboles y arbustos pendían finas agujas de hielo, más gruesas en el caso de los canalillos del tejado. Los dos Belden quedaron unos instantes en silencio. Después siguieron caminando juntos.

En la puerta trasera los esperaba Bobby, su hermano de seis años, que llevaba en cada mano un bollo recién hecho.

—¡Eh, Mart, Trixie! ¿Queréis bollos? —gritaba el pequeño. Les alargó uno a cada uno y volvió corriendo a la mesa, a coger uno para él.

—¡Humm! —suspiró Mart, hincándole el diente al suyo—. ¡Me encantan!

—Quisiera saber si hay algo comestible que no te encante —bromeó Trixie.

—Lo que pasa es que el tiempo frío me abre el apetito —replicó Mart a la defensiva.

—¡Ya, ya! —dijo Trixie—. Lo mismo que el lluvioso, o el cálido, o el nublado…, y aunque acabes de comer.

—Ya me parecía que esto estaba muy tranquilo —recibió Helen Belden a sus dos «gemelos», dando un beso a cada uno.

—¡Trixie! —interrumpió Bobby—. Ha dicho mamá que me ayudarías a hacer un muñeco de nieve. ¿Vamos ahora mismo?

—Bobby, lo que te dije fue que esperases a preguntarle a Trixie. Por lo menos, déjala que entre y se cambie de ropa.

Trixie se inclinó y dio un achuchón a Bobby. Aunque a veces se poma pesado con aquellas ristras interminables de preguntas, lo quería de veras.

—Tiene razón mamá, Bobby. Déjame que me cambie de ropa y que coma algunos de esos deliciosos bollitos. Después haremos un hombre de nieve y ángeles.

—¿Ángeles? —se quedó embelesado pensando.

—Ángeles de nieve. Ya verás.

—Hablando de ángeles —dijo la señora Belden—, ya es tres de enero y no hemos retirado el árbol de Navidad. Todavía recuerdo vuestras promesas de que me ayudaríais a empaquetar los adornos. Bueno, pues empezaremos esta misma noche, así que no hagáis planes para después de la cena.

—Yo te ayudaré —dijo Brian—, y seguro que Mart también estará disponible en cuanto haya terminado de engullir los tres bollos que tiene en la boca.

Mart miró a su hermano con aquella expresión tan suya de «por qué me tienen que ocurrir siempre a mí estas cosas», pero asintió de buena gana.

—Estuve ayudando a mover la pasta hasta que me dolían los brazos —aseguró orgullosamente Bobby—, y después dejé que Reddy lamiese la cuchara.

—¿Después, qué? —gritó su madre, a la vez que Mart se quedaba con la boca abierta, a punto de darle un mordisco a otro bollo.

—Pero no puse otra vez la cuchara en el cuenco —repuso rápido Bobby, notando que acababa de decir algo inconveniente.

Al oír su nombre, Reddy, el setter irlandés de los Belden, entró corriendo en la cocina. Sin adiestramiento de ninguna clase y de comportamiento imprevisible, Reddy resultaba completamente inútil como perro de caza o como guardián, pero todos los Belden lo querían, en especial Bobby.

—¿Puede venir también Reddy a jugar a los ángeles? —preguntó Bobby.

—No creo que sepa, Bobby, pero, de todos modos, sí puede venir con nosotros y jugar en la nieve —replicó Trixie—. Empieza a ponerte ropa apropiada, mientras subo y me cambio.

—Estupendo, Trixie —dijo Bobby, que corrió a ponerse los pantalones acolchados para la nieve.

Una vez fuera, Trixie enseñó a Bobby cómo sentarse con cuidado en el suelo, echarse hacia atrás y mover los brazos para hacer un

ángel de nieve.

—El tuyo queda mejor que el mío, Trixie. El mío se rompe por los codos —se quejaba Bobby.

—Ya mejorarás —le tranquilizaba su hermana—. Todo es cuestión de práctica —y siguieron jugando felices, hasta que los llamó su madre para cenar.

Peter Belden acababa de llegar del trabajo. Era empleado del Banco en Sleepyside. Trixie y Bobby lo saludaron con fríos y nevados besos.

La cena estuvo amenizada por comentarios sobre la función de los novatos, las perspectivas de otra gran nevada y, naturalmente, la narración de Bobby referida a sus ángeles de nieve. Cuando estaban en el postre sonó el teléfono.

—Iré yo —dijo Mart, levantándose prontamente.

—Es para ti, Trixie —gritó desde allí—: es Di.

Volvió al comedor.

—Parece como si hiciese señales de humo a sus amigas, para indicarles que llamen justo a la hora del postre —gruñó.

—Bueno, Mart —dijo su madre—, Trixie ha estado jugando con Bobby un buen rato, mientras tú trabajabas. Creo que tú y Brian podríais lavar los platos esta noche y dejar que vuestra hermana haga algo de lo suyo.

Mart volvió a refunfuñar, pero sabía que su madre terna razón. Trixie la miró agradecida, según iba hacia el teléfono.

—¡Hola, Di! —dijo con entusiasmo—. ¿Cómo se siente tu familia teniendo en casa una Julieta?

—¡Mamá y papá creen que es estupendo! —contestó Di—. Tan estupendo que me han pedido que dé una fiesta después de la representación. ¿No es formidable?

Trixie estuvo de acuerdo en que lo era, y durante el siguiente cuarto de hora estuvieron trazando planes para la fiesta.

—Voy a llamar a Honey para decírselo —dijo por último Di—. Ya te veré mañana en el autobús.

Trixie colgó el teléfono y se fue a ayudar a Mart y a Brian con los platos.

—Llegas a tiempo, como de costumbre —rió Brian, secando el último.

Recordando su promesa de ayudar a quitar el árbol de Navidad,

subieron al ático a por las cajas de los adornos. Estaban envolviendo con cuidado las delicadas piezas de cristal en papel de seda, cuando sonó el timbre de la puerta trasera.

—Yo iré —dijo Helen, pasando a la cocina, de la que volvió un instante después—. Hay ahí una tal señorita Wheeler que quiere verte, Trixie —anunció muy seria—. De todos modos, ahora parece el abominable hombre de las nieves.

Salió Trixie de la pieza para atender a su visita, a la que encontró luchando por desprenderse de la nieve que cubría sus botas. El gorro y el abrigo de Honey estaban igualmente camuflados bajo una espesa capa de nieve. Hasta las pestañas traía heladas, cubiertas de copos.

—¡Pero bueno! —exclamó Trixie—. ¡Y yo que creía que ya había dejado de nevar! Siempre me alegro mucho de verte, Honey, pero ¿cómo has venido con esta nevada?

—Tengo algo terriblemente importante que decirte —explicó Honey—. Te he llamado —siguió, a la vez que se quitaba gorro y guantes—, pero el teléfono estaba comunicando. Entonces llamé a Di, pero también comunicaba. Me figuré que estaríais hablando y no sabía cuánto duraría la conversación. Mamá y papá se han ido esta tarde a Nueva York, y Jim tiene que hacer un trabajo de biología. Por eso me dijo entonces la señorita Trask que lo mejor es que viniese a verte, porque necesito hablar con alguien, pero cuando salí no nevaba tanto, además de que ya sabes lo que me gusta andar por la nieve, y…

—¡Para, para, Honey! —interrumpió Trixie—. Y también sé lo mal que se te da explicarte algunas veces; pero, en resumen, ¿qué te pasa?

—¡Oh! Ha sucedido algo terrible. Yo…

Para entonces, Honey había conseguido quitarse la nieve y la ropa de abrigo, y ella y Trixie pasaron a la sala de estar de los Belden, donde todos saludaron a Honey con cariño, especialmente Bobby, que se sentía muy contento cuando les visitaba.

—¡Cuánto nos alegramos de verte, Honey! —dijo la señora Belden—. Siéntate, estás en tu casa. Pronto acabaremos de recoger el árbol.

—Puedo ayudar —se ofreció Honey.

Mientras tanto, Trixie gesticulaba desesperadamente, intentando

llamar la atención de su amiga.

—Honey Wheeler —dijo por fin, vista la inutilidad de sus esfuerzos—, deja de ser amable durante cinco segundos y dime esa cosa «terriblemente importante» que te ha traído aquí esta noche, ¿quieres?

—¡Ah, es verdad! —repuso Honey un poco desorientada—. Perfectamente —y en un tono que de pronto tornóse grave prosiguió—: No lo creerás, Trixie, pero el padre de la señorita Darcy ha desaparecido… y Scotland Yard sospecha que se trata de un rapto.

—¡Pero eso es horrible! —gritó Helen Belden.

—Bueno —recomendó Mart—. Lo mejor será esperar, o, mejor aún, ir al aeropuerto internacional Kennedy a despedir a Trixie, para que vaya a echarle una mano a Scotland Yard.

—¡Cállate, Mart! —le dijo Trixie enfadada—. Esto no es cosa para tomar a broma —se volvió a Honey—. ¿No sabes ningún detalle más?

—Pues no muchos, la verdad —contestó Honey—. La señorita Trask dijo que Darcy estaba muy afectada cuando habló con ella. Todo lo que sé es que la señorita Darcy recibió una llamada desde la Embajada Británica en Washington, al volver de clase, a última hora de la tarde. Al parecer, su padre desapareció hace ya una semana, pero ellos habían ido posponiendo el comunicárselo, pues esperaban encontrarlo pronto.

—¿Y han llamado a los hospitales y a las personas que tienen trato con él? —preguntó Trixie, cuyo instinto detectivesco le llevaba a las posibilidades—. ¿No ha recibido nadie ninguna nota de los secuestradores?

—Los de Scotland Yard no son unos pardillos, Trixie —repuso Brian—. Seguro que ya han hecho cuanto debían.

—Y esa pobre joven —se dolió la señora Belden—. Debe de sentirse tan desvalida, y tan lejos…

—La señorita Trask le dijo que podía venir y pasar la noche en nuestra casa, pero Darcy insistió en que estaba bien —terminó Honey, a la vez que ayudaba a retirar los adornos del árbol.

Trixie también se puso a echar una mano. Siguió durante un buen rato la conversación sobre el rapto, repitiendo Honey la única información que poseía.

—No es por cambiar de tema —dijo de pronto Honey—, pero este adorno es muy bonito.

Tenía en la mano un cordero delicadamente pintado.

—Era de mi abuela —dijo Helen Belden—. Ten mucho cuidado al enrollarlo. Muchos de estos adornos tienen para nosotros un significado especial —siguió—. La mayoría han pasado de padres a hijos…

—¡Oh, sí! —terció Mart, blandiendo un trozo de corcho en forma de cubo, decorado con una mezcolanza de fieltros y cartón—. Observen ustedes la excelencia de este hermoso legado de la antigüedad.

—Ése fue el trabajo de Navidades de Trixie, cuando estaba en primer grado —sonrió Helen Belden—. Es muy bonito, ¿verdad?

No hubo nadie que compartiese su entusiasmo, y Mart hizo una mueca. Pero Bobby parecía fascinado.

—¿Estuvo Trixie en primer grado? —preguntó muy divertido—, ¿lo mismo que yo?

—Lo mismo que tú —respondió Trixie—. Y Brian y Mart también cursaron, en tiempos, primer grado. En realidad, esto es el trabajo manual de Mart —rió, exhibiendo una extraña estrella, cubierta de oropel y trocitos de algodón—, que es casi tan «bonito» como el mío.



Al cabo de un rato, todos los adornos estuvieron guardados en su lugar y listos para subirlos al ático, hasta las Navidades siguientes. Mart y su padre recogieron el árbol y lo sacaron al exterior, para convertirlo en leña, mientras Honey y Trixie se sentaban ante la chimenea y Helen y Bobby iban a la cocina a hacer un poco de chocolate.

—Trixie —susurró Honey, en cuanto estuvieron todos fuera del salón—, tengo otra cosa que decirte, y que no he contado antes porque se trata de un secreto, y me has de prometer no revelarlo absolutamente a nadie.

Trixie sonrió comprensiva. Tanto ella como Honey tenían una acusada tendencia a proferir palabras torrencialmente, como intentando poner en orden sus ideas.

—Tenemos suerte de poder entendernos —bromeó Trixie—. Y sé de qué me hablas, aunque todavía no sé qué es lo que quieres de mí ni qué es lo que quieres que sepa.

—Por favor, Trixie, no empieces —rió Honey—. Te lo contaré enseguida, pero vamos a dejamos de bromas. ¿Sabes quién es el que a veces va a buscar a la señorita Darcy a la salida de clase?

—Claro que sí —aseguró Trixie—. Ése que parece una mezcla de Robert Redford y Paul Newman, ¿cómo no iba a saberlo?

—Se llama Peter Ashbury, y la señorita Darcy está comprometida con él —siguió Honey muy excitada—. La señorita Trask tenía planeado convocar una cena de compromiso la próxima semana y, como sorpresa, pensaba pedirle al padre de Darcy que viniese de Londres. Lógicamente, el plan se ha venido abajo. ¡Espero que encuentren pronto a su padre!

—Y yo —suspiró Trixie—, y estoy segura de que tanto a ti como a mí nos agradaría poderla ayudar. ¡Oh! —se interrumpió de repente—. Con lo del rapto, casi me olvido de contarte lo de Jane Morgan.

—¿Jane? —preguntó Honey—. Es la segunda vez que la mencionas hoy. ¿Por qué ese súbito interés por ella?

—No tengo interés alguno —aseguró Trixie—, pero, por alguna razón, ella sí está interesada por nosotras, o, al menos, por Di.

Y le contó la conversación que había escachado entre Jane Morgan y Patty Morris.

—¡Pero eso es terrible! —exclamó Honey con expresión de

desencanto—. No puedo imaginarme que nadie se sienta molesta con nosotras. Quiero decir, que soy tan feliz teniendo amigos como tú y tus hermanos, y Di, y Dan, y un hermano como Jim… Nunca…, nunca habría imaginado que alguien estuviese celoso por eso.

—Estoy segura de que se debe a que Di ha conseguido el papel de Julieta. Eso ha despertado el odio de Jane —dijo Trixie—. Y me parece que debemos tener cuidado con ella. Di ya tiene bastante con aprenderse el papel que le ha tocado: no necesita intromisiones de Jane Morgan.

Honey movió la cabeza, en signo de asentimiento. Después miró el reloj.

—¡Cielos! —gritó—. La señorita Trask me va a matar por llegar tan tarde. En cuanto empiece a hablar contigo y con tu familia, Trixie, deberías ponerme un tapón en la boca, para hacerme callar.

—Ya sabes que no es ése mi estilo, ni tú tampoco eras antes así. En otros tiempos no eras más que cintas y encajes… y tan calladita… —bromeó Trixie, recordando a la Honey Wheeler remilgada y tímida que conoció, no hacía de eso tanto tiempo. Honey había vivido casi toda su vida hasta entonces en internados de postín y refinados cursos de verano. Pero, por aquel tiempo, su padre compró una finca en los alrededores de Sleepyside, y fue entonces cuando Honey tuvo por vez primera un hogar y una amiga como Trixie.

—¡Ah, claro! En esa época me asustaba hasta de mi propia sombra —rió Honey con naturalidad—. En realidad, me siento ahora más a gusto, y seguramente soy más yo misma, sin tanta cinta y tanto encaje —añadió, observando sus pantalones descoloridos y su jersey holgado—. Y no creo que nadie que me conozca utilice la palabra «silenciosa» o «calladita» cuando me describa.

—De eso no cabe duda —aseguró la señora Belden, entrando en la habitación con una bandeja llena de tazas de humeante chocolate.

—¡Mamá! —preguntó Trixie—, ¿podemos ir Brian, Mart y yo a acompañar a Honey a su casa?

Su madre asintió, aunque insistiendo en que se tomasen el chocolate antes de irse.

Se abrigaron para combatir el gélido aire de la noche. Bobby también quería apuntarse a la expedición, pero se le dijo que ya era

muy tarde y debía irse a la cama. Se quedó haciendo pucheros, mientras despedía a Honey en la puerta.

Una vez afuera, empezaron pronto a tirarse bolas de nieve, incitados por Mart, que en la primera ocasión le lanzó una a Trixie por la espalda. Aquello desató una verdadera batalla a bolazo limpio, hasta que todos a un tiempo pidieron tregua. Pero Mart se había alejado y Trixie sospechaba que estaría aguardando oculto en alguna parte, para atacar por sorpresa.

—¡Chist! Vamos a cazarlo, a pillarle —siseó a Brian y Honey.

Avanzaron cautelosamente en el silencio de la noche, que de repente fue roto por el frenazo de unos neumáticos y el chasquido de un impacto seco…, seguido de un grito, agudo y penetrante, de niño.

—¡Es Bobby! —gritó Trixie.

Al veterinario • 3

TRIXIE, HONEY Y BRIAN corrieron hacia el lugar en que había sonado el grito de Bobby. Mart los seguía de cerca.

Delante de ellos vieron un coche, con las ruedas traseras hundidas en la cuneta, repleta de nieve. Las luces de los faros taladraban la oscuridad formando un ángulo extraño.

Llegaron a Glen Road y encontraron allí a Eileen Darcy, inclinada sobre Reddy, que yacía en la nieve temblando y gruñendo suavemente. Bobby gemía histérico.

—¡Yo… yo que-que-quería ir co-contigo, Trixie! ¡Y… y… y también Re-Reddy! ¡Y… y aho-ahora es-está mu-mu-muerto!

Trixie se arrodilló y abrazó al aterrorizado chiquillo.

—¡Tranquilízate, Bobby, Reddy está bien! —dijo, mirando interrogante a Brian.

Éste examinaba al setter irlandés, que tenía una pata delantera encogida y sangrando.

—Creo que tiene una pata rota —dijo—, pero lo mejor que podemos hacer es llevarlo al veterinario.

Brian se quitó su plumífero y envolvió con él cuidadosamente al perro.

—Tiene un shock —explicó—. Hemos de mantenerlo caliente. Trixie, colócate en el asiento trasero para acomodarlo. Mart, ayúdame a levantarlo. Después, Honey y tú, llevad a Bobby a casa. Trixie vendrá conmigo al veterinario.

Rápida y eficazmente, todos hicieron lo que se les dijo. La señorita Darcy permanecía inmóvil, frotándose las manos y gimiendo:

—No lo vi, ¡cuánto lo siento! ¿No podría…?

—Por favor, señorita Darcy —le dijo Brian con aplomo—. Se pondrá perfectamente. ¿Está en condiciones de llevarnos? Si no, puedo conducir yo…

Honey, que a menudo se desvanecía a la vista de la sangre, se hizo cargo de Bobby, intentando tranquilizarle y acallar sus gritos.

—¡Está muerto, y ha sido por mi culpa! —decía el pequeño.

—No está muerto, Bobby. Brian está con él y ahora va a llevarlo

al veterinario. Ya verás como todo sale bien —pero la voz de Honey era débil e insegura.

Eileen Darcy ofreció a Brian las llaves del coche. Éste lo puso en marcha, arrancando despacio hacia la casa del veterinario.

En el asiento trasero, Trixie sujetaba la cabeza de Reddy cuidadosamente en su regazo, acariciándolo y susurrándole palabras de consuelo. Pero su corazón latía deprisa, a la vez que pensaba: *Ya verás como todo sale bien, Reddy*.

Brian, firme al volante, conducía en silencio. Eileen Darcy, que antes no paraba de disculparse, estaba ahora extrañamente callada. Por fin, Trixie habló.

—¿Cómo ocurrió, señorita Darcy? —preguntó con voz suave.

Se desbordó en un torrente de palabras atropelladas, como si la mujer hubiese estado esperando que alguien le diese la oportunidad de soltar todo lo que llevaba dentro.

—¡Oh, Trixie, Brian, lo lamento tanto! Iba a ver a la señorita Trask… Mi padre…

—Ya sabemos lo de su padre —la interrumpió con amabilidad Trixie—, y puede creernos que lo sentimos mucho.

Eileen Darcy recuperó la palabra y siguió hablando rápidamente.

—Me sentía tan desamparada allí sola, en mi cuarto, y como la señorita Trask me había ofrecido que fuese a pasar la noche con ella… Después recibí la carta y…

—¿Qué carta? —preguntó Trixie.

—De… de una amiga de Inglaterra. Había visto a mi padre hacía poco y me decía que estaba perfectamente, pero la he perdido. Y ahora… ¡no tenía que haber salido de casa! —gemía, frotándose las manos. Calló unos segundos, se aclaró la garganta y prosiguió—: Creo que no debería haber conducido esta noche, pero ya no nevaba y la calle parecía en buen estado. Acababa de darme cuenta de que había equivocado el camino de Manor House, cuando, de repente, patiné sobre la calzada helada y vi al perro corriendo hacia el coche. No supe reaccionar hasta que ya era tarde. Intenté esquivarlo, pero… No saben cuánto lo siento —su voz tembló al volverse para hablar a Trixie—. ¿Cómo está el animal?

—De momento, parece que ya no tiembla tanto —contestó Trixie—, pero respira pesadamente. Todo irá bien, Reddy —prosiguió, dirigiéndose al perro y acariciándolo—. Ya estamos

llegando.

Brian intervino:

—Me parece que tiene rota una pata, pero ahora veremos.

—Ha sido una suerte que estuvieses allí, Brian —dijo Trixie—. Piensa estudiar medicina —aclaró a la señorita Darcy.

—Ya hemos llegado —dijo Brian, girando por la avenida de la casa del doctor Samet.

El anciano veterinario vivía en la misma casa, grande, de madera, pintada de blanco, desde que Trixie era capaz recordar. No sólo atendía a los perrillos del vecindario, sino también a caballos, terneros y otros animales de los alrededores. La planta baja de la casa la dedicaba a su trabajo y era allí donde pasaba consulta. La vivienda ocupaba el piso superior. Una sala adosada a espaldas de la casa servía de alojamiento temporal de animales extraviados o abandonados, a los que el veterinario intentaba siempre buscar acomodo en familias que quisieran hacerse cargo de ellos.

En cuanto se detuvo el coche, Eileen Darcy saltó de él y corrió a la escalera de entrada, para llamar al timbre. Trixie y Brian sacaron con cuidado a Reddy del asiento trasero del coche.

Darcy volvió a llamar otras dos veces, hasta que finalmente se encendieron las luces dentro de la casa. Se abrió la puerta y apareció en su quicio el propio veterinario, que iba en pijama y con bata. Su cabello gris oscuro aparecía revuelto y era evidente que habían interrumpido el más profundo de sus sueños.

—¿Quién es? —preguntó, sin reconocer a la profesora.

—Traemos un perro. Lo… lo he atropellado sin querer —explicó Darcy, mientras Trixie y Brian subían los escalones con Reddy.

—¿Trixie, Brian? —dijo el doctor Samet al reconocerlos—. Y Reddy, ¿no? Pasad, pasad, traedlo —y abrió la puerta de par en par, invitándoles a entrar en la sala de reconocimiento.

Trixie y Brian dejaron al perro en la mesa blanca y limpia de la consulta. El veterinario empezó a hablar con cariño dirigiéndose al perro, que mostraba signos inequívocos de estar aterrorizado, mientras le examinaba la pata.

—Mantenlo quieto y tranquilo, Brian —le pidió el doctor, mientras le limpiaba la pata—. Trixie, acarícialo y háblate. Le va a doler un poco —el doctor estuvo manipulando en silencio durante un rato—. Es una fractura bastante mala. Para ser exactos, dos

fracturas, pero en el mismo hueso. No ha sufrido daños en la caja torácica, menos mal. Tendrá que permanecer entablillado varias semanas. Me gustaría que lo dejaseis aquí unos días, para poder observarlo y estar seguro de que la fractura se va soldando bien. Recuerdo que era un perrillo muy revoltoso. Voy a colocarle la pata en su sitio y después le daré algo para que se duerma. No os preocupéis.

De los ojos de Trixie resbalaron unas lágrimas. Se inclinó hacia Reddy, al que acarició con suavidad.

—¡Oh, Reddy! —fue todo lo que pudo decir.

Eileen Darcy y Brian suspiraron aliviados al oír al veterinario.

—¡Eh, Trixie, nada de llantos! —dijo Brian, cariñoso, a su hermana—. Ya verás como todo sale bien.

—Ya lo sé —contestó Trixie—. Es que antes tenía tanto miedo, y ahora estoy tan contenta… Si le hubiese ocurrido algo a Reddy, Bobby habría…

—Y otros Belden, yo incluido —se apresuró a añadir Brian—. Ahora límpiate esas lágrimas y dejemos que el doctor Samet se ocupe de la pata de Reddy.

Brian ayudó a aquél mientras vendaba la pata del perro. Pronto finalizaron la tarea y Reddy quedó descansando tranquilo.

—Tengo una yacija para perros en la sala de atrás; podrá dormir allí esta noche —dijo el veterinario—. Brian, ayúdame a llevarlo. Vamos —añadió a Trixie y Darcy—. Tengo allí otros pacientes, os gustará verlos.

—¿Podría llamar antes a casa? —preguntó Trixie—. Estarán intranquilos.

—Claro que puedes —respondió el doctor Samet—. El teléfono está en la oficina.

Trixie marcó su número. Antes de que terminase de sonar el primer timbrazo, su madre descolgó el auricular.

La señora Belden dio un suspiro de alivio cuando Trixie le contó las impresiones del veterinario.

—No hemos conseguido tranquilizar a Bobby desde que Honey y Mart lo trajeron a casa —le dijo a Trixie—. Le diré que se ponga y así podrás decirle tú misma que Reddy se curará pronto.

Trixie consiguió calmar a Bobby, que sollozaba sin parar, y le prometió que irían a visitar a Reddy al hospital al día siguiente.

Cuando se despidieron, ya no lloraba.

Trixie volvió a la sala trasera, donde encontró al veterinario con Darcy y Brian, que sostenían unos gatitos.

—¡Oh! ¡Son encantadores! —exclamó Trixie cuando el doctor Samet puso en sus manos una de aquellas bolitas negras de pelo suave.

—Don Morrison los encontró en el sótano de su almacén, en la ferretería —explicó el doctor Samet—. La madre debió salir por una de las ventanas y seguramente no pudo volver. Don esperaba que regresara, incluso dejó abierta una de las ventanas unos días, pero la gata no volvió. Los gatitos son demasiado pequeños para sobrevivir por sí mismos; por eso me los trajo. Desde entonces he estado haciendo las veces de madre. Ahora ya son mayorcitos y se manejan solos. Por eso estoy buscándoles alojamiento. ¿Sabéis de alguien que quiera un gato? —les preguntó.

—Brian, ¿crees que…? —empezó a decir Trixie.

Brian pareció dudar.

—Sé lo que estás pensando, Trixie, y creo que lo mejor es que hables antes con mamá. Además, sería conveniente esperar a que vuelva Reddy a casa. Podría creerse que le han usurpado el puesto de mascota de la familia.

—Supongo que tienes razón —reconoció Trixie—. Este animalillo, de todos modos, es tan bonito… Tiene una naricilla diminuta y sonrosada. Casi parece una goma de borrar.

—Sí —rió Darcy—. En realidad, doctor, estoy pensando que me vendría bien tener un animalito en casa, para que me haga compañía. Había pensado en un perro guardián, porque vivo sola, pero un gato guardián será mucho más divertido.

—De ese modo, no tendrá que preocuparse de los ratones —añadió el veterinario—; los gatos pueden llegar a ser tan feroces como cualquiera de esos perros pequeños que andan por ahí. ¿Y cuál le gusta más?

—Éste que tengo —respondió Eileen Darcy, escondiendo la cara tras la piel del gatito. Después sonrió al doctor—. Y creo que ya sé cómo lo voy a llamar: le pondré por nombre Sam.

—Entonces, que se llame Sam, señorita… —no supo seguir.

—¡Dios mío! —exclamó Trixie—. ¡Ni siquiera me he preocupado de presentarles!

—Había cosas más importantes que hacer, Trixie —dijo amablemente Darcy. Después se volvió al doctor y se presentó ella misma.

—¡Ah! Entonces es usted la nueva profesora de teatro. Ya he oído hablar de usted —dijo el doctor Samet—. Mi sobrina, Jane Morgan, pasa por aquí todos los días y me ayuda a alimentar a estos bichos. Me ha hablado de la obra que están preparando.

—¿Jane Morgan es su sobrina? —preguntó Trixie.

—Como lo oyes —bromeó el doctor—. ¿Tan extraño te parece, Trixie? ¿Es que los veterinarios no podemos tener familia? No tengo sólo a los caballos, afortunadamente. Mi hermana menor, Mary, es la madre de Jane.

—Comprendo, doctor Samet —se excusó Trixie—. No lo sabía.

—Tendrá que disculpar a Trixie, doctor —intervino Brian—. Si ella no ha oído hablar de algo, le parece sorprendente o sin importancia o misterioso —dio a su hermana un ligero codazo.



—Ah, sí, es verdad, Trixie. Ya sé que, al parecer, posees un don especial para detectar misterios —dijo el veterinario, no sin admiración.

—Tiene mejor olfato que el mejor de los sabuesos —terminó Brian, un poco a chirigota.

—Pues tranquiliza mucho saber que Sleepyside tiene su propio investigador —dijo Samet.

Trixie se puso colorada, devolviendo al mismo tiempo el gatito al doctor.

—¿Quiere llevarse el gatito ahora mismo, señorita Darcy? —el doctor Samet desvió intencionadamente la atención de la pobre Trixie, notando que ésta se encontraba un tanto azorada.

—No. Será mejor que me lo lleve mañana —respondió Eileen Darcy—. Mientras, seguirá perfectamente aquí con usted, doctor. Así podré ver cómo va Reddy.

—Como prefiera. Pase por aquí mañana a mediodía.

Trixie y Brian pasaron a la habitación contigua para echar un vistazo a Reddy, al que encontraron sumido en un sueño profundo y tranquilo. Después, el doctor acompañó a los tres hasta la puerta, y ellos le agradecieron sus desvelos, deseándole buenas noches.

—Es un gran tipo… y un buen veterinario —asintió Darcy, recogiendo las llaves del coche que le tendía Brian. Lo miró con agradecimiento—. Me parece que ya me he recuperado por completo.

Subieron al coche.

—Siento muchísimo lo de Reddy —dijo al arrancar—. He de disculparme ante sus padres y su hermanito. Espero que ya no esté tan asustado; este incidente le ha trastornado un poco.

—Hablé con él por teléfono —dijo Trixie— y se quedó tranquilo al oírme decir que Reddy está fuera de peligro y pronto se curará.

El resto del trayecto hasta Crabapple Farm permanecieron en silencio. Darcy conducía despacio, concentrada en la carretera.

Trixie, que iba en el asiento trasero, volvió a preguntarse sobre el padre de la profesora y el secuestro, ahora que su cerebro se desentendía de Reddy, al saber que se encontraba a salvo. Pero se contuvo, para no alterar más aquella noche a la señorita Darcy.

Llegados a casa, el matrimonio Belden, Honey, Mart y Bobby les esperaban impacientes.

Brian les presentó a Darcy, que inmediatamente empezó a disculparse, insistiendo en querer pagar la factura del veterinario.

—¡Eres mala! —gritó Bobby, mirando a Eileen Darcy.

—¡Bobby! —le reprendió severo su padre—. Ya hemos hablado de eso antes, ¿recuerdas? Ha sido un accidente —y siguió más calmado—: Ya sabes que deberías haberte ido a la cama cuanto se te dijo, y no sacar a Reddy, como hiciste. Creo que habrás aprendido la lección de esta noche… casi en tu propia carne. Ahora, jovencito, debes una disculpa a la señorita Darcy.

El labio inferior de Bobby temblaba cuando Darcy se agachó, poniéndose a su altura, para poder mirarle de cerca.

—Bobby —le explicó despacio—, ha sido un accidente, y lo siento mucho, muchísimo. Pero a veces las cosas pasan sin que podamos hacer nada por evitarlas. El doctor Samet ha dicho que Reddy se pondrá perfectamente y podrá volver a casa dentro de un par de días. Espero que podamos ser amigos —terminó, ofreciéndole la mano derecha.

Bobby se quedó mirándola unos instantes y finalmente asintió y estrechó su mano.

—También yo lo siento —dijo con una voz apenas audible.

—Muchas gracias, Bobby —dijo Darcy con sinceridad.

—Trixie, ¿quieres llevar a Bobby a la cama? —preguntó Helen Belden.

—Debemos irnos —se disculpó Darcy—. Me llevaré a Honey a su casa, ya que pasaré allí la noche.

—La señorita Trask nos está esperando —dijo Honey—. Ya la he llamado para contarle todo.

Los Belden despidieron a Darcy y a Honey. Se quedaron en la puerta hasta que perdieron de vista el coche.

—¡Vaya! Ha sido ésta una noche llena de acontecimientos —dijo Mart bostezando.

—Sí, y ya es hora de que todos nos vayamos a la cama — contestó su madre.

En el piso superior, Trixie acostaba a Bobby; le tranquilizaba contándole que Reddy había quedado durmiendo a pierna suelta y que su pata no le dolía. Estaba exhausta, pero se quedó con él hasta que le venció el sueño, cosa que no tardó mucho en ocurrir. *Pobre crío* —pensó Trixie, besándolo en la mejilla—. *Ésta ha sido una de las*

noches más terribles de su vida. Y de la mía… Suspiró y se marchó a su cuarto.

A pesar de lo cansada que se sentía, no pudo dejar de recordar los últimos acontecimientos mientras se desnudaba. Se estremeció al pensar en el valor de Darcy, conduciendo el coche con aquella nevada, sobre todo después de haberle dicho a la señorita Trask que no iría. *Y aquella carta* —seguía pensando—. *¿Quién llevaría el correo a esas horas de la noche?*

Entonces sonrió, suspiró profundamente y se metió en la cama. *Deja de hacerte preguntas, Trixie* —díjose a sí misma—, *o, de lo contrario, no te dormirás en toda la noche. A lo mejor resulta que estás empezando a oler algo, o que eres una metomentodo* —pensó, enfadada, ante el recuerdo de Jane Morgan y lo que había dicho—. *Pero todavía…*

El primer ensayo • 4

TODOS LOS BELDEN tuvieron sus dudas de que de veras empezase tan pronto otro día, cuando sonaron los despertadores a las siete de la mañana…; todos, excepto Bobby. Su padre, que se levantaba temprano para hacer el café, lo encontró en la cocina metiendo los juguetes de Reddy y la comida del perro en un maletín.

—¿Qué demonios estás haciendo a estas horas? —preguntó con gesto soñoliento.

—Preparo las cosas para ir a visitar a Reddy. Necesita el alimento, y la pelota, y…

—¡Alto ahí, jovencito! —rió su padre—. Reddy está internado para reposar, y el doctor Samet le dará comida suficiente. Además, primero tienes que ir a la escuela. Después, tu madre te llevará a ver a Reddy.

—Pero, papá…

—Ni peros ni nada. Prepárate para ir a la escuela —dijo el señor Belden, sonriendo a su hijo menor.

—Pues vaya —gruñó Bobby para sí, y empezó a subir las escaleras—. ¿Y qué pasará si Reddy se olvida de mí? —preguntó por encima del hombro.

—¿Quién se va a olvidar de ti? —preguntó Mart desde abajo—. Y menos con el jaleo que estás armando esta mañana.

Pronto estuvieron todos los Belden sentados a la mesa para desayunar.

—Voy a llamar al doctor Samet antes de ir a la escuela, para preguntarle por Reddy —dijo Trixie.

—¿Puedo hablar con Reddy? —preguntó Bobby—. Así podría decirle que voy a ir a visitarlo.

—No creo que Reddy pueda ir al teléfono —bromeó Trixie—, pero le pediré al doctor que se lo diga.

—Pues date prisa. Se está haciendo tarde y va a llegar el autobús de un momento a otro —advirtió su madre—. Mejor dicho, nada de un momento a otro, ya está ahí —dijo, mirando por la ventana.

Trixie, Brian y Mart corrieron a recoger gorros, manoplas y anoraks.

—Todos estos accesorios árticos son tan voluminosos… —se quejó Mart saliendo a toda velocidad.

—Telefonea al veterinario desde la escuela, si quieres —le gritó su madre cuando corrían hacia el autobús—. ¡Que tengáis un buen día!

Trixie se dejó caer en el asiento sin resuello, entre Honey y Di, que inmediatamente le preguntaron por Reddy.

—Ya se lo he contado todo a Di —explicó Honey.

—No he tenido tiempo de llamar al doctor Samet, pero lo haré desde la escuela —se detuvo de repente—. Honey, creía que tú y Jim iríais a la escuela con Darcy. ¿No se quedó en vuestra casa anoche?

—Sí, pero se levantó muy temprano y se fue a la ciudad —respondió Honey—. Tal vez haya ido a preparar algo para el primer ensayo.

—No me lo recuerdes —gruñó Di—. Después de lo que te conté ayer, Trixie, lo único que he hecho ha sido practicar, practicar y practicar. Creo que voy a ir por ahí gritando: «¡Oh, Romeo! ¿Dónde estás, Romeo?», porque incluso he debido repetirlo en sueños.

—Estoy muy nerviosa por los trajes —dijo Honey—. No sé si es mejor alquilar algunos o hacerlos todos.

—Bueno, después de todo —admitió Trixie—, yo seré tramoyista y estoy nerviosa, porque todavía no sé qué debe hacer un tramoyista.

Mart gruñó en el asiento de atrás y a continuación resopló con fuerza. Volviéndose a Brian y Jim, declaró pomposamente:

—Les pido, miembros del jurado, que consideren la extraña conducta de Beatrix Belden, que pretende realizar una tarea especializada en la cual se confiesa totalmente ignorante. ¡Eso es una villanía! Esta jovencita es completamente incorregible.

—Afortunadamente para ti, Mart Belden, tengo otras cosas mucho más importantes que hacer que entrometerme en conversaciones ajenas. Ya se ve que a ti no te pasa lo mismo —replicó Trixie, justo en el momento en que el autobús se detenía delante de la entrada del colegio. Recogió los libros y salió del coche seguida de Honey y Di.

—Entró al trapo… —susurró Mart, y salió tras ellas.

Entre dos clases, Trixie llamó al veterinario para interesarse por

Reddy. Según le dijo, estaba perfectamente.

La clase de teatro tuvo lugar justo antes de la comida. El grupo de estudiantes, deseando intervenir, se reunió en el auditorio de la escuela para el primer ensayo. Eileen Darcy llegó con aspecto tenso y cansado, pero sonrió al observar el panorama desde el estrado.

—Somos muy afortunados —anunció—, pues no tenemos que confeccionar ni alquilar la mayor parte del vestuario necesario para nuestra obra. Una amiga mía —siguió explicando— es propietaria de una tienda en Nueva York, y se ha ofrecido a enviarme gratis algunos vestidos de época; esto favorecerá nuestro presupuesto —y añadió—: Ahora, para empezar, he de advertiros que poner en escena una obra de teatro es un asunto muy serio. El que piense que se trata simplemente de pasar el rato charlando con los amigos, lo mejor que puede hacer es marcharse ahora mismo y dejarnos trabajar a gusto. Es cierto que actuar resulta divertido, pero también supone horas y horas de trabajo esforzado.

Toda la clase quedó en suspenso, escuchando atentamente.

—Bueno —prosiguió Darcy—. Una vez terminado este discurso introductorio, podemos empezar de verdad —sonrió y toda la clase hizo lo mismo, sintiéndose relajada—. En primer lugar, tenemos que dividirnos en grupos. Mis ayudantes asignarán las tareas de tramoya. Necesitaremos uno para tramoya y otro para guardarropía. Los encargados de la ropa deben repartirse entre trajes y ambientación. Los de la iluminación estarán al mando de Jenny Ratner.

«He pedido al club artístico que nos ayude a diseñar carteles y programas, así como a pintar las bambalinas. Pero antes de meternos con todas estas cosas, debéis conocer algunas cuestiones fundamentales de terminología escénica. Pasaré un gráfico de la zona del escenario, que quiero que todos aprendáis de memoria. Debéis estar tan familiarizados con la disposición del escenario como con la de vuestra casa. No podemos tener gente chocándose, o que no sepa dónde está cualquier cachivache en un instante dado».

Todos escucharon con atención mientras la profesora les iba explicando que las candilejas es lo que queda más cerca de los espectadores y el foro lo más alejado, o sea, el fondo del escenario. Derecha de la escena o lateral derecho es la derecha del actor, según se mira al público. Las alas son los espacios libres que quedan

a ambos lados del escenario, casi ocultas por el decorado.

—Cuando estéis «esperando en las alas» —explicó la señorita Darcy— permaneceréis a la espera en alguna de esas zonas, bien como actor preparado para intervenir, bien como tramoyista, atento a un cambio de traje o decorado.

La trama divisora del escenario, tal como se veía en el gráfico, resultó confusa para la mayoría de los alumnos, hasta que la profesora les explicó que entrada (d.a.) significaba que el actor o actriz llega al escenario desde la entrada derecha más alejada del público. El escenario estaba dividido en cuadrantes marcados: derecha alejada, derecha cercana y derecha centro, y sus equivalentes a la izquierda.

Di se inclinó hacia Honey y murmuró a su oído:

—Todo esto parece complicadísimo. No sólo he de aprender el papel, sino que, además, debo recordar desde dónde tengo que decirlo.

—¿Tiene alguna pregunta que hacer, señorita Lynch? —preguntó Eileen Darcy—. Si es así, le ruego que se dirija a mí. Una actriz tiene que saber todas estas cosas.

Di se puso colorada y se excusó. Jane Morgan soltó una risita desde su lugar, que quedaba un poco detrás de ella. Trixie, sentada junto a Honey al otro lado de la clase, se volvió y la miró.

Conviene que no la pierda de vista —se dijo, a la vez que echaba una mirada a Honey, que pareció entenderla.

El semblante de Darcy cambió de repente. Se frotó nerviosa la cara y empezó:

—Lo… lo siento. Estoy un poco alterada. Ya sé que todo esto parece algo confuso, pero ya lo veréis más claro en cuanto empiecen los ensayos. Vamos a empezar —añadió ya con mejor talante—. Los encargados del vestuario, aquí —dijo señalando a su izquierda—; los tramoyistas, allí, junto a ellos; y los de los focos, más lejos.

Los estudiantes ocuparon sus puestos rápidamente.

—Los demás actores y actrices, que se queden… —interrumpió la frase, que terminó de un modo casi ausente— sentados —hizo una pausa—: Con permiso, disculpadme un momento; vuelvo enseguida.

Y se fue rápidamente al fondo del auditorio, donde estaba

esperándola Peter Ashbury, su novio.

Trixie dio un toque a Honey en las costillas.

—Aquí hay gato encerrado —musitó—. Me pregunto qué estará haciendo él aquí durante las horas de clase.

—A lo mejor ha venido a invitarla a comer —aventuró Honey.

—No sé, ella parece muy nerviosa esta mañana —siguió Trixie —, pero es perfectamente comprensible. Debe estar preocupadísima por su padre.

Honey sonrió.

—¿Qué tiene eso de divertido? —preguntó Trixie.

—Nada —repuso Honey—. Ha sido tu «perfectamente comprensible» lo que me ha hecho sonreír. Todo tiene que ser para ti por lo menos «comprensible», si no «perfectamente comprensible».

Trixie sonrió también.

—Sé que tienes razón, Honey, pero ya sabes que los detectives tienen que estar atentos siempre, no sólo cuando investigan un caso.

De repente, Jane Morgan interrumpió la conversación.

—He oído que la señorita Darcy ha pasado la noche en tu casa, Honey —dijo con una sonrisa artificial—. Está muy de moda eso de invitar a los profesores a pasar la noche en casa.

—La señorita Darcy fue a visitar a la señorita Trask, no a Honey —repuso bruscamente Trixie.

—¡Ah, sí! A su ama de llaves. Bueno, todo el mundo tiene un ama de llaves amiga de las profesoras —hizo observar Jane con una sonrisa más desafiante que la anterior.



—Lo que ocurre es… —empezó Trixie.

—Lo sé todo, Trixie Belden —interrumpió Jane, desaparecida ya su sonrisa—. Entérate de que tú y tu pandilla no sois los únicos privilegiados con acceso a cierto tipo de información.

Antes que Trixie pudiese responder, Honey dijo:

—Eso es cierto, Jane —y tras estas palabras, pronunciadas con toda la amabilidad de que fue capaz, se alejó.

—Está celosa —susurró Honey a Trixie—. No entres al trapo. De todos modos, ¿cómo se habrá enterado de lo de anoche?

La cara de Trixie estaba roja de furia.

—He olvidado decirte —empezó— que Jane es sobrina del doctor Samet y que le ayuda a cuidar a los animales.

Probablemente habrá ido allá esta mañana, antes de clase, y él le habrá contado lo ocurrido. ¡Me pone mala!

—Ya lo sé —dijo Honey—, pero tienes que intentar ignorarla, comportarte como si no existiera.

La gente ya empezaba a impacientarse cuando la señorita Darcy terminó de hablar con su novio.

Trixie se volvió; seguía esperándola al fondo del auditorio.

—Sólo nos quedan un par de minutos hasta que suene el timbre —dijo Darcy en voz alta—. Quiero que volváis aquí todos después de la comida; entonces os diré qué debéis hacer para mañana.

A continuación, dio por terminada la clase.

Al salir los estudiantes del auditorio, Trixie, Honey y Di pasaron junto a Peter Ashbury. Sólo habían recorrido unos pasos hacia el vestíbulo, cuando Honey se paró de repente.

—¿Qué pasa, Honey? —le preguntó Trixie.

—Me parece que he visto a ese hombre en alguna parte —le contestó en voz alta.

—Pues claro que lo has visto, Honey —le contestó Trixie, desconcertada—. Lo has visto venir a recoger a la señorita Darcy un montón de veces.

—Ya lo sé, pero me refiero a que lo he visto en alguna otra parte, además. Acabo de darme cuenta, pero no recuerdo dónde.

—Y ahora, ¿quién necesita que todo sea «perfectamente comprensible»? —rió Trixie.

—Lo sé —dijo Honey—. Me estoy volviendo como tú. Probablemente no tenga interés, pero sé que lo he visto antes… en

alguna parte…

Los trajes de Inglaterra • 5

LOS PRIMEROS ENSAYOS se pasaron sin sentir. «Pasa a candilejas», «se queda en el medio» y «desaparece por el foro» eran frases que ya iban teniendo significado para todos los que trabajaban de firme bajo la dirección de Eileen Darcy.

Trixie, con pintura hasta las cejas, dibujaba atentamente una de las bambalinas.

—Nunca pude imaginar que esto diese tanto trabajo —le contaba a Jim Frayne, que trabajaba junto a ella. Se había presentado como ayudante veterano para colaborar en la preparación de escenarios y carteles.

—Pues esto no es más que el principio, Trixie —le contestó—. Espera a que esté todo listo y tengas que poner las cosas en su sitio en cada momento. Claro que entonces tendrás un ayudante.

—¿Un ayudante?

—Seguro —añadió Jim—. Los tramoyistas trabajan por parejas, pues hay que quitar y poner cosas en el escenario con gran rapidez. A ti y a tu compañera os indicarán que tendréis que hacer las cosas en un orden determinado. Supongamos que en una escena hay una silla y que en la siguiente no. Tendrás que enterarte cuando el ayudante te diga «poner silla» para la primera escena y «quitar silla» para la segunda.

—¡Ah, ya! —dijo Trixie—. Me parece que entiendo lo que dices. Hay que hacerlo todo en equipo, trabajando unos para otros. Me gusta.

—A lo mejor cambias tus proyectos y eliges otra profesión —bromeó Jim—, como, por ejemplo, la de decoradora.

—¡Nunca! —rió Trixie—. Esto me gusta, pero no hasta ese extremo.

Terminaron y se limpiaron rápidamente. De vuelta al auditorio se detuvieron en la sala de vestuario, para ver qué tal le iba a Honey. Conforme se acercaban, oyeron la voz de Jane Morgan.

—¡Honey Wheeler! Me parece que te has pasado. Mira cómo le sienta —decía, señalando uno de los trajes, que se estaba probando una de las chicas.

—¡Hola, Jane! —dijo Trixie inocentemente, al entrar en el cuarto—. No sabía que estabas al cargo de las costureras.

—No lo estoy —replicó Jane—. Pero alguien debe orientar a toda esta gente que no sabe lo que está haciendo. Hay que hacer algunos trajes, ya sabes. Parece ser que sólo Julieta tendrá derecho a los que han traído de Inglaterra.

Trixie se contuvo con dificultad, y volviéndose a Honey le dijo:

—Es casi la hora de comer. ¿Por qué no te vienes con nosotros y vemos el final del ensayo?

Honey asintió, recogió los útiles de costura y se fue con ellos.

—¡Uf! No me gustaría tenerla enfrente —comentó Jim, una vez que estuvieron lo bastante alejados como para que les oyera—. ¿Qué le has hecho, Honey, le has pinchado con alguna aguja?

—¡Debería haberlo hecho! —exclamó Trixie. Después le explicó a Jim que Jane estaba furiosa porque Di había conseguido el papel de Julieta, que ella ambicionaba, y desde entonces no les dejaba vivir en paz.

—¡Lo que no me explico, Honey —decía Trixie, excitada—, es por qué le toleras todo! «¡Muy largo, muy corto, muy ceñido!»… ¡Se ve que lo único que quiere es provocarte…!

—Ya lo sé —respondió Honey—. La furia, o la envidia, o como queráis llamarlo, obliga a veces a la gente a hacer cosas muy raras. No creo que Jane sea así.

—¡Pues claro que lo es! —replicó Trixie—. Honey, a veces te pasas de ingenua. Siempre te empeñas en ver el lado bueno de la gente y, por lo general, acaban arremetiendo contigo.

Trixie se calló, al llegar al auditorio, donde se sentaron en primera fila. Los actores representaban el acto segundo, escena segunda, cuando Julieta habla a Romeo desde el balcón.

Darcy estaba muy metida en la obra y, según la señorita Trask, que hablaba todos los días con ella, aún no sabía nada de su padre. Peter Ashbury acudía siempre a los ensayos y se sentaba tranquilamente, en silencio, al final del auditorio, hasta el descanso.

Trixie observaba a su amiga interpretando el papel de Julieta.

—«¡Buenas noches, buenas noches! Partir es una pena tan dulce…» —Di se atrancó. Enrojeció y repitió «una pena tan dulce» varias veces.

—¿Qué pasa, Diana? —le preguntó Darcy impaciente, en tono

de reprimenda.

Pobre Di —pensó Trixie.

De repente se oyó una voz desde el lateral:

—«… que te diré buenas noches hasta que sea mañana».

—¡Es Jane Morgan! —susurró Trixie a Honey y Jim.

—Muchas gracias, Jane —dijo entonces Darcy—. Intenta recordar bien el papel, Diana. Es la segunda vez que tiene que ayudarte Jane. Y la noche del estreno no habrá nadie que lo haga —le advirtió secamente.

Eileen Darcy fue interrumpida por un estudiante que le llevó un recado de secretaría. Después de leerlo, cambió bruscamente su humor.

—¡Acaban de llegar los trajes de Inglaterra! —anunció con cara de satisfacción—. Si consienten en perder unos minutos del recreo, podremos traerlos.

Todos estuvieron de acuerdo. Darcy pidió unos cuantos voluntarios que ayudasen a transportar las cajas. Jim y Trixie se ofrecieron sin pensarlo dos veces, y se encaminaron a secretaría con la profesora. En el camino se les unió Peter Ashbury, que también ofreció su ayuda.

Había tres cajas grandes y planas. De una se encargó Jim; Trixie y Eileen Darcy cogieron la otra y Ashbury cargó con la tercera. Volvieron al auditorio y las colocaron en el escenario.

Trixie empezó a abrir una de las cajas.

—¿Qué estás haciendo? —interrumpió Ashbury—. Creo que deberías esperar hasta que se te indicase. Tal vez la señorita Darcy quiera abrirla personalmente. Después de todo, es responsabilidad suya.

—Lo… lo único que quería era ayudar —repuso Trixie, turbada.

—El señor Ashbury tiene razón, Trixie —dijo delicadamente Darcy—. Prefiero abrirlas yo, ya que es material delicado.

Y empezó la tarea con rapidez, mientras los estudiantes observaban. El primer traje que apareció era una hermosa capa.

—Es la que lleva Romeo en el primer acto —explicó la profesora. Y siguió sacando el resto de los trajes, hasta que por último apareció un vestido largo de terciopelo, elegantísimo, bordado y con intrincados dibujos y abundante pedrería.

—¡Es maravilloso! —exclamó levantándolo.

De repente, el destello de un flash hizo que Eileen Darcy mirase con sorpresa.

—No se asuste, señorita Darcy —dijo sonriente un fotógrafo, con la cámara en la mano—. Sólo quería hacer algunas fotos para el periódico y siempre he creído que las que se hacen sin avisar resultan más naturales.

Era Bill Morgan, el hermano mayor de Jane, que trabajaba como fotógrafo en el periódico de la escuela.

—Tengo pensado escribir un extenso artículo sobre la obra —explicó tranquilamente.

—Estupendo —asintió Darcy—. Sólo que me has cogido desprevenida, eso es todo —consultó el reloj—. Ya os he entretenido bastante. Iros a comer. El señor Ashbury y yo llevaremos los trajes a mi despacho. Trixie, ¿te importaría buscarme después de la comida? Será un par de minutos.

Trixie asintió, recogió sus cosas y se fue a la cafetería con Di, Honey y Jim.

—Parece como si todos hubiésemos caído hoy en desgracia. No damos una —suspiró Trixie—: Jane le echa una bronca a Honey; Di se olvida del texto; el señor Ashbury me llama la atención, y ahora, para colmo, la señorita Darcy quiere verme. ¿Qué más nos va a pasar? ¿Es que hay luna llena?

—A lo mejor es que se ha levantado la veda de los Bob-Whites —bromeó Honey.

Trixie sonrió, pero sólo fugazmente.

—¿Habéis observado lo nerviosa que estaba la señorita Darcy mientras abría las cajas?

—Bueno, en realidad ha estado nerviosa toda la semana —hizo observar Jim— y eso no creo que sea misterioso, Trixie. Es indudable que está preocupada por su padre y tal vez un poco por el accidente de Reddy.

Camino de la cafetería, Di estuvo anormalmente silenciosa.

—¿Te pasa algo? —acabó preguntándole Honey.

—No… Bueno, sí —empezó a hablar Di, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Vaciló un momento y acabó confesando—: Me parece que no voy a poder con el papel de Julieta. Todo el texto que me sabía ayer tan bien, lo he olvidado hoy, y el que tengo que aprender hoy seguramente se me habrá olvidado mañana. Y Jane se lo sabe

entero. Tal vez sería mejor que lo interpretase ella…

—No seas boba, Di —exclamó Trixie enfadada—. Verás como te aprendes el papel de pe a pa. Y en cuanto a Jane, eso de que se sabe el papel…, lo tendría a mano y estaría leyéndolo, esperando que te pasases por alto algún verso. Además, no estaba en el escenario.

—Trixie tiene razón —añadió Honey con firmeza—. Mañana es viernes… Mira, te ayudaremos durante el fin de semana. Verás como lo bordas.

—Estoy de acuerdo con las dos —agregó Jim, alargándole un pañuelo a Di—. Ahora, sécate los ojos y vamos a comer. De lo contrario, estarás demasiado débil y hambrienta cuando prosiga el ensayo.

Brian y Mart ya estaban sentados a la mesa y casi habían terminado sus sandwiches cuando Honey, Di, Trixie y Jim se les unieron.

—¿Qué ha retrasado a los tres amigos montescos y a mi hermanita? —preguntó Mart.

—Han llegado los trajes de Inglaterra —explicó Honey—, y hemos estado viéndolos. Hay algunos vestidos preciosos que Di se sentirá feliz de llevar.

—Son bonitos, ¿a que sí? —comentó Di con los ojos brillantes.

Trixie permaneció callada. Comió en silencio el sandwich, mientras sus amigos charlaban de la función y los trajes.

—¡Uy, uy, uy…! —dijo Mart—. Me da en la nariz que ésta es la calma que precede a la tempestad. ¿Qué se cuece en tu azotea, Trixie?

—Estaba pensando, en lugar de charlar —contestó levantándose y recogiendo los libros—. Debo darme prisa. La señorita Darcy quiere verme antes del ensayo —y los dejó, saliendo rauda.

Mart silbó.

—¿Qué le pasa a Trixie? Es la vez que la he visto más callada desde que nació. ¿No estará tras algún misterio, verdad? —preguntó a Honey.

—No —sonrió ésta—; al menos, que yo sepa.

—Serías la primera en saberlo, si lo hubiese —intervino Mart—. Por lo tanto, deduzco que podemos estar tranquilos de momento.

Trixie llamó suavemente a la puerta del despacho de la señorita Darcy, pero no obtuvo respuesta alguna. *Estará comiendo* —pensó

Trixie. La puerta estaba abierta, así que entró.

Echó una mirada alrededor del cuarto. Muchos interesantes carteles de Londres y Broadway adornaban las paredes. El de una representación londinense de «Romeo y Julieta» mostraba a la heroína en el balcón, con un vestido muy parecido al de terciopelo, enviado de Inglaterra. Trixie se preguntó si la amiga de Darcy habría diseñado también aquél.

Se sentó a esperar a la profesora. Cogió un catálogo que encontró en una mesita, junto a la silla. *Honey y Di disfrutarían viendo estos trajes* —pensó hojeando el catálogo, que llevaba por título «Manual de trajes shakesperianos».

La puerta se abrió de repente, y entró Peter Ashbury. Trixie se puso de pie de un salto ante la brusca aparición, y casi se le cae el catálogo de las manos. Una expresión de enfado arrugó la frente de Ashbury.

—¿Qué está haciendo aquí? —gruñó—. Curioseando, supongo —le quitó el catálogo de las manos—. Alguien debería enseñarle un poco de educación y buenos modales.

Trixie intentó disculparse, azorada:

—Yo… La señorita Darcy quería verme y estoy esperándola. La puerta estaba abierta.

—Llegará dentro de un minuto —repuso él con brusquedad.

Trixie, absolutamente perpleja por su agrio comportamiento, acabó perdiendo la paciencia.

—No sé por qué me trata de ese modo —le dijo indignada—. No he hecho nada por lo que tenga que reprenderme.

Justamente en ese momento entraba Darcy en la habitación.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó—. Se oyen los gritos desde el pasillo.

Ashbury respondió antes de que Trixie pudiese intervenir.

—He entrado y la he sorprendido —dijo, acusándola con el dedo— revolviendo tus cosas.

—¡Trixie! —exclamó Darcy.

—Lo único que hacía era mirar el catálogo de trajes que había encima de la mesa —se disculpó Trixie. Se le había pasado el enfado, pero estaba más desconcertada que antes—. Cuando llegué vi la puerta abierta y, como usted me había dicho que quería verme, entré a esperarla.

—Es cierto. Te pedí que vinieses un momento antes del ensayo, ¿verdad? —Eileen Darcy se pasó los dedos por el pelo con aire distraído. Después dijo—: ¡Ah, sí! He hablado esta mañana con el doctor Samet. Me ha asegurado que Reddy se pondrá muy bien pronto y que mañana puede volver a casa. Parece ser que tu madre y Bobby fueron ayer a verlo, y tu madre le pagó al veterinario. Quisiera abonárselo, ¿te importaría darle este talón? —preguntó, acercándole un sobre a Trixie—. Y, por favor, dile a toda la familia, y especialmente a Bobby, cuánto siento todo lo ocurrido.



—Lo haré encantada —contestó Trixie, recogiendo el sobre.

—Te veré en el ensayo, dentro de unos minutos —añadió Darcy. Al salir, Trixie volvió la vista y observó que la profesora dedicaba a Peter Ashbury una fría mirada.

Hay algo muy raro en todo esto —pensó Trixie, cerrando la puerta al salir. Apenas había empezado a andar hacia el auditorio, oyó las voces de Peter Ashbury y de Eileen Darcy; discutían.

Sé que no debería escuchar —pensó. El sentido común le aconsejaba alejarse sin más, pero su curiosidad pudo más, y se quedó.

—¿Dónde estabas? —oyó decir a Darcy—. Tuve que pedir a algunos alumnos que me ayudasen a traer aquí los trajes, y después he estado todo el tiempo buscándote. Me parece que habíamos quedado en comer juntos. Y, cuando al fin te encuentro, estás discutiendo con uno de mis alumnos.

—Tuve que hacer unos recados.

—¿Recados? ¿Qué clase de recados tienes que hacer a mediodía en un instituto?

—Escucha, Eileen, si no quieres verme por aquí, no tienes más que decirlo. El trabajo es ahora escaso y, con tu padre ausente, creo que deberías agradecer que venga más a menudo. No tengo que ir a Nueva York todos los días.

Y ahora que…

—Ahora que, ¿qué? —preguntó Darcy despacio. A Trixie le pareció que la voz de la profesora sonaba amenazante.

—Ahora que…, bueno, ahora que crees que estoy interrumpiendo tu trabajo, ¡no volveré más!

Trixie oyó pasos que se aproximaban a la puerta, por lo que silenciosamente se dirigió a la clase siguiente, en la que entró. Oyó abrirse la puerta del cuarto de Darcy y cerrarse de un portazo. Esperó hasta que se perdieron los pasos a lo lejos, abrió la puerta y corrió al auditorio.

El resto de la clase ya estaba allí, esperando a la profesora. Trixie oteó el grupo, en busca de Honey, y al no encontrarla fue a la habitación de costura.

—¿Qué pasa? —preguntó Honey inmediatamente, al ver la cara de Trixie.

—Me gustaría hablar contigo después de clase —murmuró

Trixie, observando la inquisitiva y hostil mirada de Jane Morgan—. Debo volver al auditorio. La señorita Darcy estará allí dentro de un minuto —añadió—. Sólo quería ver si tenías un minuto para hablar, pero veo que no —comentó, dirigiendo la mirada a Jane.

—Entiendo —dijo Honey—. También yo tengo algo que decirte.

Trixie volvió al auditorio, al que llegó justo cuando entraba Darcy. La profesora terna los ojos irritados, como si hubiera estado llorando.

—Siento llegar tarde —se disculpó—. Sólo nos quedan veinticinco minutos de ensayo… Proseguiremos por donde nos quedamos antes de la comida. Diana, ¿quieres empezar? Los tramoyistas, por favor, que se reúnan en los laterales. Jeff Hoffer les enseñará cómo manejar el material y las bambalinas que han pintado.

Después del ensayo, el resto de la tarde transcurrió con una lentitud agobiante, en opinión de Trixie, incapaz de concentrarse en Napoleón, en la clase de Historia, ni en «Las uvas de la ira» —aunque le gustaba la novela—, en la de Lengua. Estaba tan preocupada por los acontecimientos del día, que todo lo demás se le antojaba insulso y falto de interés.

Finalmente sonó la campana avisando el fin de la última clase, y Trixie corrió al encuentro de Honey y el resto de los Bob-Whites frente a la escuela, en la parada del autobús.

—Honey —le preguntó ansiosa—, ¿por qué no vienes a casa esta noche? Estoy segura de que a mamá le agradaría invitarte a cenar, y así podríamos hablar… en privado.

—Buzz, buzz, buzz… el sonido que más les gusta a los apicultores —rió Mart—. ¿Puede saberse que están buz-buzeando estas dos abejas?

—¿Temes perderte algo? —preguntó Trixie con frialdad.

—No —respondió Mart—, pero has estado todo el día muy rara, Trixie. Espero que no bucees en una de tus investigaciones de tal vez sea esto, tal vez sea aquello.

—De ninguna manera —medio sonrió Trixie subiendo al autobús.

Charlaron animadamente durante todo el camino y al acercarse a Crabapple Farm Honey dijo que iría antes a su casa, a pedirle permiso a la señorita Trask para que le dejase pasar la noche en

casa de los Belden.

Mart, Brian y Trixie fueron recibidos en la puerta por Bobby.

—¿A que no sabéis la noticia? —preguntó, saltando de alegría—. ¡Reddy volverá a casa mañana!

—Eso me han dicho —dijo Trixie, dándole a su hermanito un beso y una palmada.

—¿Has hablado con el veterinario? —preguntó su madre.

—No, pero le llamó la señorita Darcy, y me lo dijo —repuso Trixie. Después sacó el sobre que aquélla le había dado y se lo acercó a su madre—. También me pidió que te diera este talón.

—Ya le dije que no hada falta —dijo Helen Belden, abriendo el sobre—. Pero ¿qué es esto? Aquí no hay ningún talón, Trixie. Esto es un recibo de una caja fuerte… y varios dibujos de trajes.

—¿Qué dices? —preguntó Trixie, mirando con ojos de asombro.

—Se habrá equivocado de sobre. ¿Querrás devolvérselo mañana? —dijo Helen, dándoselo otra vez a Trixie.

—Claro que sí, mamá —contestó Trixie, intentando disimular su excitación—. ¡Ah, mamá! ¿Podría venir Honey a cenar con nosotros y pasar aquí la noche?

—Honey es bien recibida siempre, pero ya sabes lo que opino respecto a que vengan los amigos a dormir durante los días de clase —repuso su madre.

—Ya lo sé, mamá, pero sólo por esta vez, ¿eh? —suplicó Trixie —. Tenemos algo muy importante que tratar.

—Cualquier día se agotará la provisión de «sólo por esta vez» —rió su madre—, pero, en fin, de acuerdo «sólo por esta vez».

—¡Muchas gracias, mamá! ¡Eres buenísima! Te prometo que no trasnocharemos.

—¿Y qué es eso tan importante y urgente? —preguntó la señora Belden.

—Ya sabes que es inútil intentar que Trixie divulgue sus importantes asuntos, mamá —bromeó Brian.

Pero Trixie ya no escuchaba. Corría escaleras arriba, con el sobre bien sujeto en la mano.

Extraños sucesos • 6

LLAMÓ HONEY para comunicar que la señorita Trask le había concedido permiso para ir a pasar la noche con Trixie, con la condición de que antes acabase sus deberes.

—Bueno, pues entonces, date prisa en acabarlos —dijo Trixie, urgiendo a Honey—, y vente pronto. También acabaré yo los míos; después hablaremos —se despidió de su amiga y colgó.

Menos de una hora después llegaba Honey con su bolsa para pasar la noche. Trixie estaba arriba, en su cuarto, terminando los problemas de álgebra, cuando oyó la entusiasta bienvenida de Bobby. Cerró el libro de golpe y corrió escaleras abajo, arrastrando luego, literalmente, a su amiga hacia la habitación.

—Perdonadme todos —se disculpó por encima del hombro—. Ya hablaréis con ella durante la cena.

—¿Qué sucede? —oyó Trixie decir a su madre, que se dirigía a Mart, enfrascado en rebañar el recipiente en que se había hecho un pastel.

—Puede ser una de las ocurrentes maneras de Trixie para eludir el trabajo —en este caso, poner la mesa—, o acaso se trate de alguna catástrofe terrible. En toda mi vida, mamá, no he conseguido entender nunca a las chicas ni a los aspirantes a detectives, y mucho menos a la combinación de ambas cosas. Eso forma una mezcla explosiva.

—En eso estoy completamente de acuerdo contigo, Mart —accedió su madre riendo—. Y me alegra mucho que te encargues de poner la mesa, porque eso es lo único que falta por hacer… si acabas con ese recipiente.

—¡Por qué no me habré callado! —gruñó Mart.

En el piso de arriba, Honey y Trixie charlaban sentadas sobre la cama.

—¡Ya era hora! —exclamó Trixie con aire de triunfo—. He estado todo el día esperando la ocasión de poder hablar contigo.

—Y yo también —dijo Honey—. ¿Quieres empezar tú, o empiezo yo?

—Tú primero —concedió Trixie, ansiosa de oírla.

—Perfectamente —empezó Honey—. Bueno, pues después de irte del comedor, fui un par de minutos a la biblioteca a buscar una de esas revistas de historia. Y…

—¡Honey! —interrumpió Trixie, impaciente—. ¡Cíñete a lo fundamental!

Honey se encogió de hombros.

—A veces me desvío del tema. Bueno. Después de recoger las revistas, volvía a mi armario y vi al señor Ashbury hablando con Bill y Jane Morgan delante de la redacción del periódico. Pensé que era un poco extraño que estuviese hablando con ellos, y, además, estaba un poco intrigada pensando de qué conocía al señor Ashbury, dónde le había visto antes. Por eso volví al pasillo y me quedé escuchando.

—¡Honey! —le reprendió Trixie, pretendiendo escandalizarse—. Me extraña que tú… Por lo general, soy yo quien hace esas cosas tan feas.

—Ya, ya lo sé —rió Honey—. Me estarás contagiando. Sea como sea —continuó—, el caso es que estaban hablando de las fotos que Bill había hecho a los trajes esta mañana. El señor Ashbury le pedía a Bill copias de ellas y a continuación le dio sus señas. No pude oírlas, sólo entendí que vivía en Nueva York, y de repente recordé dónde había visto antes a ese hombre.

Trixie estaba absorta, escuchando la narración de su amiga, sin perder palabra e intentando captar el significado de aquello, para colocarlo en el laberinto que ya tenía montado en la cabeza.

—Mamá estuvo colaborando en una cena benéfica de la Noche de Todos los Santos en un club de Nueva York —continuó Honey— y un día fui con ella a la ciudad. Una de las visitas que hicimos fue a una tienda de trajes, y estoy casi segura de que Peter Ashbury era el hombre que la atendió. Permanecimos allí un rato y recuerdo que estuve mirando muchos trajes. Le pregunté a la señorita Trask sobre él y me dijo que no sabía a qué se dedicaba el señor Ashbury. Y mis padres se fueron a Miami anoche y no volverán hasta la semana que viene, así que no puedo preguntar a mi madre. Bueno, cuando Bill, Jane, y el Señor Ashbury acabaron de hablar —siguió Honey— esperé unos instantes antes de volver al auditorio, al ensayo. Vi a Jane y Bill en el vestíbulo, pero Ashbury ya no estaba con ellos.

—Por desgracia, yo sí sé dónde estaba —interrumpió Trixie—.

Pero eso ya te lo contaré después. ¿Y qué ocurrió?

—Fui tras Bill y Jane unos momentos. No me habían visto. Bill decía que iba a hacer un artículo referente a la función, con fotos de Di y el resto del reparto, vestidos con los trajes de la época de Shakespeare. Jane le aconsejó que esperase a hacer otras fotos, porque Di no iba a representar el papel de Julieta. Pero entonces se le ocurrió volver la cabeza y vio que iba yo junto a ellos, por lo que dejó de hablar. Le susurró algo a Bill y después, muy amablemente, me invitaron a ir juntos al auditorio. No hice gesto alguno que indicase que los había oído, pero iba que ardía por dentro.

—¡Uf! —exclamó por todo comentario Trixie—. Esto cada vez es más extraño —y le contó a Honey lo que había sucedido en el despacho de la profesora de teatro sin omitir la discusión entre ésta y Peter Ashbury—. ¡Y ahora, esto! —con un gesto, Trixie sacó el sobre que contenía las fotos y el recibo de la caja fuerte.

Honey la miró asombrada.

—¿Y esto qué tiene que ver? —preguntó.

—No tengo ni idea —confesó Trixie en voz baja. Y le explicó a Honey que la señorita Darcy, al parecer, le había entregado un sobre equivocado.

—Aquí hay algo muy raro —suspiró Trixie—. ¿Recuerdas lo que se enfadó el señor Ashbury cuando empecé a abrir las cajas de los trajes? Tal vez… si está metido en ese negocio… quiera robarlos. A lo mejor son trajes muy valiosos, y por eso la señorita Darcy los ha dejado en depósito en una caja fuerte.

—Trixie —sonrió Honey al hablar—, las cajas fuertes son demasiado pequeñas para guardar trajes en ellas. Se usan para objetos valiosos: joyas, papeles importantes y cosas así, pero no para trajes.

—¡Oh! —repuso Trixie—. ¿Y qué me dices de las pieles? También valen mucho dinero. ¿Dónde las guarda la gente en verano?

—Seguro que no en cajas fuertes —repuso Honey—. Durante el verano, mi madre las deja en una peletería que tiene cámaras especiales para eso.

—Bueno, dejémonos de suposiciones —suspiró Trixie—. Jane Morgan también me molesta. Me pregunto si debería hablarle a Di de ella. Es la segunda vez que Jane asegura que Di no hará de

Julieta. Quizá intente raptarla la noche del estreno —terminó, con los ojos muy abiertos por la ocurrencia.

—¡Oh, Trixie! —se lamentó Honey—. No creo que llegue a tanto.

—Yo no estoy tan segura —empezó Trixie, pero fue interrumpida por la voz de su madre, que llamaba a cenar.

—¡Atiza! —exclamó Trixie—. Me parece que me voy a ganar una bronca por escaquearme, más alguna impertinencia de Mart, que a lo mejor ha puesto la mesa por mí.

Tal como predijo, Mart le dio la lata en cuanto estuvieron en el comedor.

—¿Has resuelto ya los problemas del mundo, mientras yo hacía tu trabajo, Trixie? —le preguntó.

—Casi, casi —contestó ésta—, pero hemos dejado uno pendiente: qué se puede hacer con los hermanos mayores.

—¡Bueno, bueno, haya paz! —intervino Peter Belden—. Vamos a cenar tranquilos… y espero que después tengamos una velada más sosegada que la última vez que vino Honey.

—Eso me recuerda, Peter —dijo Helen—, que Reddy volverá mañana. Creo que Brian podría llevar a todos a la escuela y después ir a recoger a Reddy. Tengo mucho que hacer mañana y me parece que no tendré tiempo de ir a la ciudad.

—Por mí, encantado —dijo Brian—. Sé de alguien que se alegrará mucho de tener a Reddy otra vez en casa —añadió, revolviendo los cabellos de Bobby.

—Ya tengo todo preparado —dijo éste—. Voy a firmar en la escayola de Reddy.

—¿Que vas a qué? —preguntó su padre.

—Cuando Jimmy Baker se rompió el brazo —empezó a explicar Bobby pacientemente—, todos los de la clase firmamos en la escayola, así que voy a firmar también en la de Reddy.

—Bueno, bueno, ya veremos —contestó el señor Belden riéndose —. ¿Sabes una cosa, Bobby? Tienes que dejar a Reddy que descanse mucho.

—Ya lo sé. He traído varios libros de la «bibloteca» esta semana, y podré leerle montones de cosas. Trixie me explicará las palabras difíciles, ¿verdad, Trixie?

—Verdad —le aseguró ésta, sonriéndole—. De momento,

podemos empezar viendo cómo dices «biblioteca».

Estaban acabando de cenar, cuando sonó el teléfono.

—Yo lo cojo —dijo Trixie, levantándose.

—No falla nunca —refunfuñó Mart—. Exactamente en el momento oportuno…, justo cuando hay que lavar los platos.

—Esta noche ayudaré yo —dijo Honey—. Y muchas gracias, señores Belden, por esta cena tan deliciosa.

Trixie volvió a la mesa enseguida.

—Ésa ha sido la conversación más breve que has tenido desde hace mucho tiempo. ¿Qué pasa?, ¿es que se han equivocado? —preguntó Mart con chirigota.

—Nada de eso —contestó Trixie—. Se han equivocado de sobre. Era la señorita Darcy. Estaba muy dolida por haberme dado un sobre confundido. Ya le he dicho que se lo devolveré mañana por la mañana y ella me dará el correcto. Eso es todo —finalizó Trixie, pero lanzó una mirada de complicidad a Honey.

Los padres de Trixie pasaron al salón, para leer el periódico de la tarde. Honey, Trixie, Brian y Mart recogieron la mesa y empezaron a limpiar los platos.

Bobby quería «yudar», pero Mart lo disuadió pronto, indicándole que hiciese señales de bienvenida para cuando Reddy llegase a casa. Pronto estuvo sentado a la mesa, enfrascado en papeles y lápices.

—Bueno, Trixie, ¿qué ocurre? —preguntaron al unísono Brian y Mart.

—¿Qué queréis decir? —repuso Trixie, con inocencia, muy interesada de repente en la limpieza de un plato.

—Ninguno de nosotros es sordo, ni mudo, ni ciego —dijo Brian—, y te conocemos.

—Por desgracia —añadió Mart.

—¿Qué sucede? —siguió Brian—. Sospecho que has encontrado al padre de Eileen Darcy, atado y amordazado, en alguna habitación de un hotel de White Plains, o algo igualmente increíble.

—No, pero me gustaría encontrarlo —respondió Trixie con una sonrisa—. Bueno, Honey, ¿qué te parece, se lo decimos?

—En realidad, no hay mucho que decir —repuso ésta—. Por lo menos, que tenga sentido. Está todo un poco embarullado.

—Eso no es difícil de creer —dijo Brian—. No quiero que os metáis en algún lío y que después no podáis salir…, sobre todo si

nos dejáis a dos velas.

—Por eso, lo mejor que puedes hacer, Trixie, es confesarlo todo, o tendremos que recurrir a métodos más drásticos, como sacarte a la calle y sumergirte bajo la nieve —amenazó Mart.

Trixie les contó lo ocurrido tanto a Honey como a ella, terminando con lo del sobre equivocado.

Al terminar, Mart balbució:

—¿Y…?

—Y nada más. Eso es todo —dijo Trixie.

Mart se encogió de hombros.

—Eso es lo mejor que he oído en mi vida, Trixie. Creo que debéis centraros en los deberes y estudios. Si lo hacéis, no os quedará tiempo para bobadas.

—Mart, no tienes imaginación —exclamó Trixie exasperada.

—Muchas gracias, de todos modos —rió Mart—. Con tu imaginación sobra para toda la familia. Mira, Trixie —añadió, esta vez ya serio—, todo lo que hay es que a la profesora de teatro le han raptado al padre… en Inglaterra, recuérdalo. Después aparece un amigo protector al que le gusta asistir a los ensayos y le interesan algunas fotos y unos trajes. No hay nada extraño en todo eso. A continuación os encontráis con una compañera envidiosa que se dedica a declarar, pero que, en realidad, no ha hecho nada. Ahora, si eres capaz, honradamente, de montar un caso sobre esto, yo soy capaz de comerme una ballena.

—Por supuesto, Mart Belden; serías capaz de comerte cualquier cosa —rió Trixie, pero en su cara se manifestaba una determinación inamovible.

Brian había permanecido callado, pero ahora le tocó pronunciarse.

—No sé, Mart, pero todo eso suena un poco raro… y no me refiero a tu voracidad.

Mart iba a protestar, pero Brian añadió:

—Sea como sea, me gustaría echarle un vistazo a ese recibo de caja fuerte y a esas fotos, Trixie.

—¡Oh, no! —protestó Mart—. No puedo creer que tú también hayas caído tan bajo, Brian. ¡Y yo que creía que eras un hombre sensato…!

A pesar de las lamentaciones, Mart acompañó a los demás al

cuarto de Trixie, para ver el contenido del sobre.

—¡Humm…! —musitó Brian, examinando las fotos—. Creo haberte oído decir, Trixie, que eran unas fotos. Pero no lo son. Son figuras de un libro. Mira: están impresas por el reverso.

—¡O de un catálogo! —exclamó Trixie—. Déjame que las vea otra vez —Brian le mostró las ilustraciones—. Hay seis, Honey, ¿recuerdas cuántos trajes entregaron?

—Seis, me parece. Déjame pensar: el traje de terciopelo, la capa y otro traje de Romeo, y otros tres más. Sí, seis en total.

—Ahora, mira otra vez estos seis trajes, Honey —pidió Trixie—. ¿Son los mismos? Debería haberles prestado más atención. Todo lo que recuerdo es el traje de terciopelo rojo, y aquí está su foto.



—Me parece que son los mismos —dijo Honey—, pero no puedo asegurarlo.

—Pero, Trixie, aunque sean los mismos trajes —dijo Mart—, podría ser que el amigo de la señorita Darcy le hubiese enviado las fotos antes, para que viese cómo eran.

—Eso es cierto —intervino Brian—, y bien puede tener una caja fuerte por varias razones: para guardar el pasaporte y el certificado de nacimiento, por decir sólo un par de ejemplos. Hay mucha gente que tiene una para guardar documentos.

—Lo que intentamos decirte, Trixie, es que tu «misterio» puede explicarse de un modo muy sencillo. El peor problema, si es que es tal, se llama Jane Morgan, pero resulta de fácil solución, me parece.

—Supongo que los dos tenéis razón —suspiró Trixie—, pero…

—Pero ¿qué? —rió Brian.

—Es que tengo el presentimiento de que todo eso…, no sé cómo decirlo… Es eso exactamente: un presentimiento.

Mart gruñó algo ininteligible, Brian suspiró y miró al techo.

—Ya sabéis que otras veces sus presentimientos han resultado providenciales —dijo Honey en defensa de su amiga.

—De acuerdo —admitió Brian—, pero ¿no os parece que la señorita Darcy tiene ya bastantes preocupaciones, para que encima Trixie le vaya a dar la paliza con los trajes?

—¡Bueno, bueno! Se acabó. Entendido —exclamó Trixie intentando parecer natural—. Lo mejor que puedo hacer es bajar y contarle cuentos a Bobby; de lo contrario, no se acostará esta noche. ¡Está tan nervioso con la vuelta de Reddy…!

—Voy a leerle algo yo también —se ofreció Honey, siguiendo a Trixie al piso de abajo. Brian y Mart se fueron a sus cuartos, para terminar los deberes.

—No has escuchado nada de lo que te han dicho, ¿verdad? —preguntó Honey en voz baja.

—¡Ni una sola palabra! —rió Trixie—. Mis presentimientos son ahora más presentimientos que antes. Tengo que ver otra vez esos trajes… ¡y el catálogo!

Trajes y catálogos muy curiosos • 7

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Trixie y Honey se despertaron con el agradable olorcillo del tocino frito.

—No creo que haya en el mundo aroma más maravilloso —suspiró Trixie, echando a los pies las mantas y saltando de la cama—. Es el único olor que te hace levantarte y salir corriendo a la cocina.

—Que es exactamente lo que vamos a hacer… ¡Venga, date prisa! —añadió Honey estirándose.

Las dos amigas se vistieron a toda prisa y bajaron más deprisa aún a desayunar.

—¡Menudo banquete! —exclamaba en ese instante Mart, observando ansioso las rebanadas y la bandeja de bacon humeante—. Esto parece un desayuno de domingo. Me parece que Honey debía prodigar sus estancias en esta casa con mayor asiduidad, si con ello tenemos desayunos como éste —sentóse a toda prisa y se llenó el plato.

—Pensé que debía hacer algo especial esta mañana —aclaró la señora Belden—, porque, como vais a ir al colegio en el coche, no hay prisa por tomar el autobús y, además, tenemos un invitado.

—¡Muchas gracias! —dijo Honey.

—Y, por cierto, un invitado muy bien educado —añadió Helen Belden, carraspeando.

—¡Ah! Muchas gracias, mamá, eres estupenda —dijo Trixie, a la vez que Brian y Mart se desharían en cumplidos.

Brian fue el primero en acabar, por lo que se fue a recoger a Di y Jim, a los que había llamado la noche antes para ofrecerles un hueco en su artefacto, tan parecido a un coche.

—Los recogeré y estaré de vuelta a por vosotros dentro de un cuarto de hora; así que, esta mañana, nada de tercer plato, Mart —advirtió.

—Estoy tan nervioso con eso de que va a volver Reddy a casa, que casi ni puedo comer un «bañuelo» —dijo Bobby.

—¿«Bañuelo»? —preguntó Honey—, querrás decir buñuelo.

—Bueno, eso —farfulló Bobby.

Terminaron de desayunar y quedaron esperando a Brian, que llegó pronto, tocando el claxon de la furgoneta de los Bob-Whites.

—No sé si cabremos todos a la vuelta, con Reddy —dijo Brian, según enfilaba Glenn Road—; a menos, claro está, que alguien acceda a colocarse detrás de los asientos.

—No te preocupes —dijo Jim—. Yo iré allí. Reddy merece recibir una bienvenida, por todo lo alto, de los Bob-Whites.

—Por mí, estupendo —accedió Brian. Poco tiempo después, entraba en el aparcamiento del colegio—. Quedamos aquí, pues, en cuanto acaben las clases, para ir a buscar a Reddy.

Trixie corrió a su taquilla, colgó su abrigo y cogió los libros que necesitaba para las dos primeras clases. *Espero tener unos minutos para hablar con la señorita Darcy, al devolverle el sobre* —pensaba mientras corría hacia el despacho de aquélla.

Al llamar Trixie, abrió Darcy la puerta.

—¡Oh, Trixie! Estaba esperándote. Muchas gracias por devolverme el sobre. Aquí está el tuyo —Eileen Darcy suspiró con alivio visible y notorio.

—Pensé que era importante, por eso… —empezó Trixie, pero su relato fue interrumpido por el sonido del timbre de aviso para empezar las clases.

—Lo mejor es que te vayas a clase —dijo Darcy, guardando el sobre en el cajón de su mesa.

Trixie echó una rápida mirada por la habitación, esperando ver el catálogo que Peter Ashbury le había visto hojeando el día anterior. Lo descubrió encima de una estantería.

—¡Oh, señorita Darcy! ¿Le importaría prestarme este catálogo? —preguntó rápidamente, a la vez que le echaba mano—. Honey Wheeler está muy interesada en el diseño de trajes y creo que le agradaría verlo.

—Honey será bienvenida, siempre que quiera consultar algo —repuso Eileen Darcy con frialdad—. Tengo varios libros que tal vez resulten más a propósito.

—Ya se lo diré —contestó Trixie, sin darle importancia y dejando el catálogo donde estaba. Después se marchó corriendo a la primera clase del día.

Hay algo raro en ese catálogo… lo sé —pensó Trixie. Su cabeza no dejaba de dar vueltas a todas las pistas, intentando encontrar

alguna explicación—. *Claro que Brian y Mart pueden tener razón… y yo no… y no haber nada. Pero tengo que echarle otro vistazo a ese catálogo. Me pregunto si… ¡Eso es!* Los ojos de Trixie se abrieron como platos por la idea que se le acababa de ocurrir.

Apenas pudo contener su entusiasmo. En cuanto llegó la hora del ensayo, Trixie corrió al auditorio, esperando que Honey ya estuviese allí.

—¡Lo que yo pensaba! —dijo en voz alta, buscándola por el auditorio.

—Lo que tú pensabas, ¿de qué?

Trixie se sobresaltó.

—¡Honey! Me has pillado. Estaba buscándote para decirte algo importante, pero entonces se me ocurrió algo. Nunca creí que lo diría en voz alta.

Los demás estudiantes iban llegando a la sala. Trixie empujó a Honey a un lado.

—No está aquí hoy —susurró a su amiga al oído.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién no está? ¡Trixie! ¿De qué me estás hablando?

—Peter Ashbury. Siempre está aquí a esta hora.

—A lo mejor no ha podido llegar aún —dijo Honey.

—No —le contestó bajito Trixie—. No creo que lo volvamos a ver por aquí nunca más… ahora que ya han llegado los trajes.

—¿Qué? —exclamó Honey, completamente desorientada.

—Escucha —siguió hablando Trixie, muy excitada—, supongamos que la señorita Darcy necesita dinero, mucho dinero, para pagar un rescate. Si Ashbury trabaja en una empresa de trajes, y éstos son de veras muy valiosos, y él sabe cuánto valen, y tiene los contactos necesarios, podría vendérselos.

—Bueno… —empezó Honey no muy convencida—. Puedes tener razón. Pero no creo que los trajes valgan tanto, piensa que la amiga de la señorita Darcy los deja para que los usemos. Además, tampoco puedo imaginarme a la señorita Darcy mezclada en un asunto tan feo.

—Eso es cierto —admitió Trixie, un poco desinflada—. ¡Pero lo descubriremos pronto! —añadió misteriosamente.

Honey se quedó mirándola.

—¿Qué quieres decir?

—En primer lugar… —empezó Trixie, exactamente en el momento en que entraba la señorita Darcy en el auditorio y llamaba al orden a la clase.

—Te lo diré después del ensayo —murmuró Trixie. Honey corrió al cuarto de costura y Trixie ocupó su lugar entre los tramoyistas.

—Ensayaremos con los trajes que nos llegaron de Inglaterra el lunes —empezó Darcy, y Trixie suspiró con desaliento—. Los encargados de la costura ya están trabajando en los demás trajes —siguió la profesora— y tendremos todo a punto para la próxima semana. Hoy, los tramoyistas, bajo la dirección de Jim Frayne, acabarán de pintar las bambalinas y empezarán a recoger.

Mientras la profesora dedicaba su atención a estos menesteres, Trixie se fue desplazando hacia un lateral y empezó a colocar los utensilios de la pintura.

—¿Qué pasa, Trixie? —le preguntó Jim—. Creía que estabas entusiasmada con la obra. ¿Es que estás perdiendo interés por ella?

—En realidad, Jim, mi interés está concentrado en otra parte —respondió Trixie con aire ausente.

—Ya he oído algo a Mart y Brian.

—¿Qué te han dicho? —exigió Trixie.

—¡Espera, espera! —la tranquilizó Jim—. Y eso que siempre te estás metiendo con mi temperamento y mi pelo rojo. ¿Qué he hecho para que te pongas así?

Enrojeció Trixie y se pasó los dedos por el pelo, como alejando extraños pensamientos.

—¡Oh, Jim! Ya sabes que siempre se están burlando de mí —se quejó— y sé que me lo merezco.

—No te precipites al juzgar —le dijo Jim con amabilidad—. Lo único que quieren es que no te dejes llevar por tu fantasía. Además, Trixie, tengo algo que compartir contigo. ¿Por qué no me cuentas tus sospechas? Sé perfectamente que no formo parte del equipo de detectives de los Belden-Wheeler, pero de veras me interesa lo que hacéis.

—Es que todo ha sucedido tan deprisa… —empezó Trixie a la defensiva—, y ya nos conoces a Honey y a mí; citando aparece algo extraño…

—Ya sé, ya sé —rió Jim—, pero no conviene bucear antes de saber la profundidad del agua, Trixie.

Sonrió ésta y dijo:

—Mejor será que dejemos de hablar y empecemos a trabajar. Todos están ya en su sitio y tú deberías dar ejemplo, señor jefe —añadió bromeando.

Jim sonrió y se fue a ayudar a un grupo de jóvenes que trabajaban en uno de los decorados.

En cuanto terminó la clase, Trixie corrió al cuarto de costura a buscar a Honey.

—Honey —le dijo en voz baja, en cuanto salieron los demás estudiantes—, ¿están los trajes ingleses con los demás?

—No —contestó ésta—. No sé dónde están. No los he vuelto a ver desde que la señorita Darcy abrió las cajas ayer.

—Humm —dijo Trixie—. Muy bien. Ven conmigo.

—Vamos a la cafetería. Estoy hambrienta y es hora de almorzar —se quejó Honey mientras echaba a andar detrás de Trixie hacia el vestíbulo.

—También yo tengo hambre, pero antes vamos a hacer algo: vamos a echar un vistazo al catálogo.

—¡Trixie! —gritó Honey—. No podemos entrar en el cuarto de la señorita Darcy. ¿Qué pasaría si llegase ella o Peter Ashbury o… o alguien? —preguntó asustada.

—¡No, no, Honey! —la tranquilizó Trixie—. No vamos a husmear por nuestra cuenta en el despacho de la señorita Darcy. Ella estará presente. Ya he encontrado una excusa para ir a verla —siguió explicando a su amiga—. Le dije si podías mirar el catálogo, porque estabas muy interesada en el diseño de trajes.

Honey suspiró y miró a Trixie.

—No me mires así, Honey —exclamó Trixie desencantada—. Creí que trabajábamos en equipo. ¿No quieres resolver este misterio?

—Sabes que sí, Trixie, y sabes que creo que resultas irresistible cuando hay que convencerme, y sé que tienes un buen olfato para encontrar pistas, y creo en tus corazonadas, pero…

—Pero ¿qué? —preguntó Trixie cautelosa.

—Bueno, esta vez, no sé… —siguió Honey incómoda—. No parece que haya mucho que buscar y la señorita Darcy es amiga de la señorita Trask, y cuanto más pienso en todo ello… Bueno, ¿no podríamos ir a ver a la señorita Trask y decirle que hable con la

señorita Darcy? Estoy segura de que no nos diría a nosotros si hay algún problema, pero podría decírselo a la señorita Trask.

La cara de Trixie reflejaba una firme determinación. Miró fijamente a Honey.

—Honey Wheeler, he oído tantas observaciones que ya no sé qué pensar, pero no recuerdo haber escuchado nada como lo que acabas de decir desde que encontramos el anillo de diamantes en el suelo de la portería y te empeñaste en devolverlo a la policía.

—Ya lo recuerdo —suspiró Honey—, pero resulta muy difícil admitir que alguien tan amable como la señorita Darcy y como Peter Ashbury…

Trixie movió la cabeza.

—¡Ah! ¡Conque era eso! ¿Cómo es el verso de «Romeo y Julieta»?, ese que dice: «¿Qué es un nombre?» Bien, pues, ¿qué es una cara, Honey? Personas de aspecto amabilísimo pueden estar implicadas en crímenes, lo mismo que todo hijo de vecino, y seguir pareciendo «agradables».

—Ya lo sé. Lo que quiero decir es… Bueno, si alguien parece agradable, ¿cómo puede…? Ya sabes lo que estoy intentando explicarte —se rindió Honey hecha un lío.

—Ya lo sé, ya lo sé —la tranquilizó Trixie—. Pero estamos perdiendo el tiempo. Si queremos ir al despacho y comer, lo mejor es damos prisa. Sólo tienes que hablar de trajes con la señorita Darcy, mientras yo miro el catálogo. También quiero echar una ojeada a los precios de esos trajes.

—De acuerdo —repuso Honey, nerviosa.

—Y no tengas miedo —le aseguró Trixie—. No vamos a hacer nada malo. Sólo vamos a… —se detuvo buscando las palabras— a actuar como «estudiantes aplicados».

Llegaron al despacho de la profesora de teatro y llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —contestó desde el interior la señorita Darcy.

—Buenos días —saludó Trixie al entrar—. Le hablé a Honey del catálogo de trajes y estaba ansiosa por verlo. Teníamos unos minutos libres y hemos pensado que sería una buena ocasión.

Eileen Darcy las miró con curiosidad.

—Pues sí —les dijo—. Acercaos, por favor. Aquí hay uno de trajes del siglo dieciocho —dijo, y tomó uno de la estantería,

ofreciéndoselo a Honey—. Y aquí, otro de los primeros ameri…

—¿Dónde está el catálogo? —interrumpió Trixie—. Después se calló, temiendo haber metido la pata.

—¿El catálogo? —preguntó a su vez Eileen Darcy.

—Bueno, no quiero interrumpir —se apresuró a disculparse Trixie—. Era uno que tenía unos trajes shakesperianos muy bonitos. Lo vi encima de la estantería esta mañana.

—Es mejor que no lo veamos ahora —repuso la señorita Darcy con frialdad—. Ahora, si me permitís, sólo me quedan unos minutos para comer el bocadillo antes del ensayo. Si queréis llevaros esos dos libros, la semana que viene podréis venir entre clases y ver el catálogo shakesperiano —el tono era firme, de los que no dejan lugar a la discusión.

—Lamentamos haberla molestado —se disculpó Trixie—. Ya sé que debe estar usted muy preocupada por su padre. ¿Ha tenido alguna noticia más?

Eileen Darcy se puso pálida y empezó a ordenar unos papeles encima de la mesa.

—No, nada todavía —dijo en voz baja.

—Lo lamento —dijo Trixie.



—Y yo —añadió Honey—. Muchas gracias por prestarme los libros —y dio a Trixie un empujoncito. Ésta agradeció también a Darcy su amabilidad y las dos amigas salieron de la habitación.

—¿Por qué has empezado a hablarle de su padre? —le preguntó Honey a Trixie, mientras corrían a la cafetería.

Trixie la miró sorprendida.

—¿Es que no lo entiendes? Hay algo raro en ese catálogo. ¿No observaste lo nerviosa que se puso cuando le pregunté por él? ¿Y cómo cambió de tema? Quería ver cómo reaccionaba si mencionaba a su padre inmediatamente después de haber hablado del catálogo. Ya sabes, si…

—¡Trixie! —exclamó Honey—. ¡Me parece que te estás pasando! ¿No crees? Quiero decir… a mí nunca se me habría ocurrido pensar eso.

Trixie sonrió.

—A veces hay que hacer pistas, y no sólo buscarlas como suele ser lo normal. De todos modos, me ha molestado que no haya querido enseñarnos el catálogo. Podríamos haberle echado un vistazo. Bueno, quedan otros puntos por aclarar. Entre otros, hablar con Bill Morgan.

—¿Por qué? —preguntó Honey—. Mejor será que nos mantengamos lo más lejos posible de esa familia.

—Quiero saber más acerca de esas fotos de las que Ashbury quería copias —replicó Trixie—. Y quiero volver a ver los trajes. Si se han revelado ya esas fotos… En realidad —murmuró— creo que voy a ir ahora mismo a la redacción del periódico. ¿Por qué no te vas a la cafetería y tomas algo? Volveré dentro de unos minutos.

Y antes de que Honey pudiese abrir la boca para protestar, Trixie había dado la vuelta, emprendiendo una veloz carrera hacia el vestíbulo.

Subió los peldaños de la escalera de dos en dos hasta el tercer piso, que era donde se encontraban las oficinas del Campus Clarion. La puerta estaba abierta, por lo que entró sin más ceremonias.

—¡Hola! —dijo a la rubia que estaba en una de las mesas de redactores—. ¿Está por ahí Bill Morgan?

—Estaba hace un momento —contestó la rubia—, pero ha salido. De todos modos, volverá enseguida.

—¿Te importa que lo espere? —preguntó Trixie.

—Claro que no. Siéntate —sonrió amablemente la chica—. Soy Mónica Anderson. Y tú eres Trixie Belden, ¿no es así?

—Sí —respondió ésta—. Me sorprende…

—No hay motivo —interrumpió Mónica—. Muchos de los que vienen a esta escuela conocen tu labor como detective. En realidad, te estás convirtiendo en una celebridad local —sonrió Mónica, a la vez que Trixie se ponía colorada—. No te apures —añadió—. Yo soy muy aficionada a los misterios. Me leo todas las novelas policiacas que caen en mis manos. ¿Estás metida ahora en algún caso? —preguntó, mirándola con interés.

—Me gustaría saberlo —suspiró Trixie.

Precisamente en ese momento, y para alivio de Trixie, entró en la oficina Bill Morgan. Se levantó ésta para saludarlo. Era un chico alto, de buen aspecto, de pelo crespo y ojos gris pálido.

—¡Hola, Bill! —exclamó Trixie sonriendo—. Soy Trixie Belden.

—¡Ah, sí! —le sonrió él a su vez—. Ya le he oído a mi hermana hablar de ti.

Estoy segura de ello —pensó Trixie.

Mónica se levantó de la mesa.

—Tengo prisa —dijo—. Ya te veré después, Bill. Me alegro de conocerte, Trixie.

Cuando salió Mónica, Trixie exhaló un leve suspiro de satisfacción. No habría querido por nada del mundo hablar a Bill delante de ella, sobre todo ahora que sabía lo aficionada que era a los misterios.

—¿Puedo ayudarte en algo, Trixie Belden? —preguntó jovial Bill —. Si quieres trabajar en el periódico, lo siento, pero…

—¡Oh, no! —le tranquilizó Trixie—. Sólo he venido a preguntarte por una foto que hiciste de los trajes que llegaron para la función de los novatos.

Bill la miró inquisitivo.

—Eres la segunda persona que me pide esas fotos.

—¿De veras? —preguntó inocentemente Trixie.

—Sí. El amigo de la profesora de teatro, el señor Ashbury, quena unas copias. E incluso quedó en pagármelas bien. Pero… —Bill se detuvo y volvió a mirar a Trixie—, ¿para qué las quieres tú?

—En realidad —empezó a decir Trixie, buscando afanosamente una razón verosímil—, mi amiga Di Lynch va a interpretar a Julieta,

y quería hacerle, sin que ella se enterase, un álbum de recortes, para dárselo como recuerdo.

Y había pensado que las fotos serían un bonito detalle, muy decorativo, aparte de los recortes de prensa y demás.

—Ya. Bueno, lamento no poder ayudarte —terminó Bill, frunciendo el ceño.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar Trixie.

—Pues porque no puedo hacer copias de unos negativos que no tengo —le explicó Bill.

—¿Que no los tienes?

—La película ha desaparecido… ¡Abracadabra! —gritó imitando a los prestidigitadores cuando hacen desaparecer algo—. Creí que la había dejado en la máquina, pero cuando volví ayer para revelarla, después de las clases, no estaba. He buscado por todas partes y he preguntado a todos los que trabajan en el periódico, pero nadie sabe nada. Me parece que tú y el señor Ashbury os quedaréis con las ganas…, hasta que pueda hacer otras fotos, y la señorita Darcy no quiere dejarme hacer más hasta la semana que viene.

—¿Que no quiere? —preguntó Trixie, esforzándose por no manifestar su excitación.

—No —repuso Bill contrariado—. No le he preguntado por qué, pero eso carece de importancia. De todos modos, La Gaceta no necesita el artículo hasta dentro de un par de semanas. Iba a escribirle al señor Ashbury para decirle que no encuentro el carrete.

—¿Y dijo para qué quería las fotos? —preguntó Trixie con la mayor indiferencia de que fue capaz.

—No —Bill movió la cabeza—. ¿Sabes una cosa? Haces muchas preguntas.

—Simple curiosidad —sonrió levemente—. Bueno. Será mejor que me dé prisa. Tengo que comer antes del ensayo —dijo, y se marchó rápidamente, antes de que Bill empezase a sospechar de su simple curiosidad.

Según bajaba a la cafetería, Trixie no dejaba de darle vueltas a la cuestión. *Apostaría cualquier cosa a que esa película no se ha perdido* —pensaba en el colmo de la excitación—. *Apostaría a que alguien la ha cogido, y ese alguien podría muy bien ser el señor Ashbury*.

Pensó pedirle la dirección de Ashbury, pero Bill Morgan habría sospechado algo. *Me parece que necesitaré triangular en este caso* —

murmuró para sí.

Consultó el reloj; ya era la hora del ensayo, aunque aún no había comido. Corrió al auditorio. Pensó que todo lo había hecho aquel día corriendo de un lado a otro. *Y ahora el estómago tiene que aguantarse toda la tarde, como Reddy cuando ve una liebre*. Sonrió.

Pero la tarde se pasó volando y Trixie no volvió a acordarse del almuerzo hasta que se juntó con el resto de los Bob-Whites después de las clases.

—¡Muchachos, estoy hambrienta! —gritó, dejándose caer en el asiento trasero del coche—. Espero que los emparedados sigan en buen estado.

—Eso parece un comentario de Mart —dijo Brian—, pero en voz mucho más alta. ¿Dónde has estado a la hora de comer, Trixie?

—He tenido que hacer unas cosas —gruñó ésta con la boca llena —. Nunca he entendido —dijo entre bocado y bocado— cómo consigue mamá que este papel encerado aguante.

Mart se hizo notar:

—¿Habéis oído bien? Trixie acaba de admitir que hay algo que para ella es un completo misterio. ¿Qué te parece este título para tu próximo caso, Sherlock?: «La asombrosa aseveración del papel parafinado».

—Mart, ¿cómo encaja el papel encerado en una aseveración? —preguntó Trixie riéndose aún, a la vez que Di llegaba al coche.

—Siento haberme retrasado —se disculpó ésta—, pero me olvidé el libreto de la obra y tuve que volver a recogerlo.

—¿Cómo van esos ensayos? —preguntó Brian.

Di gruñó:

—Sólo faltan cinco semanas y todavía queda mucho por hacer. No acabo de enterarme si tengo que entrar por la izquierda y salir por la derecha, o «veceversa», de una escena a otra.

—Ya sé por qué —bromeó Jim—, con tanta «veceversa»…

—¿Qué? —se extrañó Di—. Sí, ése es otro problema. Se me mezclan las palabras.

—No te preocupes —la tranquilizó Honey—. Te he estado observando y lo haces muy bien. Unas pocas semanas más y podrás conquistar Broadway… o Hollywood.

—¡No, gracias! —gritó Di—. Me conformo con cumplir en el escenario de Sleepyside.

Brian ya había salido del aparcamiento y enfilaba hacia la consulta del veterinario.

—Me imagino la cara de Bobby cuando lleguemos a casa con Reddy —dijo.

—Todos tenemos ganas de verle con nosotros —añadió Trixie—. Echo mucho de menos a ese perro loco.

Honey, sentada junto a Trixie, le dio un golpecito en el costado. Estaba en ascuas por saber lo que había logrado sonsacar a Bill Morgan de las fotos. Trixie le dedicó una mirada que equivalía a decirle: *«Yo tampoco puedo esperar a contarte»*, en el momento en que Brian aparcaba en la puerta de la consulta del doctor Samet.

Brian, Trixie y Mart salieron del coche. El viejo veterinario salió a recibirlos.

—Pasad, pasad —les dijo—. Tengo un setter irlandés que está muy nervioso; se alegrará mucho de veros.

El veterinario tenía razón. En cuanto el trío Belden entró en la sala, Reddy lanzó un ladrido de felicidad y corrió hacia sus amos, olvidando la escayola de su pata delantera. Se arrojó entre ellos y les dio un lametón de bienvenida a cada uno.

—El viejo Reddy es muy suyo —bromeó el doctor Samet, a la vez que le daba al setter una palmada en la nariz.

—No lo sabe usted bien —dijo Mart—. Resulta totalmente imposible adiestrarlo, siento decirlo.



—Un perro muy independiente —asintió el doctor.

—Bueno, a mí me parece que se comporta de un modo insoportable —intervino una voz desde el otro extremo de la sala.

—¡Jane! —exclamó el veterinario.

Trixie, Brian y Mart se volvieron, encontrándose con la fría mirada de aquélla.

—Es cierto —prosiguió—, y es una falta de civismo no educar a los perros, si se tienen.

Trixie sintió que se ponía escarlata ante aquella salida. Quiso decir algo, pero la ira le obnubiló y sólo pudo mirar a Jane con desagrado.

—Está bien educado y alimentado, Jane —dijo con firmeza el veterinario—. No hace ninguna falta adiestrar a un perro para que se siente y nos recoja lo que le tiramos. Sólo hace falta quererlo, y estoy seguro de que Reddy recibe mucho afecto. Debes una disculpa a los Belden: no hay necesidad de ser antipática.

Ahora le tocó a Jane sentirse incómoda, y miró azorada a su tío.

—Lo siento, tío David. No he querido molestar y… siento haber sido tan dura —añadió mirando a los tres hermanos. Después dio media vuelta y salió de la sala.

El doctor Samet se volvió a ellos, con gesto preocupado.

—No sé qué le pasa últimamente —se disculpó—. Por lo general es muy buena con los animales… y con sus dueños. Incluso pretende estudiar veterinaria… Jane destaca en matemáticas y ciencias… —siguió enumerando sus cualidades, en un intento de borrar la mala impresión causada por su sobrina—. Lo siento. Bueno, aquí tenéis el perro —terminó— y perdonad el comportamiento de Jane.

—Cómo no —dijo Trixie, aunque aún se sentía herida—. En realidad, cuando ha dicho «matemáticas y ciencias» me ha recordado que el lunes por la mañana tengo un ejercicio de álgebra y he olvidado el libro.

—Como ve —intervino Mart—, Reddy no es el único miembro irresponsable de la familia Belden.

—Bueno, entonces lo mejor es que volvamos al colegio y recojamos el libro —suspiró Brian. Le agradeció al doctor Samet sus cuidados y cogió a Reddy en brazos.

Trixie y Mart unieron su agradecimiento al de Brian, a la vez

que ayudaban a éste a salir con Reddy y bajar las escaleras.

—¿Cómo habéis tardado tanto? —preguntó Jim, una vez que se hubieron acomodado, dejando sitio para el setter.

—¡No os lo vais a creer! —explotó finalmente Trixie, y empezó a contar el incidente con Jane a Jim, Honey y Di.

—No sé qué bicho le habrá picado —dijo Jim—, pero, sea lo que sea, tiene un buen aguijón.

—¿Has discutido con ella, Trix? —preguntó Mart.

—No, que yo recuerde —se apresuró a responder Trixie—, pero me sobra con lo de ahora.

—Os cuento —añadió tranquila Di—. Quería el papel de Julieta. Incluso fue a verme y me pidió que lo abandonara.

—¿Que hizo eso? —exclamó Trixie, llena de asombro—. ¡Y Honey y yo, guardando el secreto…!

Di suspiró.

—No… no quise deciros nada —siguió con un hilo de voz—, porque temía que estuvieseis de acuerdo con ella en que haría el papel mejor que yo.

—¡No seas ridícula! —exclamó Trixie.

—¡Oh, Di! —dijo Honey con simpatía—, eso es absurdo.

—¿Por qué volvemos a la ciudad? —preguntó de repente Jim, al observar que Brian no iba hacia casa.

—Porque nuestra maravillosa hermanita ha olvidado llevar un libro a casa —explicó Mart, esperando con ello romper un poco la tensión que reinaba a propósito de la intervención de Jane.

—¡Atiza! —dijo Trixie—. Lo había vuelto a olvidar. Si no llegas a acordarte de volver, Brian…

—No creo que tengas conocimiento exacto de lo dichosa que eres, Trix —dijo Mart—, al disponer de la inestimable ayuda de tus dos hermanos mayores y responsables. Lamento constatar que eres totalmente incapaz de…

—¡Bueno, bueno! —suspiró Trixie, vencida—. No puedo evitar que a veces se me olviden las cosas y…

—¡Olvidar! —exclamó Mart—. Yo creía que ese conglomerado de materia gris no tenía fisuras, señorita Belden.

Brian llegaba en ese momento frente a la escuela. Trixie hizo una mueca a Mart, saltó del coche y corrió a las escaleras de entrada. Afortunadamente, las puertas aún estaban abiertas.

Trixie cruzó el vestíbulo y se dirigió al armario, junto a su clase, donde encontró el libro que necesitaba. *No sé por qué me molesta tanto estudiar esto* —se decía, dirigiéndose a la salida.

Al pasar ante los locales del club de teatro observó una rendija de luz que asomaba al pasillo. *La señorita Darcy trabaja hasta tarde* —pensó Trixie—. *Voy a decirle que acabamos de recoger a Reddy*. Llamó con suavidad y miró por la puerta entreabierta.

Eileen Darcy pareció sorprendida y algo se le cayó de las manos, al suelo, destellando.

—No… no quería molestarla —se excusó Trixie, sin apartar los ojos de la brillante piedra que yacía a sus pies. Se agachó para recogerla. Eileen Darcy saltó de su asiento, se abalanzó sobre ella y se la arrebató a Trixie de la mano. El traje que tenía sobre el regazo cayó al suelo.

—¿No tienes costumbre de llamar antes de entrar? —preguntó la profesora, a la vez que recogía el traje.

El ímpetu de la señorita Darcy se suavizó un tanto al oír la explicación de Trixie; además le aclaró que había llamado.

—Lo siento. Estaba muy atareada —se disculpó nerviosa, pasando la mano por el traje de terciopelo que tenía en las manos —. Estaba trabajando, recosiendo y sujetando algunos de los adornos de estos preciosos trajes. Estaban flojos…, supongo que se habrán aflojado durante el viaje.

Trixie asintió, pero sus ojos fueron a la mesa, donde se veía un montoncito de brillantes gemas y unas tijeras. La señorita Darcy captó su mirada y, dejando el traje en la silla, cogió a Trixie por el brazo y la llevó firmemente hacia la puerta.

—Muchas gracias por las noticias sobre Reddy —dijo—. Te acompañaré hasta la salida.

Dejaron el despacho y caminaron por el pasillo. Al llegar a las puertas del colegio, la señorita Darcy despidió a Trixie con la mano, dio la vuelta y volvió rápidamente a su oficina.

En el coche, el resto de los Bob-Whites jugaban y reían con Reddy. Trixie se unió al jolgorio general; no quería contar lo que había ocurrido hasta que reflexionara sobre ello y sacara conclusiones.

Brian llevó a Di a su casa y a continuación emprendió el regreso por Glen Road hacia Manor House.

—¿Por qué no nos dejas al final del paseo? —sugirió Jim—. Supongo que estaréis ansiosos de llegar con Reddy a casa.

—Bueno —contestó Brian—. Muchas gracias.

Los Belden se despidieron de sus amigos y se encaminaron a Crabapple Farm.

Bobby debía de estar esperándolos en la puerta trasera, porque en cuanto pararon salió corriendo, abrió la puerta del coche y echó los brazos al cuello de Reddy.

Trixie, Brian y Mart salieron del automóvil y se quedaron contemplando la escena. Reddy temblaba de emoción, desde el hocico a la cola, intentando llenar a Bobby de lametones. Éste, por su parte, gritaba de entusiasmo e intentaba abrazarlo. Y en su excitación, ninguno de los dos conseguía su objetivo.

Con los ojos humedecidos, Trixie acabó por echarse a reír y se acercó a tranquilizar a la pareja.

—¡Mira, Trixie! —dijo Bobby, feliz—. ¡Reddy no me hace daño!

—Claro que no, cariño —se rió Trixie, intentando calmar al perro—. ¡Te quiere mucho!

A duras penas, los tres hermanos mayores consiguieron separarlos y Brian se llevó a Reddy a otro sitio.

La cena, ni que decir tiene, fue un acontecimiento. Ya había pasado con mucho la hora de irse a la cama cuando Bobby se serenó lo suficiente como para dormirse.

Trixie también se fue a la cama, agotada por los acontecimientos de aquel día tan movido. Pero, a pesar de todo, no pudo conciliar el sueño de inmediato, obsesionada con la escena de Darcy en el despacho. Cada vez se sentía más confusa, hasta que finalmente decidió dejar de calentarse la cabeza.

Pero estoy segura de una cosa —pensaba—. *No sé por qué, pero intuyo que Darcy no estaba cosiendo aquellos adornos en los trajes…, sino descosiéndolos*.

Aventura en Nueva York • 8

HELEN BELDEN sacudió con suavidad a su hija, rescatándola de su profundo sueño.

—Trixie —le dijo.

—¿Qué… qué pasa? —preguntó ésta, con los ojos a medio abrir y la mente todavía un poco confusa—. ¿No es hoy sábado? —gruñó, echando una mirada al reloj de la mesilla.

—Sí, hija, pero acaba de llamar la señorita Trask. Ha enfermado su hermana de Nueva York: algo de estómago; dijo que iba a tomar el tren de las ocho treinta, para hacer algunas gestiones antes de visitarla. Me ha preguntado si querrías ir, pues parece que también va Honey.

Trixie se espabiló de inmediato.

—¡Pues claro que quiero ir, mamá! —suspiró—. Pero ¿qué pasará con las tareas de la casa?

—No te preocupes —terminó su madre—, la señorita Trask ha dicho que tiene intención de tomar el tren de las dos, por lo que te quedará tiempo para acabar lo que yo no haya podido hacer. De todos modos, te ayudaré… pero sólo por esta vez —sonrió Helen.

—¡Mamá, eres estupenda! —gritó Trixie, dándole a su madre un abrazo—. Soy la chica más feliz del mundo.

Helen Belden sonrió.

—No sé si serás la más feliz, pero sí una de las más activas. Venga, date prisa en vestirte. Han dicho que te recogerán camino de la estación.

Trixie se puso unos pantalones azules de lana y un jersey. *No puedo creerlo* —pensaba—, *¡qué suerte!*

La noche antes, Honey y ella estuvieron una hora hablando por teléfono, lo cual provocó una amenaza de Peter Belden: cortar la línea telefónica.

—Pero —había protestado Trixie— era muy importante; tenía que hablar con ella.

—¡Por supuesto que ternas que hablar! —había intervenido Mart —. Nadie, estoy seguro, anda por el mundo con tantos secretos y tantas cosas importantes que tratar como tú. Se comprende que

tuvieses que hablar o reventar. Afortunadamente, Honey te escucha siempre, y eso nos salva a los demás.

Trixie casi salta ante el ataque de su hermano, pero lo pensó mejor y lo único que hizo fue sonreír.

Mart me está observando muy de cerca —se dijo—. *Lo mejor es hacer como si nada, por lo menos hasta que tenga pruebas*.

Le había narrado a Honey todo lo que le contó Bill Morgan sobre las fotos y, aunque admitió que sospechaba de Peter Ashbury como autor del robo del carrete, aún no podía entender por qué ni cómo. También le había contado el incidente con la señorita Darcy después de las horas de clase.

—¿Ves, Honey —le había dicho—, cómo hay algo extraño en Peter Ashbury y en los trajes de la señorita Darcy? Aunque reconozco que no alcanzo a imaginarme cuál es la relación.

Honey se quedó asombrada por las novedades. Comentó, un poco al azar:

—Si pudiésemos hablar con el señor Ashbury un instante…

Trixie se alegró de que Honey le hubiese apuntado aquella solución.

—Menos mal —le había contestado—. Me sentía desolada por tu falta de entusiasmo.

Se pasó el peine por los revueltos cabellos y sonrió al evocar la conversación telefónica, a la vez que recordaba la sugerencia de Honey. Ahora, como por arte de magia, tenían una ocasión perfecta para intentarlo. *Lo difícil va a ser localizar dónde trabaja Peter Ashbury* —pensó.

Estaba tan nerviosa ante la perspectiva de ese inesperado viaje, que bajó a toda prisa las escaleras y entró en la cocina alborotando; su madre tuvo que recordarle que los demás todavía estaban durmiendo.

—¡Ahí va! —exclamó Trixie, tapándose la boca con la mano—. Lo siento, mamá, estoy tan contenta que lo había olvidado —añadió en voz baja.

—Bueno, desayuna en silencio, sin preguntas, gritos, ni saltos. Ya deben de estar a punto de llegar.

—Estoy demasiado nerviosa para poder comer —dijo Trixie.

—Pero ¡bueno! —se rió su madre—. Parece como si no hubieses ido en tu vida a la ciudad.

—No, simplemente es algo así como unas vacaciones por sorpresa —repuso Trixie, poniéndose el abrigo—. Me voy al cruce, a esperarlas —le dio a su madre un beso de despedida—. Gracias por sustituirme en las faenas de la casa, mamá.

—Que tengáis un buen viaje —deseó Helen Belden con una sonrisa, a la vez que cerraba la puerta al salir su hija. Después se asomó a la ventana para ver cómo se alejaba ésta.

Pronto llegó la señorita Trask en el coche de los Wheeler, y se detuvo ante la entrada del camino de los Belden. Trixie estaba esperando, ansiosa, pateando el suelo para entrar en calor, pese al gélido aire matinal.

—¡Hola! —saludó, acomodándose en el asiento trasero.

—Siento haberos despertado tan temprano, Trixie —se excusó Honey, dirigiendo a su amiga una mirada de complicidad—, pero creí que resultaría agradable acompañar a la señorita Trask.

—¡Cómo no! —dijo Trixie, recordando de repente la principal razón del viaje; mirando a la señorita Trask, añadió—: Siento mucho que esté enferma su hermana. ¿Sabe si ha mejorado?

—Sólo tiene un pequeño dolor de estómago. Nada grave —respondió la señorita Trask—, pero necesita alguna receta y un poco de ropa limpia. Le resulta difícil arreglárselas con la silla de ruedas cuando está mala. Por eso decidí ir a verla unas horas.

La hermana de la señorita Trask estaba inválida desde hacía algún tiempo, pero le gustaba vivir independientemente y se organizaba muy bien.

—¿Necesita que le echemos una mano? —preguntó Honey. Trixie cruzó los dedos y esperó que la señorita Trask dijese que no, aunque reconocía lo correcto de la postura de Honey al ofrecer ayuda.

—¡Oh, no! No hace falta —respondió ella—. Os dejaré en el Museo de Arte, que queda a unas manzanas de donde vive mi hermana, y, además, hay ahora unas exposiciones muy interesantes.

—Perfectamente —respondieron al unísono Honey y Trixie.

Llegaron a la estación de Sleepyside con el tiempo justo de sacar los billetes para el tren de las ocho treinta.

La señorita Trask suspiró aliviada, una vez que se acomodaron en sus asientos.

—Me alegra que hayamos podido tomar este tren, porque el

siguiente no pasa hasta dentro de una hora. En los fines de semana circulan con mucha menos frecuencia que en los laborables, días en los que todo el mundo tiene que desplazarse.

Eso era lo que le sucedía al padre de Di, que tenía que ir y volver todos los días.

Honey y Trixie se acomodaron en un asiento doble, sentándose al otro lado del pasillo la señorita Trask, que pronto quedó absorta en la lectura de una revista. El tran-tran acelerado del tren fue disimulando la excitación de las dos amigas.

—¡Apenas puedo creerlo! —bromeaba Trixie—. A esto se le llama oportunidad.

—Ya lo creo —asintió Honey—. Cuando llamó esta mañana la hermana de la señorita Trask, no pude por menos que pensar: «Ni que lo hubiese arreglado Trixie».

Rióse ésta y se asomaron a la ventanilla, observando el paisaje, en el que la campiña fue dejando paso a un horizonte recortado por los rascacielos.

—Parece que el tren suena distinto según nos acercamos a la ciudad —observó Honey—, como si fuese adquiriendo más energía. En Sleepyside suena algo así como «chucu-chucu», pero aquí parece que dice «busca-busca».

Trixie se volvió hacia su amiga y soltó una carcajada.

—¿No se te ha ocurrido nunca que podrías hacerte técnica de trenes? No había oído jamás una imitación tan buena de una máquina, Honey. ¿Imitas también el canto de los pájaros?

Honey sonrió.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo—. Es el tren el que suena distinto.

—También a mí me lo parece —afirmó Trixie—. Es que me reía de tu «busca-busca». Parece un nuevo baile o algo así.

En ese momento, el tren se internó en el túnel subterráneo que le conducía a la estación Gran Central; estuvieron a oscuras unos segundos, hasta que se encendieron las luces.

—Esta parte del viaje es la que más me gusta —dijo Trixie—. Me parece entrar en una caverna misteriosa.

—¡Misteriosa! —exclamó Honey—. Cuando se pare el tren al final del túnel nos encontraremos en una de las estaciones de ferrocarril más concurridas del mundo.

Trixie se rió.

—Ahora soy yo quien debe añadir: «Ya sabes lo que quiero decir…»

Por los altavoces se oyó una voz advirtiendo que aquélla era la última parada del trayecto.

Honey y Trixie recogieron sus abrigos y siguieron a la señorita Trask. Pasaron por una intrincada red de pasillos subterráneos y salas de espera, hasta llegar al centro de la antigua y hermosa terminal.

—Mirad —dijo la señorita Trask, señalando hacia arriba. Unos arcos profusamente adornados enmarcaban un techo de tejas azules tachonado de diminutas luces semejantes a estrellas, que parpadeaban a lo largo de unas líneas doradas en las que se veían los signos del Zodíaco.

—Es muy bonito —murmuró Honey.

—¿Sabes una cosa? Nunca me había parado a contemplar la estación hasta ahora —se admiró Trixie—. Siempre iba tan atareada buscando a alguien o recabando información o las dos cosas, que jamás se me había ocurrido mirarla.

—Ni a mí tampoco —confesó asimismo Honey—. ¡Mira! Allí está Pegaso —se fijó en la cabeza y el lomo del caballo volador.

—Para ser buenas detectives —bromeó la señorita Trask—, tenéis que mirar arriba, abajo y alrededor.

Honey y Trixie se encogieron de hombros.

—Tiene toda la razón —reconoció Trixie con énfasis.

Cuando salieron a la calle, la señorita Trask llamó un taxi y le indicó al conductor la dirección del Museo de Arte.

—Os dejaré allí e iré a ver a mi hermana —explicó la señorita Trask—. Son casi las diez. Estaré de regreso a mediodía y nos iremos a tomar algo antes de coger el tren de las dos, de vuelta a Sleepyside. En el Museo tenéis en qué entreteneros las dos horas. Nos encontraremos en la entrada principal.

Asintieron. Muy pronto el taxi se detuvo delante del Museo. Bajaron y se despidieron de la señorita Trask.

—Tenemos mucho que hacer en estas dos horas —dijo Trixie, mientras ella y Honey subían la escalinata de entrada—. Por aquí debe haber una guía telefónica —añadió.

—¡Sí! —dijo Honey—. Será antigua, pero supongo que servirá.

—Este edificio es realmente hermoso —apuntó Trixie al aproximarse a la entrada de puertas acristaladas—, pero no sé por qué no lo hicieron con menos escalones.

Gracias a las indicaciones de uno de los vigilantes del museo, consiguieron encontrar un teléfono.

—Pues no es difícil perderse en este sitio —dijo Honey—. Es tan enorme…

Trixie estuvo de acuerdo.

—En realidad —añadió, señalando hacia la sala egipcia, conforme la atravesaban—, eso no son momias, ¿sabes?, sino personas que no consiguieron encontrar la salida. El museo decidió conservarlas.

—Sería terrible si fuese así, ¿verdad? —opinó Honey, que apresuró el paso para dejar atrás la zona de las momias.

En la cabina telefónica encontraron una guía. Buscaron rápidamente Ashbury, Peter.

—¡Aquí está! —gritaron presas de una agitación indescriptible —. Temía que su número no viniese en la guía, pero sí —confesó Trixie—. Ahora, vamos a ver si éste es el Peter Ashbury que estamos buscando —concluyó, anotando la dirección.

—Y ojalá esa calle no esté al otro lado de la ciudad —añadió, dirigiéndose a otro vigilante para preguntarle.

—Está a sólo dos manzanas de aquí —les aseguró el vigilante, que a continuación les dio las indicaciones precisas.

—Verdaderamente, hoy estamos de suerte —dijo Honey contenta—. Tal vez alguna de las estrellas de la estación fuera la de la buena suerte.

—Seguro que sí —suspiró Trixie—, pero recuerda que hemos de mirar arriba, abajo y alrededor, como dijo la señorita Trask. No podemos confiar siempre en la suerte para encontrar las pistas. Y, además —siguió diciendo—, conviene que nos aseguremos de que tenemos los relojes en hora. Debemos estar en la puerta de entrada exactamente a las doce, cuando venga la señorita Trask a buscarnos. Lo lógico será que entonces salgamos del museo, no que entremos en él.

La cara de Honey se ensombreció ligeramente.

—Me siento culpable de engañar a la señorita Trask, que es tan amable y ha confiado en nosotras…

—También yo me siento culpable —admitió Trixie—, pero si le pedimos permiso para buscar a Peter Ashbury, novio de una amiga suya, porque nos parece sospechoso, no creo que sonriese diciendo: «Muy bien, adelante».

—Ya lo sé —reconoció Honey—, pero me siento…, bueno, ya sabes a lo que me refiero. Me preocupa lo que le vamos a contar de lo que hemos visto en el Museo.

—¡Anda, pues tienes razón! —exclamó Trixie—. Lo mejor es que volvamos a las once y media, para ver algo.

Honey estuvo de acuerdo con la idea de su amiga y llegaron a la calle, después de bajar la escalinata.

—Ahora tenemos que ir al este, dos manzanas —dijo Trixie, recordando las instrucciones del vigilante.

Al cruzar la Quinta Avenida, Honey señaló hacia el Empire State.

—De veras que ésta es una ciudad emocionante —dijo Trixie—, pero me parece que no podría estar siempre tomando el «busca-busca».

—Entiendo lo que quieres decir —contestó seria Honey, que había vivido con sus padres en un piso de la ciudad antes de mudarse a Sleepyside. Después bromeó—: Y, además, ¿cómo iban a hacer ejercicio los caballos? ¿Te imaginas a Júpiter, con toda su energía, tirando de uno de esos coches para turistas? —Júpiter, o Jupe, como lo llamaban cariñosamente, era un hermoso caballo negro de la cuadra de los Wheeler.

—Imposible —dijo Trixie riéndose—. Los pasajeros se sentirían amedrentados en una cabalgada salvaje por Central Park.

Trixie se paró en aquel momento e indicó una placa azul con el número 268.

—Ésta es la dirección —dijo—. ¡Vamos! —y las dos amigas entraron en el aristocrático edificio, encontrándose en la puerta con el portero, correctamente uniformado.

—¿A quién buscan, señoritas? —preguntó muy adecuadamente.

Trixie sonrió.

—¿Vive aquí el señor Peter Ashbury?

—Sí, señorita. ¿Quiere que le llame? —preguntó, dirigiéndose al telefonillo interior.

—¡No, no! Muchas gracias —dijo Trixie inmediatamente—.

Que… quería enviarle algo y sólo deseaba comprobar la dirección.

El portero pareció desconcertado, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Otra cosa —añadió Trixie—. ¿Podría decirme si el señor Ashbury es comerciante de trajes?

—¡Oh, no! —contestó—. Es…

En ese preciso instante se abrieron las puertas del ascensor, del que salió Peter Ashbury. Trixie, del brazo de Honey, dio la vuelta y salieron a toda prisa por la puerta giratoria. El portero quedó desconcertado, sin saber qué hacer.

—¡Rápido! —urgió Trixie a su amiga, y las dos corrieron hasta la esquina.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Honey intentando recuperar el aliento, una vez que doblaron la esquina y se detuvieron.

Trixie observó con ansiedad.

—Era Peter Ashbury, que salía del ascensor. Espero que no nos haya visto —dijo preocupada—. No hemos tenido tiempo de oír al portero, pero ya no podemos volver a preguntarle; por el momento, sabemos que no se dedica a los trajes.

Honey suspiró.

—Lamento haberme equivocado en eso, pero sigo convencida de que lo he visto antes.

Trixie seguía observando, para ver salir a Peter Ashbury del edificio. Por fin apareció, correctamente vestido con un gabán. Una mujer y dos niños pequeños iban con él.

—¡Estupendo! —se alegró Trixie—. Se van en dirección opuesta. Ahora tenemos que seguirlo a una distancia prudencial. Lo mejor es que crucemos a la otra acera, para que no nos vea el portero. Ojalá no le haya dicho nada de que dos chicas han preguntado por él.

Honey lanzó a Trixie una mirada de preocupación.

—Deja de mirarme como si te fuesen a llevar al patíbulo —le dijo Trixie nerviosa.

—¡Oh, Trixie! —exclamó Honey con acento de extrañeza—. No estoy preocupada porque tengamos que seguir a Peter Ashbury. Pero ¿quiénes son la mujer y los niños que van con él?

—No sé —repuso Trixie—, pero…

—Me parece que estás pensando lo mismo que yo: ¡Pobre señorita Darcy!

—Bueno, vamos a seguirlo. No quiero que se nos pierda.

Las dos chicas cruzaron la calle sin perder de vista a Peter Ashbury.

—Dobla por Madison Avenue —dijo Trixie—. Esperaremos hasta que vuelva la esquina.

Honey y Trixie siguieron al grupo, a distancia prudencial, durante un rato. Peter Ashbury y la mujer iban hablando, mirando de vez en cuando un escaparate o dirigiéndose a uno de los niños para indicarles algo interesante. En un momento dado, Trixie temió que las hubiese descubierto, y las dos retrocedieron. Disminuyeron su velocidad y siguieron tras Peter Ashbury, hablando como si con ellas no fuese nada.

Por último, en un cruce, Ashbury giró sobre sus pasos y se quedó mirando fijamente a Trixie. Se inclinó un poco y dijo algo a la mujer. Después se dirigió con decisión a las dos chicas, con cara de muy pocos amigos.

El primer impulso de Honey fue salir corriendo, pero Trixie le sujetó con fuerza del brazo.

—¡Sonríe! —susurró al ver acercarse a Peter Ashbury.

—¡Hola, señor Ashbury! —sonrió Trixie, haciendo acopio de toda la seguridad en sí misma de que fue capaz.

—¡Tú! —vociferó—. ¿Qué haces siguiéndome?

—¡No estamos siguiendo a nadie! —repuso Trixie, sintiendo flaquear su valor ante la cara iracunda de su interlocutor—. Simplemente estábamos… estábamos viendo escaparates —terminó con voz insegura.

La respuesta de Trixie pareció confundir a Ashbury, que vaciló. *Está empezando a creerme* —pensó Trixie—. *Eso quiere decir que no nos vio en el vestíbulo de la casa*.

Entonces intervino Honey, que dijo:

—Sí, señor Ashbury —empleó un tono despreocupado—. Pensamos que era un día estupendo para visitar un museo, y aquí nos tiene. Y nos estábamos preguntando si sería usted —y al decirlo miró a la mujer y a los niños, volviendo después la mirada rápidamente a Ashbury, con los ojos muy abiertos, componiendo una expresión de absoluta inocencia.

Trixie ovacionó en su interior la actuación de su amiga. Notó que sus palabras habían convencido a Peter Ashbury.

—Sí —dijo éste, un poco aturullado—, efectivamente hace un día espléndido, para ser enero. Mi… hermana y yo también habíamos pensado que no vendría nada mal darnos un paseo con sus niños. Bueno, bueno. Me alegro de veros, pequeñas —y se fue.

—¡Uf! —suspiró Honey, sintiendo aún la mano de Trixie clavada en su brazo—. Sabía que acabaría viéndonos.

—¡Has estado fenomenal! —exclamó Trixie entusiasmada. Después arrugó el ceño—. Pero no habrás creído ni por un instante que era su…

—¡Trixie! —gritó alarmada Honey, mirando el reloj—. Son ya casi las once y media. Tenemos que volver al museo.

Pararon un taxi y llegaron enseguida.

—No creía que hubiésemos andado tanto —decía Trixie cada vez que el taxímetro daba un salto. Cuando llegaron, Honey pagó a toda prisa y las dos amigas subieron a todo correr las escalinatas de la entrada.

El vigilante que les había dado antes la dirección las vio.

—Nunca había visto dos chicas con tanta urgencia por visitar el museo —bromeó—. Todo lo que hay aquí existe desde hace mucho tiempo, y no creo que vaya a desaparecer en los próximos minutos. Tomáoslo con calma… y que os divirtáis —y les dirigió una sonrisa.

Trixie y Honey se la devolvieron y atemperaron el paso. La primera sala estaba dedicada a los instrumentos musicales antiguos, y estuvieron mirándolos desde los amplios pasillos.

—¡Estupendo! —dijo Trixie con un hondo suspiro—. Acabamos de aprender la lección de música. ¿Crees que podremos enterarnos del arte del siglo diecisiete en los diez minutos que nos quedan? —preguntó, al ver el panel que anunciaba la siguiente exposición.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Honey pero, antes de que reaccionase, Trixie la arrastraba por la manga del abrigo ante las pinturas de Rembrandt y Velázquez.

—Intenta recordar por lo menos una de estas pinturas —urgió Trixie—. Hemos de contarle algo a la señorita Trask.

A mediodía en punto, las dos amigas volvieron a la entrada del museo. La señorita Trask, siempre tan puntual, ya estaba esperándolas. Ni siquiera pareció notar la mirada huidiza de Honey cuando les preguntó con mucho interés qué habían visto.

Trixie, al notar el mal rato que estaba pasando Honey, contó lo

mucho que se habían divertido en el museo; después le preguntó a la señorita Trask por su hermana.

—Ya está un poco mejor —respondió ésta—. La llamaré esta noche para ver cómo sigue… Por cierto, estoy hambrienta. ¿Qué os parece si nos tomamos un perrito caliente con patatas fritas?

—¡Señorita Trask! —exclamó Honey—. Nos encantará, pero no creo que sea tu comida favorita.

—¿Y por qué no? —bromeó ella—. Me gusta un buen perrito caliente tanto como al que más.

Honey se rió y Trixie exhaló un suspiro de alivio, al ver que su amiga había recuperado la naturalidad y el aplomo, olvidada ya de la última aventura, al menos por el momento.

Fueron a un restaurante y mataron el gusanillo. Les quedaban aún tres cuartos de hora para la salida del tren, por lo que decidieron darse un paseo por la Quinta Avenida, y admirar los escaparates de
Tiffany’s
y Cartier.

—Mira qué diamante —dijo Honey maravillada—. Es enorme. Cómo le gustaría a mamá.

—No entiendo por qué la gente compra tantas joyas caras y después no se las pone —dijo Trixie—. ¡Para tenerlas guardadas en cajas de seguridad…!

Honey se encogió de hombros.

—Supongo que será porque es una buena inversión —aclaró—. Mamá sí se pone a veces sus joyas, me parece.

La señorita Trask se detuvo en un quiosco y compró el New York Times.

—Lectura para el regreso —dijo, doblando el periódico con cuidado y poniéndoselo bajo el brazo—. Le he dejado las novelas a mi hermana para que se entretenga. Bueno, convendrá irse a la estación. Ya casi es la hora de coger el tren. Lamento que se os haya hecho tan corto. La próxima vez vendremos un día entero de tiendas y os hartaréis de escaparates.

Trixie se estremeció ante aquello de ir de tiendas, que era una de sus actividades favoritas… pero al revés.

La señorita Trask, que captó su mirada, sonrió.

—Os prometo que no será sólo ver y probarse vestidos. Será más

que nada un día dedicado a curiosear.

Al llegar al andén, el tren ya estaba allí, y entraron. Los asientos del vagón al que subieron eran dobles y puestos frente a frente. La señorita Trask se sentó en uno, y Honey y Trixie en el otro, de cara a ella.

Bueno —pensó Trixie—, *esto es exactamente lo que necesito: un rato de tranquilidad para poner en orden mis ideas*.

La señorita Trask desdobló el periódico y empezó a leer, mientras Honey se dedicó a mirar por la ventanilla, en cuanto el tren salió del túnel, observando cómo los edificios iban quedando atrás, hasta desaparecer por completo.

De repente, la señorita Trask dejó escapar un grito ahogado y sus ojos se abrieron desmesuradamente, a la vez que Honey y Trixie la miraban asombradas.

—¿Qué pasa? —preguntó Honey muy preocupada, inclinándose hacia delante. La cara de la señorita Trask había palidecido—. ¿Te sientes mal?

—Es… es este artículo —contestó ella en voz baja—. Habla del novio de Eileen Darcy, Peter Ashbury.

Más piezas del rompecabezas • 9

—¿QUÉ DICE? —preguntó Trixie sin poder contener la curiosidad.

—Léelo tú misma —repuso la señorita Trask con un hilo de voz, alargando el periódico a Trixie.

Los ojos de ésta se abrieron cada vez más, conforme iba leyendo el artículo a Honey.

«Peter Ashbury, el eminente gemólogo que fue expulsado el mes pasado de la prestigiosa Park Avenue Jewelers, responderá la próxima semana de una acusación ante el tribunal.

Ashbury —según dicen— se procuró diamantes y otras piedras preciosas con el nombre de Park Avenue, hizo imitaciones y vendió éstas a clientes de Park Avenue, presentándoselas como auténticas. El supuesto fraude ha sido descubierto por uno de los dueños de la joyería, B. Alfred Kelman».



Trixie levantó la vista de la página y descubrió su propia perplejidad reflejada en los ojos de Honey.

—Sigue —pidió ésta.

«Preguntado acerca de la acusación, Ashbury ha negado su culpabilidad.

—No tienen pruebas —ha dicho—. ¿Qué iba a hacer yo con las piedras verdaderas? Tanto éstas como los engastes de Park Avenue Jewelers serían reconocidos por otros comerciantes».

Yo sé qué ha hecho con esas piedras —pensó Trixie, que siguió leyendo, a la vez que decía para sí—: *¡Pobre señorita Darcy!*

«Kelman ha refutado la contestación de Ashbury, diciendo que las joyas podrían sacarse fácilmente de sus soportes originales.

—Por desgracia —añadió Kelman—, en esta ciudad hay un gran mercado de piedras preciosas robadas.

Los propietarios de Park Avenue Jewelers se están poniendo en contacto con todos los clientes que en los últimos seis meses han comprado joyas y les han pedido que las lleven para su valoración.

—Ashbury llevaba con nosotros seis meses —declaró Kelman—. Llegó con las mejores referencias y han pasado por sus manos muchas piedras de gran valor. Esperamos que la mayoría de ellas fuesen auténticas».

Trixie acabó de leer y se reclinó en el asiento, asombrada y en silencio.

Honey la tomó del brazo muy excitada.

—¡Ahí es donde lo he visto! —exclamó—. Mamá compra joyas en esa tienda y seguro que he ido con ella alguna vez en los últimos seis meses.

Trixie la miró.

—Entonces, Honey, es probable que tu madre haya comprado alguna joya falsa.

Honey movió la cabeza.

—Lo dudo. Mamá aprecia la diferencia entre una piedra verdadera y otra falsa sólo con verlas.

—¿Recuerdas si compró algo la última vez? —preguntó Trixie.

—No, no lo recuerdo, pero tendremos que hablar con ella de todo esto, si es que no se ha enterado ya.

—Seguramente se lo habrán contado —dijo la señorita Trask a Honey—. Afortunadamente tus padres volverán mañana de Miami. Llegan a mediodía. ¡Pobre Eileen! —suspiró, reclinándose en su asiento—. Últimamente no gana para disgustos. Primero su padre, después el accidente y ahora esto.

—¿Cree que ya lo sabrá? —preguntó Trixie ansiosa.

—No lo sé —reflexionó ella—. En realidad, ni siquiera recuerdo que haya mencionado el trabajo de Peter. Siempre comenta lo feliz que se siente con él, pero hace poco… —se calló, como si decir más equivaliese a romper una confidencia.

—No sé si sabrá algo de esto —resumió—. Pero no tardará en enterarse. Lo lamento.

A continuación volvió el rostro y se puso a mirar por la ventanilla. Las dos chicas supieron que no quería decir nada más.

Honey y Trixie intercambiaron miradas significativas. El cerebro de Trixie estaba en plena efervescencia, motivado por esta última información. *Piedras preciosas, trajes y catálogos… ¿Qué querrá decir todo eso?* —se preguntaba conforme el tren seguía avanzando hacia Sleepyside.

Durante el resto del viaje no volvió a mencionarse para nada a Eileen Darcy ni a Peter Ashbury, aunque Trixie estaba sobre ascuas, deseando cambiar impresiones con Honey. También le habría gustado hacerle alguna pregunta más a la señorita Trask, relacionada con Eileen, pero sabía de antemano que no iba a recibir respuesta.

Finalmente, llegaron a la estación de Sleepyside. Recogió la

señorita Trask el periódico y volvió a colocárselo bajo el brazo.

—La señora Wheeler verá el artículo mañana cuando vuelva —dijo con parsimonia.

Mientras marchaba hacia el coche que había dejado aparcado por la mañana, Honey y Trixie se rezagaron un poco.

—Tenemos que hablar —susurró Trixie—, pero antes debo hacer los encargos de mi madre; de lo contrario los demás me encerrarán en casa durante un mes. Llámame a última hora de la tarde.

Asintió Honey y las dos se apresuraron al coche.

Dejaron a Trixie en Crabapple Farm. La conductora mantuvo un mutismo absoluto.

Tal vez esté preocupada por la señorita Darcy —pensó Trixie, dándole las gracias por el día que habían pasado juntas.

Dirigióse lentamente hacia su casa, perdida en sus pensamientos, con las manos en los bolsillos del abrigo.

—¡Hola, Trixie! —gritó Bobby, que surgió de repente como caído del cielo.

Trixie lo miró sin acabar de volver a la realidad.

—¡Ah, Bobby! ¿Eres tú? Siento no haberte visto —le sonrió al ver su cara de sorpresa—. Mi mente estaba a un millón de kilómetros de aquí.

—Mamá dijo que te habías ido a Nueva York. ¿Está a un millón de kilómetros? —preguntó Bobby.

—No, cariño —dijo Trixie, riéndose ante la pregunta—. No es más que una manera de hablar; quería decir que iba pensando sin fijarme por dónde iba.

—¿Y qué pensabas? —volvió a preguntar el pequeño—. ¿Y qué es una manera de hablar? ¿Se habla de varias maneras?

Trixie suspiró. Sabía que en las conversaciones con Bobby, casi siempre, al llegar a un punto determinado, lo mejor era admitir la derrota.

—Ya intentaré explicártelo mejor más adelante —le contestó—. ¿Por qué no entras en casa un rato? Te leeré un cuento.

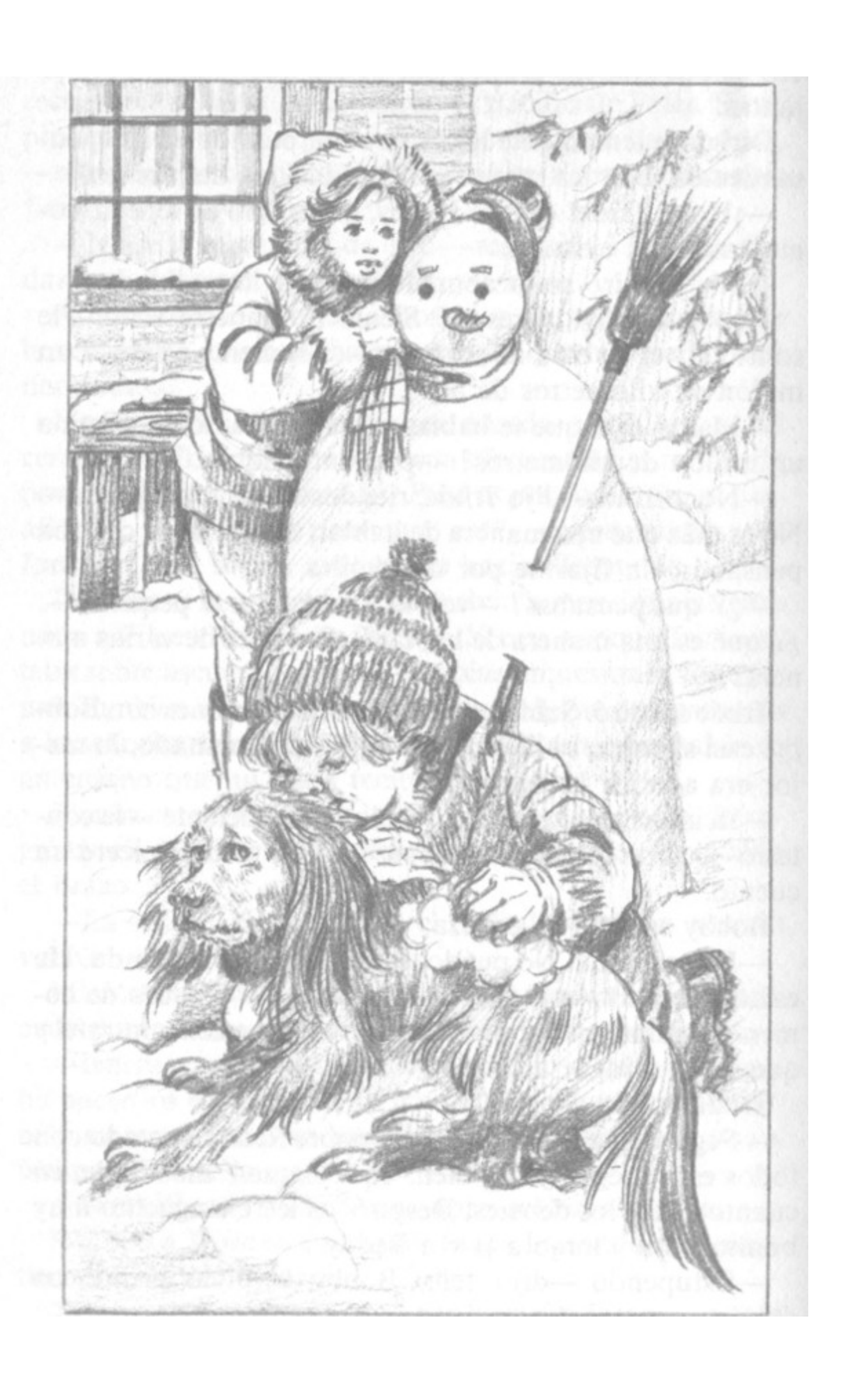
Bobby sacudió la cabeza.

—De eso nada. No puedo. Reddy está descansando. He estado jugando con él toda la mañana y después de comer. Y mamá me ha dicho que le deje reposar un rato y que salga a jugar al jardín.

Trixie volvió a reírse.

—Seguro que le has dejado al pobre Reddy agotado con todos esos juegos. Muy bien. Ya te llamaré más tarde, en cuanto acabe los deberes. Después os leeré un cuento muy bonito y muy largo a ti y a Reddy.

—Estupendo —dijo, feliz, Bobby, y volvió al muñeco de nieve que estaba haciendo.



Se nota que hoy está de buen humor —pensó Trixie, sonriendo para sí al observar al pequeño, enfundado en su traje de invierno, echando más y más nieve al muñeco que había formado—. *Debe ser porque Reddy ya está en casa.*

Trixie se encontró con un torrente de improperios de Mart en cuanto entró en casa.

—¡Ah!, ya ha regresado la señorita de su viaje de placer —dijo, quitándose un sombrero imaginario y barriendo el suelo con él—. Mientras los esclavos nos afanábamos en la vieja mansión, tú viviendo, gozando del grande, amplio y maravilloso mundo. Y dígame, mi señora, ¿cómo estaba hoy la Gran Manzana?

—Tan estupenda como de costumbre —replicó Trixie como sin darle importancia y cogiendo naranjada del frigorífico—. Honey y yo hemos visitado el Museo de Arte, mientras la señorita Trask acompañaba a su hermana, y después… —no pudo aguantarse más y fue contando con todo detalle, casi sin tomar aliento, lo que decía el periódico de Peter Ashbury.

—¡Atiza! —silbó Mart—. No creo que sea humanamente posible, con la sola ayuda del aparato bucal, hablar tan deprisa. Casi podías aparecer en el Libro de los Récords, de Guinness. ¿Sabías, Trixie, que el oído humano necesita por lo menos un quinceavo de segundo para diferenciar sonidos separados?

—¡Mart! —gruñó Trixie entre dientes.

—Tranquila —suplicó éste en actitud defensiva—. He quedado tan impresionado por el contenido de lo que acabas de narrarme como por la velocidad con que lo has hecho. Ya pensaba yo que tenías algo entre manos —dijo, esta vez ya en serio—. Con lo despistada que eres a veces, sin embargo, siempre encuentras cosas interesantes. Pero ¿dónde está la conexión entre esto, los trajes y la señorita Darcy?

Trixie le dijo entonces que había visto a ésta quitando «adornos» de uno de los trajes. Y también le contó su «paseo» mañanero.

Mart arrugó el entrecejo.

—No fue un trabajo demasiado brillante.

—Pero el articulo del periódico lo vimos después —se defendió Trixie—. Yo intuía que Ashbury estaba implicado en algo raro, pero no esperaba ver mis sospechas confirmadas tan pronto.

—¿Sabes? A veces, ese sexto sentido que tienes es una especie de

radar para detectar criminales, señorita Sherlock. Todos los sospechosos, en un radio de cincuenta kilómetros, ¡cuidado! ¡Trixie Belden os localizará! —luego sonrió con admiración—. Buen trabajo, Trixie, lo reconozco. Ahora…

En ese momento fue interrumpido por la voz de Helen Belden, que llamaba desde el piso superior.

—¿No puede nadie venir a echarme una mano?

Los dos subieron a toda prisa las escaleras, hacia donde sonaba la voz de su madre. Al entrar en el cuarto de Bobby tuvieron que contener la risa, ante la escena que contemplaron: su madre, arrodillada, con un dedo atascado en una rejilla del suelo, y a su lado Reddy con la pata encajada junto al dedo de ella.

—¡Menos mal! —se alegró Helen al verlos—. Temía que estuvieseis fuera.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mart, examinando la situación.

—Deja las preguntas para después —le contestó su madre—. Primero, sacadnos a Reddy y a mí de esta ridícula situación.

Trixie se hizo con un frasco de crema para manos.

—Tal vez si echamos un poco en la pata de Reddy y en tu dedo podamos sacarlos —dijo.

—Lubricación —observó Mart—. Buena idea.

—Mart —dijo Trixie—, no necesitamos que radies en directo lo que está ocurriendo, sino que ayudes como se te ocurra. Intenta sacar la pata de Reddy… ¡Con cuidado!

Con un poco de paciencia y tras varios intentos, la señora Belden y Reddy quedaron Ubres.

—Y ahora, ¿cómo lo conseguisteis? —preguntó Trixie.

Helen Belden rompió a reír con ganas, a la vez que se frotaba el dedo.

—Oí a Reddy gruñir y subí a ver qué pasaba. Resulta que había metido la pata en la rejilla y no la podía sacar. Intenté sacársela, pero la tenía tan encajada que no había modo de conseguirlo. Y entonces se me ocurrió que si empujaba desde abajo con el dedo…, pero, ya veis, lo único que conseguí fue quedarme pillada yo también.

—Es reconfortante comprobar que en ocasiones también las madres pueden llegar a verse en situaciones ridículas —Mart se rió mientras los tres bajaban a la cocina.

—¡Vaya! Con todo este lío, se me ha olvidado preguntarte qué tal te ha ido esta mañana en la ciudad, Trixie.

—Muy bien —contestó ésta—. Honey y yo nos quedamos en el museo, mientras la señorita Trask iba a ver a su hermana —añadió, a la vez que echaba a su hermano una mirada de advertencia. Después le contó a su madre el asunto del periódico.

—Pero… ¡eso es horrible! —dijo Helen Belden—. Lo siento por Eileen Darcy… Parece una mujer muy agradable. ¿Lo sabrá ya?

—La señorita Trask no creía que lo supiese —respondió Trixie.

—Bueno, después de todo, a lo mejor el chico es inocente —suspiró Helen—. También puede haber sido algún otro dependiente. Hasta el momento no se ha demostrado su culpabilidad.

—Eso es cierto —admitió Trixie—, pero… —se detuvo, considerando que no valía la pena despertar las sospechas de su madre sobre su interés por Peter Ashbury.

—Pero… ¿qué? —preguntó su madre.

—No, nada —contestó evasiva Trixie.

Mart había permanecido callado, pero ahora intervino.

—¡Eh, tú! Hay más de un dedo de polvo sobre los muebles —dijo, y pasó un dedo por uno—. Deja de hablar de museos, que se va a hacer de noche y aún no has empezado a trabajar.

—¡Ah, sí! —exclamó su madre—. Ésa es una de las cosas que no he podido hacer hoy. ¿No te importaría quitar el polvo, Trixie?

—Claro que no, mamá, y muchas gracias otra vez por haberme dejado la mañana libre.

—Lamento que no hayáis podido disfrutar también de la tarde —le dijo Helen—. Tu padre y yo tenemos pensado salir a ver una película y a cenar. Os dejaré preparadas hamburguesas y algunas otras cosas. Haré bastantes, por si queréis invitar a Honey y Jim. También os tendréis que hacer cargo de Bobby hasta que se vaya a la cama.

—Que no es poco trabajo, podría añadirse —dijo Mart.

—Seguro —sonrió Helen Belden—. Entre él y Reddy con la escayola, me parece mentira que haya podido hacer algo hoy.

—Muchas gracias, mamá —dijo Trixie abrazándola—. Será estupendo que vengan Honey y Jim a cenar con nosotros. Voy a decírselo.

—El polvo primero —le recordó su madre—. Ya llamarás

después.

—Bueno, bueno —accedió Trixie cogiendo el paño del polvo.

Mart la siguió.

—Has estado a punto de meter la pata hasta la rodilla —le dijo en voz baja.

—Ya lo sé —se lamentó Trixie—. Gracias por echar un capote cambiando de tema. Debo reconocer que tienes el don de la oportunidad.

Quitó el polvo de la habitación todo lo rápidamente que pudo, mientras Mart se tumbaba en el sofá.

—Te has dejado un poco junto a la lámpara —le apuntó—, y también sobre la librería. Espero que puedas aprobar la prueba de los guantes blancos —bromeó.

—Por lo visto, tú ya has pasado esa prueba —refunfuñó Trixie.

—¡Haya paz! —pidió Mart—. Es que tengo ganas de que acabes, para subir al piso de arriba. Quiero que me cuentes el resto de la historia y repitas lo de mi sentido de la oportunidad —terminó.

—Podrías ayudarme…

—¿Yo? —preguntó Mart—. ¿Por qué…?

Trixie se echó a reír, al observar su expresión de asombro.

—¡Pues claro! Oye —dijo de repente, cambiando de tema—, ¿dónde están papá y Brian? No los he visto aún.

—Papá ha llevado el coche a revisión, y Brian está en casa de los Wheeler, con Jim. Fue a ayudar a Regan con los caballos. En realidad, yo acababa de llegar de allí cuando viniste. Regan está muy enfadado con nosotros, ya sabes. Con la amenaza de no dejarnos cabalgar nunca más, tenemos que ir cuando quiere, y sacar los caballos.

Trixie se lamentó.

—Me siento culpable. Comprendo que es muy duro tener que hacerlo solo siempre. Y últimamente hemos estado muy ocupados. Regan es muy buena persona…, no quiero que se enfade con nosotros.

—Bueno, pues me parece que el buen humor de Regan se va acabando. Por eso le prometí que iríamos mañana por la mañana temprano para dar un paseo.

—Muy bien —opinó Trixie. Terminó de limpiar el último mueble y se fue a la cocina para guardar el paño y la cera.

Brian entró por la puerta trasera llevando a Bobby, cubierto de nieve.

—¡Mirad lo que he encontrado! —exclamó riéndose.

—Brian me tiró al suelo y después me ha arrastrado hasta aquí —aclaró el niño, feliz del juego, mientras Brian lo soltaba.

—¡Oh, no! —gritó Helen Belden—. ¡Con lo que me ha costado limpiar el suelo! ¡Mirad cómo lo habéis puesto!



—Disculpa, mamá —se excusó Brian, volviendo a coger en brazos a Bobby—. Lo sacaré y le sacudiré bien la nieve.

Una vez que volvieron Brian y Bobby, y Trixie hubo ayudado a su hermanito a cambiarse de ropa, Brian se acercó a ella y le susurró al oído:

—Atiende, muchacha. Tu compañera Honey tiene novedades. Ya nos ha dicho a Jim y a mí lo de Ashbury.

Trixie asintió y, a continuación, sin darle importancia, anunció que iba a llamar a Honey y Jim para invitarles a cenar.

—Diles que vengan alrededor de las cinco —le indicó su madre.

—Bien, mamá. Así lo haré —respondió Trixie, marcando el número de los Wheeler.

—¿Qué pasa? —preguntó ansiosa cuando Honey contestó.

—Trixie —dijo Honey muy excitada—, mis padres han llegado ya de Miami. La señorita Trask les ha leído el artículo y mamá recuerda al señor Ashbury, pero nunca relacionó su nombre con la señorita Darcy, ni le ha visto con ella, por tanto…

—Sí, sigue —interrumpió Trixie impaciente.

—Por tanto —continuó Honey—, se le ha ocurrido si será la misma persona. Bueno, mamá dice que le parece que es casado. Incluso recuerda haber hablado una vez con él de sus dos hijos…

—Entonces, no era su hermana —dedujo Trixie—. ¿Por qué, pues…?

—Ya, ya sé lo que quieres decir —suspiró Honey—. La señorita Trask se siente enormemente afectada por todo eso… y, como es lógico, yo no puedo decirle que le he visto con sus niños y su mujer hoy mismo —terminó.

—Claro que no —gritó Trixie—. Honey, ¿sabes algo de las joyas que tu madre compró en Park Avenue Jewelers? ¿Se las vendió Peter Ashbury?

—Sí —respondió Honey—. Me ha dicho que va a sacarlas de la caja fuerte el mismo lunes por la mañana, y que irá con papá a Nueva York.

Trixie silbó.

—Parece que al final todo el mundo está implicado de una forma u otra.

—En efecto —asintió Honey—. ¡Ah!, a propósito; les he dicho a Jim y a Brian…

—Ya, ya lo sé —le cortó Trixie—. También yo se lo he dicho a Mart. Tenía que contárselo a alguien. Oye, una pregunta: ¿Os venís a cenar Jim y tú? Mis padres van a salir.

—Me gustaría mucho —dijo Honey—, pero mis padres acaban de llegar y no sé qué tal les sentará que vayamos a cenar fuera el mismo día de su regreso.

—Pues tienes razón —comentó Trixie—. ¡Qué tonta soy! Naturalmente, lo lógico es que cenéis con ellos.

Sabía perfectamente que Honey y Jim veían a sus padres pocas veces, ya que éstos se pasaban la vida viajando de un lado a otro. Sabía también que Honey envidiaba en ocasiones la estrecha unión de los Belden con sus padres. Por eso, cuando los Wheeler permanecían en casa, Honey y Jim hacían todo lo posible por permanecer junto a ellos.

—De todos modos, nos veremos por la mañana —le aseguró Trixie—. Mart me ha dicho que Regan va a reventar o poco menos si no sacamos a los caballos para que hagan un poco de ejercicio.

—Sí —contestó Honey con cierta culpabilidad—. Y ya sabes el genio que tiene.

—¡No me lo recuerdes! —suspiró Trixie—. Iremos Mart, Brian y yo. ¿Sabes algo de Di?

—No —contestó Honey—. La he llamado para decírselo, pero me contestó que tenía mucho que hacer en casa y, además, ha de aprenderse el papel de la obra de teatro.

—¡Trixie! —era la voz de Helen Bleden, protestando por el prolongado uso del teléfono.

—¡Vaya! Me parece que se ha acabado el tiempo de la conferencia —se rió Trixie—. Me llama mi madre. Ya charlaremos más tarde —se despidió y colgó.

—¡Sí, mamá! —respondió, dirigiéndose a la cocina.

—Tu padre y yo nos vamos. ¿Van a venir Honey y Jim?

Trixie le explicó por qué sus amigos tenían que quedarse en casa. Su madre se mostró de acuerdo. Luego dijo:

—Bueno, hijos, que paséis una buena tarde.

En cuanto sus padres se marcharon, Brian y Mart se dirigieron a Trixie.

—Bueno, desembucha todo —pidió Brian, cruzando los brazos y apoyándose en el mostrador de la cocina—. Jim y yo, por ahora,

sólo tenemos unos retazos de información, recogidos aquí y allá. Queremos que nos cuentes todo.

—Y procura no exagerar demasiado —pidió Mart.

—¿Qué es eso de «zagerar», Mart? —preguntó Bobby.

—Pues, exactamente, lo que tu hermana suele hacer el noventa y ocho por ciento de las veces —bromeó Mart.

Bobby lo miró sin entender gran cosa.

—Te lo explicaré mientras te llevo a caballo al piso de arriba, Bobby —dijo Brian—. Podrás jugar allí con Reddy mientras preparamos la cena.

—Estupendo —se alegró Bobby, saltando sobre la espalda de Brian.

—Oídos pequeños captan ideas grandes —dijo Trixie a Mart, una vez que Brian y Bobby salieron de la cocina—. A veces me olvido de que existe y de que anda a nuestro alrededor.

—Y, además, ya sabes lo bien que Bobby guarda un «segreto» —añadió Mart riéndose.

—Lo sé, lo sé —suspiró Trixie—. Me parece que lo que más le gusta a Bobby de los secretos es la palabra «segreto».

—Bueno, ha llegado la hora de la conferencia —dijo en ese momento Brian, volviendo a entrar—. Bobby ya está jugando con Reddy. Se han ido de excursión y están montando una tienda con una manta vieja.

Entonces Trixie les contó a sus hermanos todo lo ocurrido, de pe a pa.

—¿Y qué deduces de todo eso? —le preguntó Brian al terminar.

—Eso es lo difícil —suspiró Trixie—. Desde luego, los trajes y el catálogo tienen algo que ver en todo este negocio, pero ahora sabemos que Peter Ashbury es gemólogo y está casado, pero no puedo creer que Darcy lo sepa y le haga el juego… —se detuvo al llegar a este punto y abrió mucho los ojos—. ¡Eso es! Tiene que estar chantajeándola. ¡A lo mejor sabe dónde está su padre!

—Pero el artículo del periódico decía que Peter Ashbury había vivido en Nueva York los últimos seis meses —observó Brian.

—Eso es cierto —reconoció Trixie—, pero los trajes han venido de Inglaterra y allí es donde está el padre de la señorita Darcy. Y, pensad en ello —añadió lentamente, levantando la vista hacia sus hermanos—; allí es donde vivía la señorita Darcy… hasta hace seis

meses.

En ese momento llegó corriendo Bobby.

—¡Eh! Que mi estómago y el de Reddy rugen.

—¿Y por qué rugen? —bromeó Mart.

—¡Tienen hambre! —exclamó Bobby—. Además, Reddy está cansado de la excursión por el campo.

—¡Adiós! —gritó Trixie—. Me había olvidado de las judías que puso mamá al horno —y fue a toda prisa a sacar de allí el recipiente, provista de dos manoplas.

—¡Humm! Judías tostadas; has inventado un nuevo plato, hermana —dijo Mart observando el humeante recipiente que sacaba Trixie del horno.

—Mart, ¿por qué no ayudas, en lugar de criticar? —dijo Trixie.

—Muy bien, muy bien —contestó éste—. Iré friendo las hamburguesas. Por lo menos tendremos algo que comer.

Terminada la cena, Brian dijo que él y Mart lavarían los platos…, propuesta que levantó un cúmulo de protestas por parte de Mart.

—Voy a leerle un poco a Bobby —se ofreció Trixie.

Ayudó al pequeño a meterse en la cama. Después empezó el cuento… pero ella también se dormía, según iba leyendo.

Ha sido un día muy largo —se dijo. Miró a Bobby, que dormía como un príncipe, abrazado a su osito de peluche. Le dio un beso en la frente y bajó al piso inferior, donde encontró a Brian y Mart viendo la televisión.

—Bueno, ¿vas a comunicarnos todas tus fantásticas deducciones, señorita Sherlock? —preguntó Mart.

Trixie bostezó y se estiró.

—Estoy muy cansada para deducir algo sensato ahora —volvió a bostezar—. Me parece que me voy a la cama. Ya os veré mañana temprano, cuando vayamos a cabalgar.

No era que no quisiese decirles a Mart y Brian lo que sospechaba —razonaba mientras subía las escaleras—; era que necesitaba algún tiempo para meditar a solas sobre aquello, y se sentía exhausta. De todos modos, mientras se iba durmiendo, un montón de preguntas le rondaban por la cabeza. *¿Qué relación hay entre los trajes y Peter Ashbury? ¿Y cómo encaja la señorita Darcy en el rompecabezas?*

Trixie se despertó a la mañana siguiente deslumbrada por el

brillante sol de invierno que entraba por la ventana. Se levantó y se puso los pantalones de montar y dos jerseys gruesos. *Ya voy bien forrada para el paseo* —pensó.

Brian y Mart ya estaban en la cocina, desayunando, cuando llegó Trixie.

—Íbamos a subir para tirarte de la cama, so perezosa —dijo Mart.

Desayunaron y se pusieron los anoraks. La mañana estaba serena mientras caminaban hacia Manor House. Sólo se oía el ruido de sus pasos al aplastar la capa de nieve, que tenía unos quince centímetros.

Jim y Honey estaban esperándolos en el establo. Regan había ensillado los caballos.

—Os tengo dicho que saquéis a estos pobres animales tan a menudo como yo —dijo en tono gruñón.

—Lo sentimos, Regan, pero a veces no podemos aunque queramos, por culpa del montón de cosas que tenemos que hacer —explicó Trixie.

Regan suspiró y sus ojos brillaban.

—Bueno, lo único que hacéis es quejaros cuando llega la primavera y os encontráis con unos caballos perezosos y llenos de grasa… Entonces queréis cabalgar todos los días.

Trixie montó a Lady, Honey subió a Strawberry, Jim se dirigió a su querido Júpiter y Brian tomó a Starlight, en tanto que Mart se encargaba de Susie. Emprendieron una marcha lenta.

Los caballos caminaban por la senda nevada. Su aliento se condensaba al salir, de modo que parecían pequeñas chimeneas humeantes.

—Parecen felices de estar al aire libre —dijo Honey, acariciando suavemente el cuello de Strawberry—. Los tenemos demasiado abandonados.

Se dirigieron hacia los bosques del norte de Glen Road. De repente, Trixie detuvo a Lady.

—¡So! —gritó, y los demás frenaron también a sus cabalgaduras.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim, pero Trixie ya había saltado de su montura y corría hacia el bosque.

—¡Eh! —gritó Jim corriendo tras ella. Se oyó el crujir de unas ramas y el rugido del motor de un coche. Mart y Brian ya habían

desmontado y corrían hacia Trixie.

Sospechas y sorpresas • 10

—¿QUÉ OCURRE? —preguntó Honey cuando regresaron los demás al claro en que se había quedado con los caballos. Mart cojeaba y de un rasguño de su pierna manaba sangre—. ¿Y qué te ha pasado, Mart?

—Por lo menos, tú has tenido el suficiente sentido común para quedarte con los caballos —dijo Jim un tanto avergonzado—. Habríamos tenido un buen lío con Regan si se hubiesen escapado como el «espía» de Trixie.

Trixie entró corriendo.

—¡Sabía que había alguien allí! Tenía algo tapándole la cara… no sé si una cámara o unos gemelos. Cuando me llamaste, Jim, salió corriendo. ¡Todos habéis oído el coche! Creí que conseguiríamos averiguar quién era, pero no pudimos correr lo suficientemente rápido por la nieve. Además Mart tropezó con una rama y se cayó.

—Viejo ojo de águila, aquí —dijo Mart, a la vez que retiraba el roto del pantalón para ver la herida.

Brian le ató un pañuelo limpio.

—Sobrevivirás —le dijo, y después, volviéndose a su hermana, siguió hablando—: Tal vez ese pobre hombre quisiera tan sólo observar los pájaros de los alrededores.

—Pero ese tipo de gente no huye como un conejo cuando alguien se acerca —replicó Trixie de mal humor—. Aquel hombre estaba espiándonos… ¡lo sé!

—A lo mejor tenía miedo de ser sorprendido en propiedad ajena —dijo Honey.

—He aquí una explicación plausible y lógica —opinó Mart.

Trixie siguió insistiendo:

—Tú mismo lo viste correr. Tú lo has dicho. No creo que sea ningún amante de los pájaros, pero tal vez Honey tenga razón. Probablemente tuvo miedo de que le cogiéramos, pero no por haber irrumpido en propiedad privada. Sospecho que nuestro espía era Peter Ashbury.

Las cejas de Brian se levantaron componiendo un gesto de sorpresa.

—Trixie, me parece que sólo tienes a Peter Ashbury metido dentro del cerebro. Todas las cosas más o menos misteriosas que han ocurrido la última semana se las achacas a él. Es probable que tengas razón y sea un malhechor, pero, por todos los demonios, ¿qué iba a hacer aquí, en el bosque, una mañana gélida de domingo?

Trixie enrojeció.

—En realidad no lo sé. Quisiera cabalgar hacia allí, para ver si hay algún rastro. Al menos podremos echar una ojeada. Quizá encontremos pistas. ¿Cómo tienes la pierna, Mart?

—Como dice el doctor Belden, sobreviviré, Trixie, pero no tengo ninguna gana de volver allá.



—Pues si no quieres venir, no vengas —dijo su hermana impaciente, embridando a Lady hacia el paseo.

Mart suspiró resignado.

—Es arriesgado no ir con ella —dijo, como si Trixie no siguiera aún junto a él—. Si sigue enfadada, no nos hablará, lo cual sería una agradable recompensa. Pero también puede suceder que tropiece con algo verdaderamente interesante…

—¡Tropezar! —gritó Trixie indignada—. Tú eres el único que tropieza hoy.

—Seguro…, son peligrosos tus safaris en busca de patos salvajes —se le ocurrió decir a Mart. Trixie le obsequió con una mirada tan gélida como la misma mañana.

—¡Bueno, muchachos, ya está bien! —se rió Brian—. A veces no sé qué pensar de vosotros. De todos modos, vamos a ver esas huellas de neumáticos.

—Lo que no acabo de entender —dijo Honey— es cómo pueden haber metido un coche por esta carretera de mala muerte y además con la nieve. Porque no se ha acondicionado en todo el invierno.

—Fuese quien fuese, no llevaba un coche —explicó Jim—. Antes hemos visto las huellas de los neumáticos y era una camioneta pequeña o un vehículo de tracción a las cuatro ruedas. Pero estoy de acuerdo con Trixie: vamos a verlo bien. Tal vez encontremos alguna pista. Quizá haya perdido el carnet de conducir o alguna foto…

Trixie lo miró perpleja pero, al ver que hablaba medio en broma, se rió con todas sus ganas.

—Siento ser tan brusca —dijo—. A veces me comporto como un crío. Debe ser porque estoy muy nerviosa…

—Ya lo sabemos —la tranquilizó Brian.

Los Bob-Whites se encaminaron hacia la vieja carretera y siguieron las huellas hasta la principal. En todo el trayecto no encontraron nada que les ayudase a identificar al intruso y, una vez llegados a Glen Road, les fue imposible distinguir las huellas de sus neumáticos entre todas las que en la carretera se mezclaban.

Trixie se sentía deprimida al terminar el recorrido, mientras cabalgaban lentamente hacia la casa de los Wheeler.

Viendo el estado de ánimo de su amiga, Honey se situó a su lado al llegar al establo.

—No te preocupes, Trixie —susurró—. Mañana encontraremos algo más… estoy segura.

Trixie agregó con firmeza:

—Seguro que lo encontraremos… ¡como me llamo Trixie Belden!

El resto del día fue del todo anodino y a Trixie le pareció que no acababa nunca. Tenía un montón de cosas que hacer en casa y ayudó a su madre a preparar la comida del domingo, pero se sentía incapaz de esperar la llegada del lunes. *Nunca creí que iba a esperar tan ansiosa un día de clase* —pensaba sonriendo—, *pero ¡tengo que volver a ver aquellos vestidos!*

Y llegó por fin el lunes. Trixie fue la primera en levantarse.

—¡Cielos! —exclamó su madre al verla ya vestida y lista para irse al colegio—. ¿Te has vuelto loca?

—No —se rió Trixie—. Me desperté pronto y ya no pude volver a dormirme.

Ya casi había acabado el desayuno cuando se sentó a la mesa el resto de la familia. Brian y Mart refunfuñaron cuando su hermana les metió prisa para acabar, para ponerse los abrigos, para correr al autobús… Trixie movía nerviosa los libros de un brazo al otro.

—El tiempo pasa volando, pero hoy…

—Paciencia, Beatrix —le recomendó Mart, mirando el reloj—. No es que se haya retrasado el autobús: hemos sido nosotros los que hemos llegado antes. De todos modos llegarás a clase a tiempo.

—Lógicamente, no es la clase lo que le preocupa —intervino Brian—. ¿De qué se trata, Trix? ¿Vas a fisgar algo antes de la primera clase?

—Tengo un plan y me muero de ganas de ponerlo en marcha —contestó su hermana con un deje de misterio.

—¿Y nos lo vas a comunicar ahora, o prefieres esperar hasta el último minuto para solicitar nuestra probada experiencia? —preguntó Mart con curiosidad.

—Tendréis que esperar —determinó Trixie, a la vez que llegaba el autobús.

Pero no hubo ocasión de poner el plan en marcha, porque el autobús llegó al colegio justo cuando sonaba el timbre anunciando la primera clase.

—¡Vaya por Dios! —se quejó Trixie, mientras ella y Honey

corrían a los percheros—. Cuando lo tengo todo planeado, madrugo y, por primera vez en mi vida, voy por delante, ocurre algo que lo echa todo a rodar.

Trixie se sentó en su sitio, mientras por el sistema de altavoces del colegio se oían los avisos generales. Al final hubo uno especial del director.

—Estudiantes —dijo con voz grave—, como ya saben los que participan en la función de los novatos, una amiga de la señorita Darcy ha prestado varios trajes shakesperianos para la obra de teatro. Uno de ellos, un traje de terciopelo rojo, ha desaparecido. Cualquiera que tenga información sobre él puede facilitársela a la señorita Darcy o a mí. El traje fue visto por última vez el viernes, después de clase.

Trixie tragó saliva y se revolvió en su asiento.

¿Será posible? —se preguntó—. *¿Habrá sido Peter Ashbury? ¡No sé si podré aguantar hasta el ensayo!*

Pero no tuvo que esperar tanto. Media hora después, el altavoz sonó otra vez.

—Trixie Belden y Diana Lynch —se oyó—, por favor, vayan a ver a la señorita Darcy inmediatamente.

Trixie se puso en pie y el profesor de ciencias, el señor Morrison, asintió. Salió de clase y corrió hacia el despacho de la profesora de teatro. Se encontró con Di en el pasillo.

—¿Crees que esta llamada tiene algo que ver con el traje desaparecido? —le preguntó nerviosa Di.

—¡Así lo espero! —respondió Trixie.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Di, llena de confusión y preocupada a más no poder.

—¡Oh, Di! —le dijo Trixie todo lo rápidamente que pudo, al ver la cara de perplejidad de su amiga—. Lo siento. Has permanecido completamente al margen de todo… Has estado tan ocupada con los ensayos… No te preocupes —la tranquilizó según llegaban al despacho de la señorita Darcy—. Déjame hablar a mí, que ya te lo explicaré todo más adelante.

Eileen Darcy las estaba esperando. Tenía el inconfundible aspecto de alguien que no ha dormido apenas los últimos días.

—Queridas —empezó—, éste es un asunto muy grave, y espero que seáis sinceras conmigo. Sobran motivos para creer que tenéis

algo que ver con la desaparición del traje y…

—¿Cómo? —gritó Trixie con los ojos muy abiertos, mirando a la profesora con incredulidad—. ¿Por qué…, quién…? —se atascó a la vez que sus mejillas enrojecían de ira. Di empezó a morderse las uñas.

—Por favor, Trixie, déjame acabar —dijo la señorita Darcy con acritud. Tomó aire y siguió más calmada—: Estuviste aquí el viernes, después de clase. Cuando volví al despacho, después de dejarte en la puerta, el traje que estaba cosiendo… había desaparecido.

—¿Y por qué sospecha de nosotras? —gritó Trixie—. Yo estaba con usted y Di estaba fuera, en el coche, esperándome…

—Eso es cierto —repuso ella—. Sin embargo, alguien me ha informado de que vosotras…

—Pero ¿para qué íbamos a querer el traje? —interrumpió Di—. De veras, señorita Darcy, yo… nosotras no hemos tenido nada que ver en este asunto.

—Sí —añadió Trixie furiosa—. ¿Por qué íbamos a robarlo? ¿Y quién nos ha acusado? ¿Qué pruebas tiene?

—Lo siento… lo siento. Pero no puedo decirlo —contestó la señorita Darcy. Después, de repente, escondió la cara entre las manos y su cuerpo se estremeció entre sollozos.

—Señorita Darcy —intervino amablemente Trixie—. Sé que esos trajes eran muy importantes para usted…

—No… no puedes hacerte una idea de hasta qué punto lo son —la profesora se recuperó, tomó aliento e intentó calmarse.

Trixie miró fijamente a la señorita Darcy.

—Si me concede de plazo hasta mañana por la mañana, le prometo que encontraré el traje y se lo traeré.

Eileen Darcy bajó los ojos ante la mirada de Trixie.

—No sé qué hacer —dijo desesperada—. Si pudieseis ayudarme… no sabría cómo agradecéroslo. Este traje es muy importante para mi… mi amiga de Inglaterra.

—Por favor, señorita Darcy —suplicó Trixie—. Déjeme que lo intente.

—Muy bien —accedió—. En realidad nunca creí que hubieseis sido vosotras las culpables —sonrió levemente—. Ahora podéis marcharos. Ya os veré en el ensayo. Y, Trixie, en el momento en

que…

—Ya lo sé —dijo ésta, saliendo del despacho—. No se preocupe.

Trixie estaba como una pila.

—¿Podré soportar otras dos clases antes de…? —se interrumpió, mirando la expresión de asombro de Di—. ¡Oh, Di! —le dijo—, ¡hay tanto que explicarte…! Y a continuación le hizo un breve resumen de lo ocurrido hasta aquel momento. Di escuchó en silencio, con los ojos muy abiertos, los diversos episodios.

—A veces creo que soy tan ciega como un murciélago —suspiró Di—. Todo lo que me has dicho ha sucedido delante de mis propios ojos, y ni siquiera me he fijado. ¿Quién crees que le ha dicho a la señorita Darcy que fuimos nosotras las que robamos el traje?

—¡Peter Ashbury, como es natural!

—Pero, Trixie —dijo Di, pensando en voz alta—, ¿cómo iba a acusarnos, a menos que viniese entre el primer aviso y el segundo? Podría haber llamado, pero ¿no crees que quizá haya sido alguien de la escuela?

—¡Di, tienes toda la razón del mundo! —gritó Trixie, dándole un abrazo a su amiga—. ¡Qué idiota soy! Tiene razón Mart cuando dice que a veces estoy bloqueada en una sola dirección.

Di pareció entonces más confusa que antes.

—¿No lo entiendes? —le explicó Trixie—. Tiene que haber sido Jane Morgan la que habló con la señorita Darcy… —la interrumpió el timbre, llamando a la segunda clase. El pasillo se llenó de estudiantes que salían de la primera—. Más tarde te contaré al resto —le prometió Trixie, y las dos se fueron a sus aulas.

Las dos horas siguientes fueron de verdadera tortura para Trixie pero, como todo, también se acabaron, y entonces corrió al auditorio. Se paró a la entrada de la sala de costura y esperó allí la llegada de Jane Morgan.

—Jane —la detuvo en el pasillo—, ¿podría hablarte un minuto?

—¿De qué? —preguntó ella sorprendida.

—Del traje de terciopelo —repuso Trixie, intentando con todas sus fuerzas conservar la calma.

Jane se encogió de hombros.

—¿Qué tengo que ver yo con eso?

—Ya sabes a qué me refiero. ¡Eres tú quien lo tiene!

—¿Cómo te atreves a acusarme…?

—Pues lo mismo que tú me has acusado a mí —interrumpió Trixie con seguridad. Jane pareció confundida y no respondió. Trixie prosiguió—: Escucha, no me caes bien y, por supuesto, yo no te gusto nada a ti tampoco, pero ese traje es mucho más importante de lo que te crees. En realidad es una cuestión de vida o muerte para la señorita Darcy.

Jane la miró con desconfianza.

—Siempre he oído que tenías la manía de meterte en lo que no te importa, Trixie Belden, pero no sabía que eras tan melodramática.

Trixie se estaba hartando.

—¡Tú, tú si que eres una buena actriz! —la acusó.

Jane dio la vuelta y entró en la sala de costura, cerrando con un portazo. Trixie se quedó en el pasillo, retorciéndose las manos. *Encontraré ese traje, ¡vaya si lo encontraré!*, —se prometió a sí misma.

Durante la clase de teatro, Trixie estuvo callada y ceñuda. Después, comiendo, estalló por fin su enojo y, llena de indignación, les contó a los demás Bob-Whites lo sucedido.

Jim silbó al terminar el relato.

—Parece un misterio muy embrollado.

—Pero, Trixie —preguntó Honey—, ¿por qué sospechas de Jane y no de Peter Ashbury?

—Él también pudo haber sido —admitió Trixie—. Creo que los dos lo quieren, pero por motivos distintos. Me da la sensación de que Jane quería echar la culpa a Di, a ver si conseguía alejarla de la función.

—¡Ya entiendo! —admitió Di—. ¡A veces haces unas deducciones brillantísimas!

—No siempre —respondió Trixie, muy poco contenta de sí misma en aquella ocasión—. A decir verdad, Di, fuiste tú quien me hizo sospechar de Jane, en lugar de Ashbury. Ahora, tengo que hallar el modo de conseguir que lo admita. ¿Creéis que podría conseguir una autorización…?

—¿Y por qué no un polígrafo? —sugirió Mart en broma.

—¿Un poli… qué? —preguntó Di.

—Un detector de mentiras —explicó Mart.

Trixie dio un respingo.

—¡Eso es! —y recogió los libros.

—¿Vas a hacerle a Jane la prueba del detector de mentiras? —preguntó Brian riendo.

—No, pero tengo una idea… Jane se sentirá muy feliz de contarme todo lo que sepa del traje.

Levantóse y echó una ojeada por el comedor, en busca de Jane y sus amigos. Por último observó a Patty Morris en una mesa, al otro extremo de la sala. Se hizo la encontradiza.

—¡Hola, Patty! —dijo—. ¿Sabes dónde está Jane?

—Se ha ido a casa —dijo Patty, encogiéndose de hombros—. Dijo que le parecía que tenía la gripe.

No me extraña —pensó Trixie.

—Bueno, muchas gracias —se despidió.

—Jane se ha ido a casa enferma —explicó—. Creo que deberíamos ir a visitarla después de clase, Honey, ¿no te parece? Total, vive a pocas manzanas de aquí. Veremos cómo se siente —hizo un gesto—. Brian, ¿querrás decirle a mamá que Honey y yo tenemos que quedarnos hasta más tarde y que tomaremos un taxi para ir a casa?

—No sé qué decir ni qué pensar de todo eso, Trix —terció Jim dubitativo—. Tal vez convenga que os acompañe uno de nosotros.

—¡De ninguna manera! —gritó Trixie—. Ni hablar.

Trixie pasó el resto de la tarde planeando a conciencia lo que le iba a decir a Jane, pero fue en vano: Jane la estaba esperando cuando Honey y ella salían de la última clase.

—¡Jane! —exclamó sorprendida Trixie—. Creía que te habías ido a casa.

—Y me fui —dijo nerviosa—, pero tenía que hablar contigo.

—¿Por qué no nos alejamos del barullo? —sugirió Trixie.

Las tres chicas se fueron a un pasillo poco transitado, donde encontraron un banco vacío, en el que se sentaron.

—Estoy un poco asustada —dijo Jane—. Teóricamente me he marchado enferma a casa. Si me ve alguno de los profesores…

—¿Y no ha sospechado nada tu madre, cuando le has dicho que venías a la escuela a las tres? —le preguntó Honey.

—Mamá no está en todo el día —explicó Jane—. Trabaja. Yo me paso la tarde sola… pensando.

Trixie y Honey esperaron que siguiera hablando.

—Perderéis el autobús si no os dais prisa —dijo con aire

distraído.

—No te preocupes por eso, Jane. Ya nos apañaremos. Ahora, ¿qué te ocurre? —preguntó Trixie impaciente.

—Es muy duro admitirlo —empezó Jane vacilando y bajando los ojos—. Bueno, yo no quería quedarme con el traje… sólo lo cogí prestado.

—¿Y dónde está? —preguntó enseguida Trixie.

—En casa, en mi armario —contestó Jane con los ojos llenos de lágrimas—. No sé qué hacer. Supongo que lo mejor es ir a ver a la señorita Darcy y contárselo.

—No —la atajó Trixie—. Vamos primero a recoger el traje; después volveremos y se lo contaremos.

—¡Trixie! —gritó Honey—. Ya sabes…

—¡Claro que lo sé! —repuso ella—. Pero quiero asegurarme. Venga, ¡vámonos!

Mientras las tres chicas caminaban a casa de Jane, ésta se desahogó.

—Yo quería interpretar el papel de Julieta… y Di estaba tan guapa con ese traje, que no pude resistirlo. Oí que le decíais a mi tío que ibais a volver al colegio a recoger unos libros, cuando os despedisteis de él el viernes, y pensé…

—Que si te hacías con el traje y nos culpabas a nosotras, Di quedaría fuera del reparto —concluyó Trixie.

—Exacto —asintió Jane—. No sabéis cuánto lo siento. Estoy muy avergonzada.

Deberías estarlo —pensó Trixie, pero se contuvo.

—En realidad —dijo—, ahora eso carece de importancia. Más tarde te disculparás con la señorita Darcy… y con Di. Por el momento, lo primero es devolver el traje.

Llegaron a casa de los Morgan.

—Aquí está… sano y salvo —suspiró Jane.

—Ahora, rápidamente al despacho de la señorita Darcy —urgió Trixie.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo Honey vacilante.

—Claro que lo sé —respondió Trixie—. Venga, deprisa —recogió el traje y volvieron a la escuela.

—Lamento todo esto —volvió a disculparse Jane, al tiempo que

llamaban a la puerta del despacho de la señorita Darcy—. Quizá podía haberme ahorrado esta humillación… Pero no quería hacer daño a nadie que tuviese dificultades.

—Ya lo comprendemos —le dijo Trixie en tono amistoso.

—La señorita Darcy no debe estar en el despacho. Mira a ver si está abierta la puerta —observó Trixie impaciente.

Jane hizo girar el pomo.

—Está abierta, pero no sé si debemos…

—¡Vaya! —dijo Trixie—. A veces eres tan remilgada como Honey —avanzó, apartando a Jane y entrando en la habitación—. Me consta que la señorita Darcy está en apuros; tenemos que ayudarla.

Trixie dejó el traje en una silla, mientras Honey y Jane miraban con recelo alrededor del despacho.

—Primero, el catálogo —dijo Trixie, buscándolo—. ¡Aquí está! —gritó nerviosa, a la vez que lo mostraba a las otras. Fue pasando páginas hasta llegar a la ilustración correspondiente al traje de terciopelo—. Ahora, vamos a ver qué es todo esto —murmuró—, y qué relación tienen unas cosas con otras.

—Estoy sobre ascuas, vámonos de aquí —dijo Jane—. Ya estoy escarmentada.

—Y también yo —añadió Honey—. Es como si estuviésemos a punto de que nos cogiesen por algo que creyesen que estábamos haciendo, pero que nosotros no tenemos intención de hacer… Bueno, quiero decir que no deberíamos estar aquí dentro.

—¡Honey, calla! —suplicó Trixie—. Cuando empiezas a hablar así, sé que estás nerviosa a más no poder. Además, no me dejas concentrarme en… ¡Oh!, mirad esto —Honey y Jane se acercaron.

—¿Veis? —dijo Trixie, señalando la ilustración del traje de terciopelo—. Todos los dibujos están en blanco y negro, pero éste viene en color. Rápido, el traje… ¡Así que esto era lo que la señorita Darcy estaba «poniendo»! —exclamó, mientras extendía el vestido sobre la mesa y lo examinaba atentamente.

Jane y Honey estaban asombradas. Trixie siguió explicando:

—Mirad; algunos de los adornos de la figura están coloreados en azul, con lápiz. Y ahora, fijaos en el traje. La señorita Darcy ha quitado alguno de esos adornos, pero quedan muchos más, según la ilustración; por lo que se ve, no tuvo tiempo de quitarlos todos

antes de que Jane se lo llevase.

Honey tragó saliva.

—Eso no son adornos… son…

—Piedras preciosas auténticas —afirmó Trixie solemnemente.

Jane se puso pálida.

—Quieres decir que… —balbuceó Trixie.

—Creo que me voy a desmayar —susurró Jane con un hilo de voz.

—¡No, por Dios, no lo hagas! —le rogó Trixie impaciente—. Necesitamos tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —murmuró Jane.

—Sí —el tono de Trixie era firme y autoritario—. Quiero que llames ahora mismo a casa de la señorita Darcy y confieses haber robado el traje. Pídele que venga inmediatamente, y después…

—Pero ¡Trixie! —interrumpió Jane—, ¡no sé si podré hacerlo!

—Por supuesto que podrás. De todos modos ibas a tener que decírselo —contestó Trixie. Volvió a coger el catálogo, y un sobre guardado entre dos hojas cayó al suelo. Lo recogió rápidamente. Estaba abierto y asomaba un poco su contenido.

—Es el recibo de la caja fuerte y las fotos de los trajes, otra vez, pero… ¿qué es esto? —se preguntó, desdoblando un trocito de papel muy fino. Empezó a leerlo y se quedó estupefacta—. ¡Escuchad! —dijo por fin.

> «Señorita Darcy: Dentro de unos días recibirá un catálogo de una tienda de trajes de la época de Shakespeare, de Londres. Uno de los trajes de dicho catálogo irá marcado con azul muy brillante, indicando la situación de varias piedras preciosas. Unos días después del catálogo le llegarán los trajes. Tiene que quitar las piedras marcadas en el catálogo y guardarlas en una caja fuerte, abierta a su nombre, en la oficina del Banco de Sleepyside, N. Y. Después nos pondremos en contacto con usted, dándole instrucciones respecto al lugar donde ha de entregarlas. Si comunica algo a la policía o a cualquier otra persona, no volverá a

ver a su padre nunca más. Tenga cuidado. La observaremos muy de cerca».

Jane se apoyó sin fuerzas contra la pared.

—Tenías razón, pues —dijo temblando—. Ni siquiera se me ocurrió pensar que esas piedras tuviesen algún valor. Resulta muy difícil creerlo…, me parece como si fuera una película…

—No estás acostumbrada a Trixie —le dijo Honey—, aunque eso tampoco es de mucha ayuda ahora. Yo también estoy anonadada.

—Ésta debe ser la carta que la señorita Darcy dijo recibir la noche del accidente de Reddy —comentó Trixie—, pero no parece muy «amigo» el remitente —añadió—. ¡No me extraña que se sintiera tan alterada! Y seguro que quien trata de hacerse con las joyas es nuestro viejo amigo Peter Ashbury.

Trixie cogió el teléfono y llamó a información.

—Tenemos que decirle que está aquí el traje, antes de que Peter Ashbury se entere de la desaparición; si no, el padre de la señorita Darcy… —se calló de repente—. El número de Eileen Darcy en Sleepyside, por favor… Muchas gracias —dijo, escribiendo a toda prisa.

Llamó y esperó un rato.

—¡No contestan! —dijo, y colgó—. ¿No será…? Lo mejor es que llamemos un taxi ahora mismo —volvió a coger el teléfono.

—Me parece que deberíamos llamar a la policía —apuntó nerviosa Jane—. Si hay por medio joyas y un secuestro…

—Sí, sí, tienes razón —dijo Trixie—, pero no vamos a llamar a la policía. Por lo menos, de momento. Vamos a tu casa, Honey.

—¿A mi casa? ¿Por qué?

—¿Adónde crees que habrá ido la señorita Darcy si se siente desesperada…, sobre todo ahora, que lo único que podía salvar a su padre parece haberse esfumado?

—¡La señorita Trask! —exclamó Honey—. Pues claro. No se te escapa nada, Trixie.

—No estoy tan segura de eso —dijo, mientras marcaba el número del teletaxi.

En ese instante se abrió la puerta del despacho.

—El taxi está listo —dijo Peter Ashbury, entrando. Honey y Jane se volvieron. Trixie tragó saliva, al ver la pistola que llevaba en la

mano.

—Ya sé que no está bien escuchar detrás de las puertas —dijo con retintín—, pero no he podido por menos de alegrarme al oír vuestra conversación. Así que creíais tener todo solucionado, ¿verdad? Venga, vamos, idiotas —ordenó bruscamente, señalando hacia la puerta—. Tendré mucho gusto en llevaros de paseo. Después de todo, os debo un par de favores, ya que habéis encontrado el vestido y, además, me llevaréis directamente junto a Eileen Darcy.

Las tres muchachas estaban paralizadas por el terror.

—¡Vamos! —repitió Ashbury, quitando el catálogo y el sobre de las manos de Trixie—. Esa estúpida… ¡Dejar aquí todo esto, para que cualquiera pudiese encontrarlo y leerlo…!



Recogió también el traje, que colocó cubriendo la pistola.

—Y ahora, ¡en marcha! Tengo el coche aparcado en el patio de atrás. Y no intentéis ningún truco, o lo lamentaréis —amenazó.

Salieron todos del despacho, dirigiéndose lentamente a la salida.

Cae el telón • 11

TRIXIE oraba en silencio para que hubiese aún alguien en las clases, o estuviera por ahí el conserje, o regresase de repente la señorita Darcy…, algo, en fin, que los detuviera antes de salir del edificio.

Es arriesgado correr o gritar —pensó desesperada—. *Ni siquiera me atrevo a saltar.*

Se sentía como en una pesadilla, y pensaba que acaso concentrándose lo suficiente se despertaría. Miró a Peter Ashbury.

No se oye a nadie —dijo para sí. Bajó la cabeza—. *Pobres Jane y Honey. Si yo me siento así, no quiero ni pensar cómo estarán ellas…*

Salieron del edificio de la escuela por la parte de atrás, y Ashbury llevó a las tres chicas por el asfalto del aparcamiento hasta un vehículo parecido a un jeep.

—Vosotras dos, ahí atrás —ordenó, moviendo la pistola, a Honey y Jane—, y tú, Sherlock, delante conmigo.

Trixie miró a sus compañeras. Estaban palidísimas. *Tengo que hacer algo* —se dijo, mientras subía al asiento delantero—. *Tal vez pueda saltar del coche cuando no vaya muy rápido…, pero, después, ¿adónde iría? ¿Y qué adelantaría dejando solas a Honey y Jane? Si pudiese quitarle la pistola…* Pero abandonó esa idea, sabiendo que nunca se atrevería a disparar contra él, aunque tuviese oportunidad de hacerlo.

Ashbury salió de la ciudad, tomando Glen Road hacia la finca de los Wheeler.

—¿Sabe dónde está Manor House? —preguntó Trixie, intentando calmarse—. ¿Ha estado antes ahí?

Ashbury sonrió.

—Sí, ayer hice algunas investigaciones. Matthew Wheeler tiene una bonita mansión. Debería haber entrado a saludaros, pero tenía prisa.

—Entonces, ¿era usted el que estaba ayer en el bosque? —preguntó Trixie—. Me parece…

—Lo mejor que puedes hacer es callarte, señorita detective. Sólo quiero las joyas que faltan en el vestido; después desapareceré, como por arte de magia, y no me volveréis a ver nunca más.

—Pero… —empezó a decir Trixie.

—¡Se acabaron las preguntas! —la atajó—. No me gusta que me interrogue una colegiala mocosa.

Al tomar una curva, Trixie miró por el espejo retrovisor de su puerta. Sonrió tenuemente y exhaló un imperceptible suspiro de satisfacción, porque, muy de cerca, les seguía el coche familiar de los Bob-Whites. *Seguro que han ido a la escuela a buscarnos* —pensó, sintiendo que el corazón le latía con cierta felicidad—. *Deben habernos visto, deben saber que estamos aquí.*

Trixie observó a Peter Ashbury. La pistola estaba en su regazo y la protegía con una mano. *Que no se entere de que nos vienen siguiendo* —rogó en silencio.

Ashbury torció por la avenida, apagando las luces al acercarse a la mansión de los Wheeler. El coche de la señorita Darcy estaba aparcado junto a la entrada trasera.

—¡Muy bien, muchachas, abajo! —ordenó—. Tú, la primera; entra —empujó a Honey hacia la puerta principal.

—¿Eres tú, Honey? —preguntó la señorita Trask desde la sala de estar, mientras Ashbury, a espaldas de las chicas, cerraba la puerta.

—S-sí —contestó Honey temblando.

—Entrad como si nada —siseó Ashbury. Las tres chicas, obedientes, pasaron a la sala.

Eileen Darcy dio un grito de asombro al aparecer Ashbury en el cuarto, con la pistola en la mano derecha.

—¿Qué ocurre? —preguntó fríamente la señorita Trask.

—No es precisamente un cumpleaños —se burló Ashbury—. No había contado con una reunión como ésta, pero incluso en el mejor de los planes surgen imprevistos. ¿O tal vez sería más exacto decir que las pequeñeces pueden convertirse en grandes sorpresas? —al decirlo, miró perversamente a Trixie.

—¡Peter! —gritó la señorita Darcy—. ¡No les hagas daño! Yo he sido la única que…

—Claro que has sido tú —corroboró él—. Y ahora, ¿dónde están las joyas que descosiste del traje?

—En la caja fuerte. Yo… ¿dónde está mi padre? ¿Está bien? ¿Sigue…?

—¿Vivo? —completó Ashbury—. Sí, sigue vivo… por ahora. Pero necesito las joyas. Tus amiguitas me han regalado el traje, pero

quiero el juego completo.

—Peter —se quejó Eileen—. No entiendo este plan tan complicado. ¿Por qué no le pediste a tus «amigos» de Inglaterra que te enviasen directamente las piedras preciosas?

—Un artículo del periódico puede responder a esa pregunta —dijo Trixie.

Ashbury sonrió secamente.

—¡Vaya! Por lo que se ve, también has leído el artículo.

Eileen Darcy miró a Trixie y a la señorita Trask. Ésta asintió con la cabeza.

Trixie observó a Ashbury atentamente.

—Parece que es usted algo más que un vulgar ladrón de joyas de Nueva York. Tiene que haber practicado el mismo juego en Inglaterra, y tal vez la policía llegase a perseguirle. Pero no podía arriesgarse a que le enviasen el botín directamente porque, para entonces, las cosas ya se habían complicado aquí también.

—¡Basta! —gritó Ashbury. Se volvió a la señorita Darcy—. Sólo tenías que descoser las piedras y guardarlas en el Banco. Un trabajo relativamente fácil, a cambio de la vida de tu padre, ¿no? Pero entonces aparece esta mocosa y ve el catálogo, y después el otro hace las dichosas fotos…

—Así que fue usted quien robó el carrete de la cámara de Bill Morgan, ¿no? —comentó Trixie, pero Ashbury ignoró su pregunta.

—Toda esta charla son ganas de perder un tiempo precioso. Vamos, Eileen —dijo Ashbury, agarrándola con fuerza de un brazo—. Tenemos un pequeño negocio que resolver en el Banco, y lo mejor es que nos demos prisa. El Banco cerrará dentro de media hora —empezó a salir del cuarto, utilizando a la señorita Darcy como escudo—. Si alguien llama a la policía antes de dos horas, me temo que la señorita Darcy lo va a pasar muy mal. La soltaré en cuanto esté seguro, fuera del país; ni un segundo antes.

—¡Espere! —gritó Trixie, intentando ganar tiempo, para que sus hermanos y Jim pudiesen llegar con la policía—. ¿Por qué no me lleva también a mí? ¿Quién va a ser su rehén mientras la señorita Darcy está en el Banco?

—¡No, Trixie! —exclamó angustiada la señorita Darcy.

—No es mala idea, muchacha —admitió Ashbury—. Un seguro extra nunca viene mal. Vamos, pues. Y recuerden —añadió,

dirigiéndose a Honey, Jane y la señorita Trask—, dos horas.

Trixie sintió una gran calma mientras atravesaba la cocina con la señorita Darcy y Peter Ashbury. *No entiendo por qué no estoy temblando* —se dijo sorprendida.

Al salir por la puerta trasera a la fría noche de invierno, Trixie captó el fugaz movimiento de una sombra en una esquina de la fachada.

—¡Corra! —le siseó a la señorita Darcy, y desaparecieron en la nieve. Inmediatamente, Brian, Mart, Jim y Regan se abalanzaron sobre Ashbury, al que redujeron pronto. Regan le arrebató la pistola.

—Muy bien, muchachos: sujetadlo fuerte hasta que venga la policía —recomendó Regan, a la vez que le apuntaba con la pistola.

En ese instante se oyó el sonido creciente de la sirena de un coche.

—Eso se llama llegar a tiempo —comentó Mart.

Trixie se sentía como si todo su cuerpo se hubiese convertido en una especie de masa gelatinosa.

—Nunca me he alegrado tanto de veros —les dijo.

La señorita Trask, Honey y Jane se asomaron a la puerta.

—¡Gracias a Dios que estáis todos bien! —suspiró la señorita Trask.

Peter Ashbury permaneció en silencio, mirándolos, mientras dos coches de la policía se acercaban por el paseo.

El sargento Molinson se apeó del primer coche.

—Debería haberlo supuesto —dijo, moviendo la cabeza—. Otro caso Belden.

—Pero, sargento Molinson… —empezó Trixie. Acostumbrada a sus broncas por meterse en peligrosas aventuras, la chica siempre estaba a la defensiva en presencia del policía.

—Primero, el detenido —interrumpió Molinson, componiendo un gesto que no dejaba lugar a dudas. Trixie asintió, mientras aquél poma las esposas a Ashbury y le informaba de sus derechos.

—Después —siguió el policía, volviéndose a la señorita Darcy—, supongo que será usted Eileen Darcy.

Ésta asintió y el policía continuó:

—Entonces, le alegrará saber que su padre está vivo y goza de buena salud. Hace una hora aproximadamente hemos recibido una

llamada de la Embajada Británica. Parece ser que Scotland Yard ha estado investigando un caso de falsificadores de joyas. Por fin este mediodía desarticularon la banda y consiguieron detener a dos hombres, amigos de Ashbury, aquí presente. El encontrar a su padre fue después muy sencillo: los compañeros de Ashbury confesaron a la policía el paradero del señor Darcy. Después nos pidió que nos pusiéramos en contacto con usted. Su padre está en un hospital de Londres; debe descansar unos cuantos días. Tenemos las señas…

—Gracias a Dios —suspiró la señorita Darcy. La señorita Trask bajó las escaleras y abrazó a su amiga.

—Ahora, Trixie —dijo Molinson con una mirada poco amistosa—, ¿cómo has olfateado un caso de una red internacional de falsificadores? No estoy enterado y cierta curiosidad me obliga a preguntarte.

—Hace frío aquí fuera —intervino la señorita Trask—. ¿Por qué no entramos a tomar una taza de café? Después de lo ocurrido, todavía me tiemblan un poco las piernas. Podríamos escuchar a Trixie ahí dentro.

—Buena idea —opinó Molinson—. Vosotros —dijo a los demás policías—, llevaos al detenido. Hay varios inspectores de Nueva York en camino. Nos pusimos en contacto con ellos y quisieron venir inmediatamente a hacerse cargo de Ashbury. Están muy interesados en interrogarle.

El resto del grupo entró en el salón de los Wheeler. La señorita Darcy se sentó y suspiró profundamente.

—¡Ni siquiera sé por dónde empezar! —comentó con voz suave—. ¡Me siento tan feliz, sabiendo que mi padre está a salvo! Trixie, ¿cómo agradecerte…?

—Bueno, yo sí sé por dónde puede empezar ella —dijo el sargento Molinson entrando en el cuarto y tomando asiento—. Por ejemplo, ¿qué tal si empezase su historia por el principio?

Trixie les contó todo, con los añadidos de Honey y Jane respecto al encuentro de aquella tarde con Ashbury.

—¡Trixie ha estado maravillosa! —decía Jane con admiración—. Ha sido capaz de deducirlo todo y…

Trixie enrojeció.

—Todo lo decía la carta, Jane —repuso azorada—. En realidad, lo único que hice…

—¿Y qué decís de vuestro rescate? ¿No hay unas palabras de agradecimiento y admiración para los salvadores? —preguntó Mart.



—Los tres y Regan habéis estado magníficos —dijo Trixie—. ¡De veras! Cuando empezamos a correr, estaba muerta de miedo, a pesar de que sabía que estabais allí, a la vuelta de la esquina.

—Menudo sexto sentido que tienes —dijo Jim.

—Bueno, no te creas —admitió Trixie—. Ya os había visto antes por el retrovisor del coche de Ashbury.

—Ah, ¿sí? —dijo Honey—. Entonces no me extraña que estuvieses tan tranquila… o, al menos, lo parecías. Jane y yo estábamos tan asustadas… —añadió—. Creí que me iba a desmayar.

—Supuse que habían ido al colegio a recogernos —explicó Trixie —, y que nos vieron entrar en el coche de Ashbury.

—Así fue —reconoció Brian—. Pensamos que sucedía algo, y por eso decidimos seguiros. Dejé el coche al final del paseo y entramos en la finca andando. Después Jim echó una ojeada por la ventana al salón, y al ver a Ashbury con la pistola corrimos a casa de Regan y telefoneamos a la policía… Lo demás ya lo sabéis.

El sargento Molinson empezó a criticar su actuación y métodos, y les recordó que una llamada telefónica ante las primeras sospechas habría facilitado las cosas.

—Pero le quitaría emoción —murmuró Trixie.

—Esa emoción —dijo decidida la señorita Trask— es algo de lo que una puede prescindir durante toda su vida —todos rieron la ocurrencia.

Jane Morgan se disculpó humildemente ante la señorita Darcy por haberse llevado el traje.

—Ya le diré a Di cuánto lo siento —añadió—. Y a todos los demás, mi admiración por lo estupendos que sois, de veras. Yo creía…, bueno, eso ya no importa, porque he comprobado lo equivocada que estaba. Sin duda eres una gran detective, Trixie. Aunque esta noche casi me muero de miedo, reconozco que el trabajo de los detectives es muy emocionante. Incluso estoy pensando…

—¡No, no! —gritó el sargento Molinson, levantando las manos —. ¡Con una Trixie Belden ya es más que suficiente!

—¡Eso, eso! —gritó Mart.

—Está bien, pero… —siguió Jane—, ¿cómo te las arreglas para encontrar los misterios?

—Me parece, Jane, que todavía no has comprendido del todo —

explicó Brian en tono de chanza—. Son los misterios los que encuentran a Trixie.

—Eso es cierto —admitió ésta, con los ojos brillantes—, ¡y ojalá haya otro buscándome ahora mismo!

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.